

Selección RNR

La corona de invierno

Los secretos de Alea II



NATALIA LÓPEZ



Romance Histórico

La corona de invierno

Los secretos de Alea II

Natalia López



1.ª edición: mayo, 2017

© 2017 by Natalia López

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-745-0

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para mi familia y amigos.
Muchas gracias por todo vuestro apoyo y por ilusionaros
con la publicación de esta historia. Espero que os guste.*

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Epílogo

Agradecimientos

Promoción

Prólogo

El tobillo le dolía tanto que cada paso que daba era un infierno. En el barco había podido examinarlo, y había visto que lo tenía hinchado y rojo. Había pasado las dos semanas que duraba la travesía sentada en el suelo de la bodega, oculta entre barriles de vino y cajas de pescado en salazón. Antes de colarse en el barco, logró robar dos hogazas grandes de pan. Pensó que necesitaría mucha fuerza de voluntad para conseguir que le duraran todo el viaje, pero bastaron unas horas en la bodega para sacarla de su error. La mezcla de olores, el balanceo constante y el temor a ser descubierta provocaron que se le cerrara el estómago. Quince días después, cuando hubieron llegado al puerto de Syrma, en el reino de Nitor, a Hester todavía le quedaba la mitad de una hogaza, aunque estaba tan dura que podría servir como arma.

Antes de que su mundo se desmoronara, a la joven le habría hecho gracia esa comparación, pero en ese momento, la idea de defenderse con un trozo de pan no le parecía descabellada.

Bajarse del barco no le resultó tarea fácil, pero consiguió hacerlo sin que la descubrieran. Estaba amaneciendo y el puerto empezaba a llenarse de actividad. Los marineros descargaban las mercancías de sus barcos, y los vendedores de los puestos ambulantes intentaban atraer a posibles compradores ofreciéndoles pescado fresco «a precio de ganga». Hester también se fijó en que había un pequeño grupo de hombres vestidos con túnicas malvas y otro con túnicas negras, que no perdían detalle de quienes bajaban de los barcos. La mirada de uno de ellos se encontró con la de Hester. Los separaban unos cuantos metros, pero ella agachó la cabeza y decidió que lo mejor era alejarse cuanto antes del puerto.

Avanzó cojeando entre la multitud. No conocía la ciudad, no tenía ningún plan, y lo peor de todo era que no llevaba dinero encima. «Tengo que

conseguir trabajo», pensó mientras dejaba atrás el paseo marítimo. Se metió por una calle ancha y empedrada que olía a guiso de carne. Hester arrugó la nariz: todavía tenía el estómago revuelto.

La temperatura era alta. Hasta ese momento, Hester no había caído en la cuenta de que allí era verano. Llevaba encima mucha ropa porque venía del Reino de Alea, en donde acababa de empezar el invierno. Notaba el sudor recorriéndole el cuerpo, pero no tenía fuerzas para quitarse la capa. Ahogó un grito cuando el pie malo se le dobló y creyó que iba a desmayarse, pero logró mantener el equilibrio. «Tengo que resistir». Cogió aire y siguió caminando. Varias personas la miraron al pasar a su lado, pero ninguna se detuvo. «Seguramente no tienen nada que ofrecerme», pensó al ver que todas ellas llevaban ropas humildes. Hester también iba fijándose en los edificios. Buscaba una posada o la casa de algún comerciante rico. En uno de esos lugares podría ofrecer sus servicios como sirvienta: era el único trabajo que había desempeñado.

Aquel recorrido era una tortura. Cada vez se sentía más débil y empezaba a costarle enfocar la vista. Pero debía continuar.

«Solo tengo que aguantar un poco más. Solo un poco más.»

Estaba llegando al final de la calle. Uno de los edificios le llamó la atención. Era más alto que el resto y tenía un cartel colgado en la fachada. Hester no conseguía leer lo que decía. Entrecerró los ojos y distinguió la palabra «Búho». Sintió un mareo.

«¿Búho?», se preguntó antes de haber perdido la consciencia.

Capítulo 1

Erik y Leonard trabajaban en El Búho de Piedra. Era la casa de juego más importante de Syrma. La entrada solo estaba permitida a hombres. Allí, los clientes podían apostar grandes cantidades de dinero jugando a los naipes y a los dados, cantar canciones obscenas, y beber vino e hidromiel.

Erik y Leonard eran dos de los empleados de confianza de Brendan Fenton, el dueño. Entre otras tareas, se encargaban de abrir el establecimiento y de supervisar que todo estuviera en orden.

Todas las mañanas quedaban en encontrarse en la plaza para recorrer juntos los últimos metros hasta el trabajo. Llevaban haciéndolo así desde que habían empezado en el negocio, hacía quince años. En la actualidad, ellos acababan de cumplir treinta y cinco. Era increíble cómo pasaba el tiempo.

Erik disfrutaba de aquel trayecto en compañía de Leonard. Lo único que le disgustaba un poco era que su amigo se pasaba todo el camino hablando. No importaba que estuvieran casi todo el día juntos; el hombre parecía tener siempre algo nuevo que contarle. Erik solía ir medio dormido, así que solo captaba palabras sueltas. Con el tiempo, había aprendido a responder de forma mecánica con un «sí» o con un «ya», cuando detectaba un tono de pregunta o de vacilación. Normalmente, Leonard se contentaba con eso, pero ese día le dirigió una mirada de exasperación y elevó la voz:

—¿Cómo que «ya»? ¡Te estoy diciendo que hay un cuerpo frente a la puerta del Búho! —Así era como llamaban ellos a la casa de juego. Sus palabras hicieron que Erik volviera a la realidad. Levantó la vista del suelo y vio que, efectivamente, allí había *algo* que obstaculizaba la entrada del establecimiento. Todavía no podían ver lo que era porque les quedaba por recorrer un buen trecho para llegar.

—Espero que no sea un cadáver —seguía diciendo Leonard, sin dejar de caminar—. ¿Recuerdas el otoño de hace tres años? Todas las semanas nos

encontrábamos con algún pájaro o con algún ratón muerto frente a la puerta. Parecía que iban a *morir* a nuestro local.

Erik puso cara de fastidio.

—No digas estupideces. Aquello fue una casualidad, y eso de ahí adelante no es ningún animal pequeño.

—Lo sé. Era para disipar la tensión.

—Pues, ahórratelo. —Erik no pretendía sonar cortante, pero aquella incertidumbre estaba atacando sus nervios.

Por primera vez, recorrieron el último tramo en silencio. A cada paso que daban, les resultaba más evidente que se trataba de un ser humano. A lo mejor tenían suerte y era un borracho que se había quedado dormido. De ser así, solo tendrían que despertarlo y pedirle que se buscara otro sitio.

El cuerpo estaba de espaldas a ellos, cubierto por una capa negra que le quedaba muy grande. Cuando los zapatos de Leonard rozaron la tela, los hombres se miraron con gesto sombrío.

—Hazlo tú —le pidió Erik.

Leonard suspiró, pero no puso objeciones. Se agachó junto al cuerpo para retirarle la capucha. Erik cerró los ojos. «Por favor, que esté vivo», suplicó. Unos segundos después, escuchó que su amigo lanzaba una maldición. El corazón de Erik dio un vuelco. Abrió los ojos con temor y se encontró con la mirada de Leonard.

—Es una chica —le reveló.

Capítulo 2

La chica tenía el cabello del color del trigo. Su piel era tan blanca que parecía que nunca le había dado la luz del sol. Tenía los ojos cerrados, pero respiraba, y sus labios no dejaban de moverse, aunque el sonido que emitían era muy débil. Parecía asustada. A lo mejor, tenía una pesadilla.

«Al menos está viva», pensó Erik con alivio.

—Vamos a llamar a Thomas —dijo Leonard. Con cuidado, pasó una pierna por encima de la joven y llamó a la puerta con la aldaba.

Thomas era el médico que Brendan tenía contratado. Era el único de los empleados que vivía allí, además de Gillian, la cocinera.

La puerta no tardó en abrirse. Al otro lado había un hombre de unos cincuenta años con el cabello gris.

—Aquí hay una chica — anunció Leonard. Bajó la cabeza y se apartó hacia el lado izquierdo. .

Thomas frunció el ceño al ver el cuerpo. Se acercó a él y se puso de rodillas para examinarlo. Mientras revisaba a la muchacha, percibió en su rostro una expresión de angustia. en su rostro. «Pobre chica», pensó. «Quién sabe lo que estará soñando».

—No parece tener ningún hueso roto, pero se ha torcido un tobillo y tiene fiebre. Será mejor que la llevemos adentro. Leonard, ¿podrías hacer el favor de avisarle a Gillian?

—Claro, voy enseguida.

Cuando Leonard entró, el médico miró a Erik y le explicó:

—Vamos a llevarla a la segunda planta, pero primero, vamos a ponerla boca arriba. Yo la agarraré por las axilas y tú, por debajo de las rodillas. Yo iré primero. Por el camino, vigila que no se roce el tobillo con nada. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Erik se agachó. Entre los dos, fueron girándola muy

despacio. La chica seguía murmurando, pero ninguno de los dos conseguía entender nada de lo que decía.

—Es normal que delire, y no solo por la fiebre —comentó Thomas—. A juzgar por su aspecto, lleva bastante tiempo sin alimentarse bien. —Sacudió la cabeza—. Aunque supiéramos qué es lo que murmura, no creo que le encontráremos sentido.

Erik se encogió de hombros.

—Supongo que no —admitió.

—Venga, sujétala por las piernas. Cuando cuente tres, la levantamos. Uno, dos y tres.

A pesar de que su delgadez era evidente, a los dos les sorprendió lo poco que pesaba. Thomas caminó de espaldas hacia la puerta, y Erik lo siguió sin dificultad. Tras pasar el recibidor, llegaron a un pasillo ancho con varias puertas a cada lado y una escalera al final, a la derecha, que comunicaba con la segunda planta. Todas las puertas, excepto dos, conducían a salones privados. Las únicas que no lo hacían daban a la cocina y al salón de juego. Se dirigieron a este último. De vez en cuando, el médico volvía la cabeza para cerciorarse de que no hubiera obstáculos. Erik, sin embargo, estaba más pendiente del tobillo hinchado de la chica.

El salón de juego era una habitación rectangular que medía casi cien metros cuadrados. Las paredes estaban decoradas con cuadros de bodegones y de escenas de la mitología de Nitor. Las pinturas de frutas maduras y apetitosas se combinaban con las de sirenas, hadas y espíritus femeninos.

Decenas de mesas redondas con manteles negros y con butacas tapizadas con cuero de color granate ocupaban casi todo el espacio.

—Por allí —El médico hizo un gesto con la cabeza en dirección al mostrador. Entre este y la primera fila de mesas, existía la distancia suficiente para que pudieran pasar sin rozar nada.

Mientras se dirigían a la puerta, Erik pensó en lo que diría Brendan cuando se enterara. No quería ser él quien le diera la noticia. «A ver si puedo escaquearme», pensó.

Salieron del salón y, unos segundos después, empezaron a subir las escaleras. En la segunda planta se encontraban los dormitorios. Allí dormían Thomas, Brendan y Gillian. Los otros cuartos solían estar vacíos la mayor parte del año.

En el pasillo los estaban esperando Gillian y Leonard. La cocinera rondaba los cuarenta años y tenía el pelo largo, ondulado y de un rojo intenso. Siempre lo llevaba recogido en un moño apretado, de forma que no se le escapara ningún mechón. Tenía las manos agarradas a la barandilla y miraba a Thomas y a Erik con nerviosismo.

—Vamos, traedla a esta habitación —los apremió y, sin esperar a que terminaran de subir, se dio la vuelta y se metió en uno de los dormitorios.

Cuando los dos hombres entraron con la chica a cuestas, vieron que la cama ya estaba deshecha. La dejaron con cuidado sobre el colchón.

—¿Qué le ha pasado? —les preguntó Gillian.

—No lo sabemos —contestó el médico—. Ellos la han encontrado tirada junto a la puerta —dijo haciendo un gesto hacia Erik y Leonard—. Ahora volveré a examinarla con más calma, pero creo que tiene un tobillo torcido y bastante fiebre. ¿Podrías traer un cubo de agua fría y paños? Yo iré por vendas para el pie.

—Claro —contestó la mujer.

Antes de irse, el médico les pidió a Erik y a Leonard que se quedaran allí hasta que volvieran. «Luego avisaremos al señor Fenton», añadió con tono lúgubre.

Erik y Leonard se quedaron a solas con la chica.

—¿Quién será y cómo ha llegado hasta aquí? —se preguntó el primero.

Leonard abrió la boca para responder, pero en ese momento, la joven empezó a retorcerse como si la estuvieran pinchando, y su tono de voz se elevó un poco. Los dos hombres se miraron y, sin intercambiar una palabra, se acercaron a la cabecera de la cama y se inclinaron sobre su rostro. Esta vez, pudieron entender parte de lo que decía:

—...Corte... Escapar... de... la... Corte... Alan... no...

Erik y Leonard volvieron a mirarse. A los dos se les había helado la sangre.

Capítulo 3

Ninguno de los dos mencionó lo que habían escuchado. Thomas llegó antes que Gillian y se aplicó a la tarea de recolocar y vendar el tobillo. En mitad del proceso llegó la mujer.

—Moja uno de los trapos y pásalo por su cara y por su cuello. Después, coge otro y ponlo sobre su frente —le pidió el médico sin dejar de trabajar.

Ella obedeció. La chica estaba sudando, y Gillian se preguntó si era solo por la fiebre o también por el miedo que parecía sentir.

—Ha dejado de murmurar —observó mientras volvía a sumergir el trapo en agua.

—Sí, dejó de hacerlo poco después de que os marcharais —le explicó Leonard.

Erik lo miró, pero enseguida apartó los ojos. No quería que Thomas y Gillian sospecharan que ellos les estaban ocultando algo. El médico terminó de poner el vendaje.

—Esto ya está —anunció y se retiró de la cama.

Gillian escurrió un trapo limpio y lo colocó sobre la frente de la muchacha.

—Yo también he acabado.

—Estupendo. Por favor, quédate mientras la examino para descartar que tenga algo más. Vosotros podéis iros —añadió refiriéndose a Erik y a Leonard. El médico hizo una pausa y después, con cierta vacilación, dijo: —. Me parece que os toca avisar al señor Fenton.

«Oh, no», pensó Erik.

—Genial —masculló Leonard.

Gillian les dirigió una mirada compasiva.

—Buena suerte —les deseó.

Leonard y Erik salieron sin despedirse. Brendan estaría en su habitación,

terminando de arreglarse. Faltaba poco para que empezaran a entrar los primeros clientes. El Búho de Piedra inauguraba sus puertas al mediodía y las mantenía abiertas de par en par hasta bien entrada la madrugada.

—¿Cómo se lo decimos? —preguntó Erik mientras caminaban por el pasillo. La habitación de su jefe estaba a pocos metros. Eso no les daba apenas tiempo para prepararse.

—Tú déjame a mí. Solo asiente y responde en caso de que se dirija a ti.

Erik se sintió aliviado.

—Vale, gracias. Ah, y perdona si antes en la calle te parecí brusco.

—No te preocupes. Ya está olvidado. —Leonard esbozó una amplia sonrisa.

En cuanto llegaron al dormitorio de Brendan, Leonard llamó con los nudillos a la puerta. Erik habría preferido tomarse unos segundos para respirar hondo y tratar de dejar la mente en blanco, pero su amigo siempre decía que era mejor afrontar cuanto antes las situaciones incómodas. Al otro lado, escucharon un: «Adelante». Leonard agarró el pomo sin mirar a Erik, y lo giró.

Todos los dormitorios eran del mismo tamaño, pero el de Brendan parecía más pequeño porque estaba abarrotado de muebles y en penumbra. Cuando sus ojos se acostumbraron a la falta de luz, los dos hombres vieron que su jefe estaba al fondo del cuarto, sentado junto al escritorio. Estaba limpiando sus zapatos con un cepillo.

—¿Ocurre algo? —les preguntó y se detuvo.

Leonard aclaró la garganta:

—Tenemos que darle una noticia, señor Fenton.

Los dos hombres conocían a Brendan desde hacía quince años y nunca le habían llamado «señor Fenton».

—Está bien, pasad y cerrad la puerta.

Ellos obedecieron. Mientras, Brendan descorría las cortinas. Una fuerte luz entró en el dormitorio. Leonard y Erik descubrieron que tenía el escritorio repleto de hojas divididas en pequeños montones. El dueño de El Búho de

Piedra se pasó una mano por el pelo, de color trigueño, y suspiró. Cuando se acercó a ellos, vieron que sus ojos, pequeños y de color azul oscuro, estaban irritados. Brendan era un hombre delgado y de estatura mediana. Cuando no dormía bien una noche, su rostro, con tendencia a la palidez, lo delataba. Mostrar cualquier signo de debilidad era algo que él odiaba profundamente, de modo que trataba de enmascararlo como fuera. Antes de bajar a la primera planta, pensaba aplicarse el ungüento que usaba para esos casos. Lo vendían en el mercado de la plaza y estaba hecho, en su mayoría, de cera de abeja. No era milagroso, pero se notaban sus efectos.

—Bueno, contadme, ¿cuál es esa noticia?

Leonard cogió aire y lo soltó de sopetón:

—Hace un rato, cuando veníamos hacia aquí, hemos visto a una chica tirada justo delante de la puerta del establecimiento.

Brendan arqueó las cejas.

—¿Una chica?

—Sí. Hemos avisado a Thomas y ha dicho que tenía fiebre y un tobillo torcido. La hemos subido a una de las habitaciones.

Brenda puso un gesto de sorpresa.

—Espera, espera... ¿Me estáis diciendo que la habéis metido aquí?

—¿Qué otra cosa podíamos hacer? Está inconsciente. Sería una presa fácil para cualquier tipo peligroso.

Brendan lanzó una carcajada amarga. Después, acortó la distancia que lo separaba de Leonard y, con los ojos fijos en él, afirmó:

—Los tipos peligrosos vienen aquí todos los días, beben hasta perder el sentido y apuestan el dinero que no tienen. ¿Qué te hace pensar que aquí estará más protegida que en la calle?

Leonard no desvió la mirada y contestó con voz firme:

—Que tú eres el dueño de este lugar.

Capítulo 4

Brendan pareció rendirse ante sus palabras. Siguió manteniendo el contacto visual durante unos segundos más, pero después retrocedió y dijo:

—Vamos a ver a la chica.

Leonard reprimió una sonrisa. A su lado, escuchó la respiración de Erik. Su amigo debía de haber estado conteniendo el aliento.

Los tres salieron del dormitorio en silencio. Leonard encabezaba el grupo. Cuando llegaron a la habitación donde estaba la chica, vieron que la puerta estaba cerrada.

—Thomas la estaba examinando —explicó Leonard.

Por toda respuesta, Brendan llamó con los nudillos.

—Un momento —dijo el médico.

Brendan se cruzó de brazos y miró a sus empleados.

—Espero que esto no nos traiga problemas.

Ninguno de los dos dijo nada. Erik bajó la cabeza y observó las imperfecciones que había en el suelo de madera, mientras que Leonard se puso a caminar de un lado a otro.

Brendan apoyó la espalda en la pared y siguió con los brazos cruzados. Cuando la puerta se abrió por fin, entró él primero sin saludar y caminó hasta el centro de la habitación.

Gillian estaba sentada en una silla, junto a la cama. Al verlo, se levantó.

—Buenos días, señor Fenton. —Ella tampoco lo llamaba así.

—Buenos días —respondió él con tono frío—. ¿Hay alguna novedad más que deba saber?

A su espalda, escuchó la voz de Thomas:

—Acabo de hacerle un examen completo y no he encontrado ninguna otra lesión.

—Bien. —La voz de Brendan sonó como un gruñido.

—Debemos humedecerle el trapo a menudo —añadió Gillian y señaló la frente de la muchacha—. Hay que bajarle la fiebre.

—¿Me estás pidiendo permiso para interrumpir tu trabajo cada poco tiempo y venir hasta aquí?

La mujer lo miró a los ojos y contestó con voz firme.

—Sí.

Brendan sacudió la cabeza y lanzó una breve risa. La situación le parecía surrealista.

—Está bien —concedió a pesar de ello—. Pero no descuides tus obligaciones.

Gillian sonrió.

—No lo haré.

Brendan dio unos pasos hacia la izquierda para no dar la espalda al resto de sus empleados y preguntó, sin dirigirse a nadie en concreto:

—¿Ha dicho algo?

—No, que yo sepa —contestó la cocinera.

Brendan se giró hacia los tres hombres.

—¿Y vosotros habéis escuchado algo?

Thomas negó con la cabeza, pero Leonard le dirigió una mirada significativa e hizo un leve gesto de asentimiento. A su lado, Erik se puso rígido.

Brendan no necesitó más señales para entender lo que debía hacer.

—Está bien. Veremos a dónde nos conduce esta situación. Thomas, quédate un rato más con ella. Gillian, ve a preparar el almuerzo. Y vosotros, venid conmigo.

Leonard y Erik lo siguieron hasta su despacho, situado en la tercera y última planta. Cuando Erik cerró la puerta, Brendan les hizo un gesto para que se sentaran.

—A ver, contadme qué es lo que ha dicho. —Él permaneció de pie, junto al

escritorio.

—En realidad, solo ha murmurado unas palabras, pero si se refería a lo que nosotros creemos...

—Leonard, por favor, no divagues —lo cortó Brendan.

—Está bien, lo siento. —El hombre respiró hondo y respondió a la pregunta—. Dijo: «Escapar de la Corte», «Alan» y «No».

El semblante del hombre se oscureció tanto que Leonard y Erik sintieron un escalofrío. Brendan agarró con fuerza una de las esquinas del escritorio. Los nudillos se le pusieron blancos. Cuando volvió a hablar, su voz sonó un poco ronca.

—Tenemos que conseguir que despierte.

Capítulo 5

Hester soñaba con paredes de piedra que le cortaban el paso; copas que se hacían añicos contra el suelo, y gritos que le daban alcance por más que corriera.

La sensación de peligro era tan fuerte que casi enmascaraba otros temores. Casi. De vez en cuando, alguien le daba de beber un líquido salado y amargo que le revolvía el estómago. Hester se retorció e intentaba abrir los ojos para ver quién la estaba obligando a tragar aquella sustancia repulsiva. Pero estaba tan cansada que todos sus esfuerzos resultaban en vano.

Un día, sin embargo, consiguió reunir las fuerzas suficientes como para abrirlos un poco. La luz del sol le hizo dar un respingo de dolor, y volvió a cerrarlos. Contó hasta diez y lo intentó de nuevo. En esta ocasión, la luz le resultó un poco menos molesta. Parpadeó varias veces hasta que sus ojos se acostumbraron a la intensidad. Entonces, pudo ver un techo pintado de color blanco. Antes de tener tiempo de girar la cabeza, escuchó la voz de una mujer:

—¡Oh, cielo, ya te has despertado! ¡Es maravilloso!

«Maravilloso» no era la palabra en la que estaba pensando Hester. Tenía frío y sed, notaba un hormigueo en el estómago y en las extremidades, y el tobillo le dolía como si alguien se lo hubiera aplastado con una roca.

La mujer siguió hablando:

—Llevas tres días dormida, cielo, estábamos preocupados. ¡Estoy tan contenta de que hayas despertado! Tengo que avisar a Brendan enseguida, pero antes, dime, ¿cómo te encuentras?

Hester sentía la boca pastosa y deseaba quitarse el sabor del líquido que le habían hecho beber.

—Agua..., por favor... —consiguió pronunciar, y se asustó de lo ronca que sonaba su voz.

—¡Claro, enseguida!

A su derecha, la mujer se acercó a la mesilla y echó agua de una jarra de metal en un vaso. Hester se obligó a girar la cabeza y la vio por primera vez. Varios mechones de color rojo le ocultaban parte del rostro. La mujer sonrió con calidez y se inclinó hacia ella para retirar el trapo de la frente. Después, la ayudó a incorporarse. Le colocó las almohadas para que estuviera cómoda y entonces, le tendió el vaso. Hester lo cogió por la parte de abajo para no tocarle la mano.

—Gracias.

—De nada, cielo. Bebe despacio. Ya verás cómo poco a poco te vas a ir encontrando mejor. Solo tienes que descansar y alimentarte bien.

Hester bebió unos cuantos sorbos y después le devolvió el vaso.

—¿Dónde estoy? —preguntó con un hilillo de voz.

—En El Búho de Piedra. Es... un establecimiento. No te preocupes, estás a salvo. Yo me llamo Gillian y me ocuparé de ti hasta que te recuperes.

—Gracias, pero... ¿qué clase de establecimiento?

La cocinera vaciló. Justo cuando estaba por abrir la boca, llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo. A Hester le pareció que Gillian se sentía aliviada por la interrupción.

La puerta se abrió, y entró un hombre con el pelo gris.

—Thomas, llegas en el momento apropiado —lo saludó la mujer y, a continuación, volvió a dirigirse a ella—. Hester, este es nuestro médico. Él ha sido quien te ha atendido.

El hombre se acercó a ellas con una sonrisa.

—Vaya, me alegro mucho de que te hayas despertado. ¿Cómo te encuentras?

—Tengo frío y me duele mucho el tobillo.

Thomas la miró con simpatía.

—Ya me imagino, pero no debes preocuparte, en unos días te recuperarás. Tienes fiebre y te torciste el tobillo. Cuando te encontramos, te lo volví a colocar en su sitio y te lo vendé. No creo que te quede ninguna lesión.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Gillian con tono alegre y miró a Hester—. Ahora voy a traerle algo de comida y de paso, avisaré a Brendan. Es el dueño del establecimiento, cielo.

La chica trató de imaginárselo. ¿Cuántos años tendría? ¿Cómo sería su carácter? Suponía que no tardaría mucho tiempo en averiguarlo.

—Yo me quedaré con ella mientras tanto —intervino Thomas.

—Muy bien. Enseguida vuelvo.

Cuando Gillian salió, el médico volvió a sonreír y se sentó en la silla. Se inclinó un poco hacia adelante y la miró con simpatía.

—Sé que ahora te sientes un poco confusa y créeme que lo último que quiero es hacerte sentir incómoda, pero necesito preguntarte: ¿recuerdas quién eres y qué es lo que te ha pasado?

El rostro de Hester se ensombreció. Claro que lo recordaba, pero no estaba segura de que fuera prudente contar toda la verdad. Quizá, lo mejor era distorsionarla un poco. Asintió despacio.

El hombre pareció alegrarse.

—Esa es una muy buena señal —afirmó—. Significa que tu mente funciona como debe. No hace falta que me respondas porque estoy convencido de que Brendan va a hacerte la misma pregunta. Mientras lo esperamos, puedes ir poniendo en orden tus ideas para que te resulte más fácil lo que vas a decir.

Hester asintió agradecida y pensó que, antes de centrarse en la organización, debía decidir qué cosas iba a revelar y cuáles iba a ocultar.

Capítulo 6

Cuando volvieron a llamar a la puerta, Hester sintió un escalofrío. Todavía no estaba preparada para enfrentarse a la situación. Pero Thomas pronunció un «Adelante» y la puerta se abrió. Hester vio cómo un hombre delgado, de unos treinta años entraba en la habitación. Vestía completamente de negro y estaba muy serio. Sus ojos azules se clavaron en ella. Sin dejar de mirarla, caminó hasta los pies de la cama y se detuvo antes de rozar el colchón. Hester tragó saliva, pero no apartó sus ojos de él. Este permanecía inmóvil, como si la estuviera evaluando. ¿Descubriría que era una pésima mentirosa? «No, por favor», pensó ella, y notó cómo un calor se extendía por sus mejillas. El silencio se estaba volviendo asfixiante.

Finalmente, el hombre lo rompió.

—Thomas, ¿nos puedes dejar a solas? —le preguntó sin apartar la vista de Hester.

El médico se levantó.

—Claro.

Brendan no se movió hasta que escuchó que la puerta se cerraba tras él. Entonces, caminó con lentitud hasta la silla. «Quizá él también necesita algo de tiempo para elegir lo que va a decir», pensó Hester mientras lo seguía con la mirada. Él se sentó sin hacer ruido, y cruzó las manos en su regazo. Su rostro no mostró ninguna emoción cuando habló:

—Mi nombre es Brendan, y soy el dueño de este sitio. ¿Quién eres tú?

Hester trató de girar un poco el cuerpo hacia la derecha para mirarlo mejor, pero al hacerlo, sintió un fuerte pinchazo en el tobillo. Se mordió el labio con fuerza para no gritar y escuchó que él le decía:

—Quédate donde estás, no hagas esfuerzos.

Ella obedeció y se disculpó con la cabeza gacha.

—Lo siento.

—No hace falta que pidas perdón. Solo dime quién eres y por qué estabas tirada frente a la puerta de mi casa de juego.

Al escucharlo, Hester levantó la cabeza y lo miró horrorizada.

—¿Casa de juego?

Él se echó a reír.

—Así que ni Gillian ni Thomas te lo han contado. Sí, esta es una casa de juego, una de las más importantes de Nitor, de hecho. Veo que te escandaliza estar aquí, pero me parece que vas a tener que aguantar unos días más, hasta que te recuperes. —Hizo una pausa y ladeó la cabeza—. A menos que quieras volver a las calles, opción que no parece muy recomendable en tu situación.

Hester dejó de mirarlo. Nunca antes había estado en una casa de juego, pero había oído hablar mucho de ellas. No eran lugares apropiados para las personas decentes. La gente, en esos sitios, se emborrachaba, perdía las formas ante la mínima provocación, y se arruinaba.

Hester volvió a mirarlo, aunque esta vez lo hizo de reojo. ¿Cómo podía alguien vivir de la desesperación de otros?

El tono de Brendan se volvió suave.

—Puedo imaginarme todo lo que te está pasando por la cabeza en estos momentos. Sé que piensas que has tenido muy mala suerte al despertar aquí, pero déjame decirte que El Búho de Piedra no es tan horrible, en comparación con otras casas de juego. Ahora responde a mi pregunta.

Ella suspiró.

—Me llamo Hester y vengo del Reino de Alea. Tuve que huir de mi hogar. Conseguí colarme en un barco que me ha traído hasta aquí. No conozco a nadie en esta ciudad ni tengo dinero. Caminaba sin rumbo cuando me desmayé. — Sin darse cuenta, sus manos agarraron la sábana con fuerza.

Brendan se percató de ello, pero no lo mencionó.

—Ya veo —dijo, en cambio—. Me queda claro que tu historia es bastante trágica a pesar de que la has relatado de manera muy escueta. Si te soy sincero, esperaba más detalles.

Ella miró hacia la puerta.

—Lo siento —murmuró.

La oyó suspirar.

—No te disculpes. Por ahora, con lo que me has contado me basta. —Se levantó de la silla—. Tengo que volver al trabajo. Gillian va a venir ahora a traerte comida. ¿Necesitas algo más?

Ella negó con la cabeza sin apartar sus ojos de la puerta. Brendan volvió a hablar:

—Bien. Trata de descansar.

«No creo que pueda», pensó Hester. No sabía qué esperar de la situación en la que se encontraba. Para hacerse una idea, antes tendría que recabar información sobre ese lugar. Intentaría sonsacarle lo máximo posible a Gillian. La mujer le había parecido muy agradable, aunque si trabajaba allí... De lo que no cabía duda era que con ella se sentía más cómoda que con el dueño de la casa de juego.

Capítulo 7

Brendan se encontró a Gillian en mitad del pasillo y le hizo un gesto con la mano para que se detuviera.

—Acabo de hablar con la chica. Se llama Hester y viene de Alea. Tuvo que huir de allí. Aún no me ha dicho por qué, pero terminará haciéndolo. Ahora, lo importante es que se sienta cómoda, así que no le preguntes nada demasiado personal. ¿Entendido?

—Claro.

El hombre miró la bandeja de comida. Había puré de patatas, una rebanada de pan y una manzana.

—¿No le llevas nada de carne? —le preguntó a Gillian.

—Thomas me ha dicho que al principio es mejor que coma alimentos suaves y en pequeñas cantidades.

—Ya veo. Bueno, avísame si hay alguna novedad.

—De acuerdo.

Brendan se alejó de allí. Cuando llegó a la planta baja, vio que la puerta de El Búho de Piedra estaba abierta y que ya había algunos clientes en las mesas. También estaban los empleados que faltaban. Brendan los saludó y después hizo una seña a Erik y a Leonard para que se acercaran.

—Vamos otra vez a mi despacho.

Apenas hubieron llegado, Brendan los puso al corriente de lo que le había expresado la chica. Cuando terminó de contar, Leonard le preguntó:

—¿Crees que vivía en la Corte?

—Es lo más probable. No tiene aspecto de pertenecer a la nobleza, así que seguramente trabajaba como criada.

—¿Y por qué trataría de escapar?

Brendan suspiró y se reclinó en su asiento.

—Eso es lo que quiero averiguar. Pero hoy la he notado muy nerviosa, así que he decidido esperar un poco antes de seguir interrogándola.

Erik los escuchaba con interés, pero prefería no intervenir. No creía que pudiera aportar nada. Brendan se quedó pensativo unos instantes y después volvió a tomar la palabra:

—Voy a escribir a Fergus para que me avise si escucha algo relacionado con la chica.

Brendan no solo tenía empleados en la casa de juego también los tenía fuera, por las calles del Reino de Nitor y por las del Reino de Alea. A veces, los llamaba «espías», pero solo en presencia de Leonard y de Erik. Fergus estaba al mando del grupo de Nitor. Por debajo de él, jerárquicamente, había un hombre que controlaba el subgrupo de cada ciudad. La persona que estaba al mando de los espías del Reino de Alea se llamaba Ronan.

Brendan se levantó y apoyó las manos en el escritorio.

—Podéis volver al trabajo.

Erik y Leonard se despidieron de él y salieron del despacho. Mientras bajaban las escaleras, el primero murmuró:

—Espero que no cometa ninguna estupidez.

Leonard movió la cabeza con pesadumbre.

—Lleva mucho tiempo esperando una oportunidad para llevar a cabo su venganza. Si ve que por fin hay posibilidades de éxito, se lanzará sin importar los riesgos y ni tú ni yo podremos impedirlo. El jefe acumula mucho odio en su interior. Si ha permanecido todos estos años sin mover un dedo, ha sido porque la balanza no se inclinaba a su favor. Pero con la llegada de la chica, las cosas pueden haber cambiado, y él lo sabe.

Capítulo 8

—Despacio, cielo, o vomitarás —le dijo Gillian.

Hester asintió, algo avergonzada, y dejó la cuchara en el plato, junto al puré. No se había dado cuenta de que estaba muerta de hambre, pero no era extraño porque en dos semanas solo había comido una hogaza y media de pan. Cogió el vaso de agua y bebió un sorbo.

Gillian la contemplaba con una mezcla de simpatía y de compasión. Hester no quería que le tuvieran lástima, pero entendía que su aspecto y el modo en que la habían encontrado propiciaran ese sentimiento en los demás. Dejó el vaso en la bandeja y volvió a coger la cuchara. Antes de llevarse otra cucharada de puré a la boca, le preguntó a Gillian:

—¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí?

La mujer le sonrió y movió la cabeza de manera afirmativa. :

—Desde que he alcanzado la mayoría de edad, me encargo de cocinar, fregar los cacharros y hacer el inventario de los alimentos y las bebidas. Es un buen trabajo, y Brendan es un jefe amable y justo.

Hester la miró poco convencida, pero no la contradujo. Después de todo, solo la había visto una vez. Mientras Hester terminaba de comer el puré, Gillian le habló de su juventud. Había nacido en la ciudad y se había criado con una tía. Su vida no había sido muy emocionante, pero se sentía a gusto así.

—No tengo espíritu aventurero —le confesó, y le retiró el plato vacío.

Hester se rio y cogió la manzana. Era verde y estaba un poco ácida para su gusto, pero se la comió entera. Gillian se levantó y se inclinó hacia ella para coger la bandeja. Hester apartó las manos y las puso sobre el colchón.

—Hasta que vayamos a comprarte ropa, tendrás que usar la mía. Te quedará un poco grande, pero como va a ser por poco tiempo, no importa. Ahora vendré a traerte algunas prendas. ¿Necesitas algo más, cielo? —le preguntó la mujer.

—No, muchas gracias.

—Entonces, volveré enseguida.

—De acuerdo.

Hester se tumbó con cuidado para no hacerse más daño en el tobillo, pero cuando vio que Gillian había dejado la bandeja en la mesilla, se puso alerta. La mujer sacó un trapo de uno de los bolsillos de su delantal y lo mojó en el agua de la palangana. Tras escurrirlo un par de veces, se giró hacia Hester e hizo el amago de ponérselo en la frente, pero ella se apartó como un resorte. La mujer se detuvo al instante y la miró muy sorprendida.

—¿Qué ocurre, cielo?

Hester abrió la boca, pero no supo qué responder. No podía contarle la verdad. Gillian se asustaría y no querría volver a acercarse a ella. Al final, optó por decir:

—Dámelo, yo me lo pondré.

Gillian arrugó un poco el ceño.

—Está bien —accedió después de una pausa—. Aquí tienes.

—Gracias. —Hester lo cogió sin rozarle los dedos y se lo colocó en la frente. Se estremeció por lo frío que estaba, pero no protestó.

Gillian siguió contemplándola con desconcierto, pero tras unos segundos, sacudió la cabeza y volvió a coger la bandeja.

—Te veo luego, cielo. Que descanses.

—Gracias. Hasta luego.

Hester se sentía un poco incómoda por haber reaccionado de esa manera, pero sabía que no le había quedado otra salida.

No quería hacer uso de su don.

Capítulo 9

Hester no consiguió dormir. Tenía demasiados asuntos en qué pensar, y lo peor era que, de momento, no podía hacer otra cosa más que esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Había un mueble con una palangana junto a la mesilla. La palangana estaba llena de agua y tenía una pastilla de jabón al lado. Hester se lavó lo mejor que pudo y se puso uno de los vestidos que le había traído Gillian. Le quedaba ancho, y las mangas le cubrían parte de las manos, pero la tela era agradable, de color azul pastel, una de sus tonalidades preferidas.

Se sintió mucho mejor después de haberse aseado y de haberse cambiado de ropa. Miró a su alrededor buscando algo con lo que entretenerse. Con el pie bueno apoyado en el suelo y el otro levantado, fue abriendo los cajones de la mesilla y comprobó, con una pizca de frustración, que estaban vacíos. Entonces, miró el suelo. La madera se había agrietado por varias zonas y tenía algunas muescas, como si uno o varios objetos hubieran chocado contra ella. Con un poco de imaginación, podías formar figuras a partir de esos trazos. Ese era uno de los pasatiempos favoritos de Hester cuando era niña. Las nubes, las paredes, las mesas, los suelos... Cualquiera de esos lugares servía.

Pasaron las horas. Fuera, el sol se ocultaba en el horizonte. A Hester empezó a resultarle difícil encontrar nuevas figuras en la madera.

Cuando llamaron a la puerta, creyó que se trataba de Gillian.

—Adelante —dijo, y dejó de mirar al suelo.

La puerta se abrió, pero el que apareció al otro lado fue Brendan.

Hester se puso tensa. Fue todavía más consciente de que el vestido le quedaba grande.

El hombre permaneció en el umbral, apoyado sobre una de las jambas y, por primera vez, le dedicó una pequeña sonrisa. Llevaba un candelabro encendido sobre un plato.

—¿Puedo pasar? —le preguntó con tono suave.

Hester tragó saliva y, temiendo que su voz sonara débil, optó por asentir. Brendan dio un paso hacia el interior y se giró para cerrar la puerta. Hester se agarró las manos y aguardó a que se acercara. Esperaba que no siguiera haciéndole preguntas sobre su vida, pero estaba convencida de que eso era lo que iba a pasar.

Brendan mantuvo su sonrisa mientras se dirigía hasta la mesilla, pero Hester se dio cuenta de que sus ojos no dejaban de evaluarla como la vez anterior. Ella no se había atrevido a mentirle por ese motivo, pero lo cierto es que tampoco había tenido la necesidad de hacerlo. Brendan no había insistido cuando había visto que ella no quería profundizar en su relato. Había sido un gesto considerado. Quizá Gillian tenía razón después de todo.

Brendan dejó el plato con el candelabro y se sentó en la silla. Sin romper el contacto visual con Hester, pasó una pierna por encima de la otra. «Tiene unos ojos muy bonitos», pensó Hester, y enseguida se sintió ridícula. Había cosas más importantes en las que centrarse. Estaba en un lugar extraño con gente extraña y debía mantener oculto su don. No podía bajar la guardia.

—¿Cómo te encuentras? —la voz del hombre la sacó de sus pensamientos.

—Mejor, gracias.

—Me alegro. Pronto vendrá Gillian a traerte la cena, pero quería saber si necesitabas algo.

A Hester le sorprendió aquel gesto de consideración. Pensó entonces que quizá había parecido poco respetuosa la vez anterior al haberse mostrado reticente a hablar. Se esforzó por conversar con el tono más educado que pudo:

—Os lo agradezco, pero...

Él no la dejó terminar:

—No me trates de vos. —Su tono no admitía réplica.

—Está bien —accedió ella, preguntándose por qué le había sentado tan mal que lo hubiera hecho.

La expresión del hombre volvió a suavizarse. Ladeó la cabeza y comentó:

—Estar en una cama sin nada que hacer puede ser muy aburrido. Puedo traerte una baraja, si quieres.

Hester volvió a sorprenderse.

—Gracias, pero no sé jugar.

Brendan reprimió una sonrisa.

—Supongo que no has tenido muchas oportunidades para aprender.

Hester se puso alerta, pero Brendan enseguida añadió:

—Hay juegos muy sencillos. Gillian puede enseñártelos cuando tenga un rato libre.

Sin saber por qué, Hester se sintió decepcionada. ¿De verdad había esperado (y deseado) que fuera él quien le enseñara?

—Vale, se lo pediré la próxima vez que la vea.

—Bien. —Brendan se levantó—. Si no necesitas nada, vuelvo al trabajo. A esta hora empiezan a llenarse las mesas. Supongo que este tipo de negocios funcionan mejor de noche.

Hester apartó los ojos y murmuró:

—Supongo.

Esperó escuchar su risa, pero el hombre permaneció en silencio. Lo único que oyó fueron sus pasos, alejándose.

Cuando la puerta se cerró de nuevo, Hester levantó la cabeza y respiró hondo.

Capítulo 10

Cuando Gillian regresó con la bandeja de la cena, Hester le habló de su conversación con Brendan. La mujer se mostró encantada de enseñarle las reglas de algunos juegos.

—Los más sencillos son Piedra o Palo y Doce Más Uno —le explicó muy animada—. Yo tengo una baraja, la traeré mañana cuando venga con el desayuno. Nosotras jugaremos sin apostar.

—Me parece muy bien porque no tengo ni una moneda —confesó Hester. Gillian volvió a mirarla con compasión.

—No te preocupes, cielo, aquí no necesitas dinero. Nosotros no te vamos a pedir nada.

Hester miró el colchón, algo incómoda.

—Gracias.

—No hay de qué. Ahora, tómate la sopa, cielo, que se te está enfriando.

Hester tomó el cuenco entre las manos. Apenas transcurrieron unos segundos cuando las dos mujeres escucharon el sonido de voces masculinas que procedían del piso de abajo.

—Me temo que hasta dentro de unas cuantas horas no volverás a tener silencio —le comentó Gillian y esbozó una sonrisa de disculpa.

Hester también sonrió.

—No pasa nada.

Además de la sopa, había en la fuente un trozo de bizcocho de color marrón oscuro. Sabía a nueces y a canela. Hester se lo comió despacio, saboreándolo. Cuando terminó, se limpió con un pañuelo de tela. Gillian le retiró la bandeja con una sonrisa y le deseó buenas noches.

Al otro lado de la ventana, todo estaba oscuro. Hester se alegró de no estar en la calle a esas horas. En la planta de abajo, alguien se rio con fuerza y dio

varios golpes. Ella soltó un respingo y se arrojó con la sábana. «Tengo que dormir», pensó con los ojos cerrados. Intentó aislarse de los ruidos y dejar la mente en blanco, pero era muy difícil. No sabía qué le depararía el día siguiente. En realidad, nadie lo sabía con certeza, pero la mayoría de la gente podía hacerse una idea más o menos clara, aunque luego un suceso lo trastocara todo. No obstante, ella estaba en una posición muy vulnerable: dependía de la clemencia de otros. «Basta», se regañó mentalmente. Pensando esas cosas solo conseguía entristecerse. «Las cosas mejorarán. Conseguiré un empleo y volveré a tomar las riendas de mi vida».

El chirrido de una silla arrastrada le hizo apretar los dientes. Al chirrido le siguieron gritos de enfado y después un golpe seco. Hester abrió los ojos, asustada, y se incorporó en la cama. ¿Había una pelea?

Una voz diferente se hizo oír en medio del estruendo y consiguió acallar las demás. Hester no entendió lo que decía, pero reconoció el timbre.

Era la voz de Brendan.

El dueño de El Búho de Piedra parecía furioso. Hester apoyó los pies en el suelo. El dolor en el tobillo aumentó, pero eso no la hizo desistir de su propósito. No podía quedarse ahí de brazos cruzados. Tenía que enterarse de lo que estaba sucediendo.

Al ponerse de pie, se mareó, pero se apoyó en la pared y esperó a que todo dejara de darle vueltas. Abajo, Brendan seguía gritando. Solo se lo escuchaba a él.

Hester respiró hondo. Cuando se le hubo pasado el mareo, caminó hasta la puerta. Las piernas le temblaban un poco, y notaba pinchazos en el tobillo. Al abrirla, pudo escuchar:

«...Mi establecimiento, ¿te ha quedado claro?».

Lo siguiente que oyó fue un gruñido. Hester salió de la habitación y empezó a recorrer el pasillo iluminado con velas. Antes de que llegara a la barandilla, volvió a escuchar la voz de Brendan:

«No eres un animal, aunque la mayor parte del tiempo lo parezcas. Puedes contestar con una palabra».

Hester se apoyó en la barandilla y miró hacia abajo. No había nadie en el descansillo. La puerta de la sala de juego estaba abierta, pero desde donde ella se encontraba, solo podía ver parte de la barra y de un mueble con bebidas alcohólicas. Escuchó un «Sí» ahogado. Brendan pareció darse por satisfecho porque le dijo: «Bien. Ahora, largo».

Hester se quedó muy quieta. Al cabo de unos segundos, vio salir a un hombre grandullón con la camisa arrugada. Se dirigió a la puerta que daba a la calle con pasos tambaleantes. Hester lo siguió con la mirada. Daba la impresión de estar tan borracho que no aguantaría mucho en pie. Cuando se marchó, Hester dejó de apoyarse en la barandilla y decidió que lo mejor era volver a su cuarto.

—¿Qué haces ahí? —la voz de Brendan la sobresaltó cuando estaba dando media vuelta. Volvió a girarse con el corazón acelerado y miró hacia abajo.

Brendan estaba en el descansillo y la miraba con cara de pocos amigos. Hester se sintió como una niña pillada en falta.

—Yo... Eh... Oí gritos y quise ver qué era lo que pasaba.

Brendan lanzó una risa amarga.

—Oíste gritos y pensaste que lo mejor era abandonar la seguridad de tu cuarto y exponerte a lo que fuera que estuviera produciendo esos ruidos.

Contado así sonaba muy estúpido.

—Eres una imprudente —continuó Brendan—. Sigue así y no tardarás en meterte en problemas.

«Ya estoy en metida problemas», pensó ella de forma sombría. Sin despedirse, dio media vuelta y regresó a su habitación.

No volvió a escuchar la voz de Brendan durante toda la noche.

Capítulo 11

Hester durmió mal. Se despertó varias veces y, en cada una de ellas, recordó las últimas palabras que Brendan y ella habían intercambiado.

«Ha sido demasiado duro. Podría haberme dicho lo mismo de una manera más amable».

Antes de que el sol comenzara a salir, las voces en el piso de abajo se extinguieron. Hester creyó que sentiría alivio, pero el silencio le resultó inquietante. Las velas del candelabro seguían encendidas, y parte de la cera había cubierto el plato. Hester no pensaba apagarlas hasta que no se hiciera de día.

Con las primeras luces, empezó a escuchar a las gaviotas. El sonido la reconfortó un poco. Se inclinó sobre el candelabro y sopló con fuerza. El olor a cera se hizo más intenso.

Antes de que Gillian llamara a la puerta, Hester ya había tomado la decisión de hablar con ella sobre lo ocurrido la noche anterior. Quizá la mujer pudiera darle algún consejo sobre cómo tratar con Brendan: Hester se sentiría mejor después de haberle contado a alguien.

Como le había prometido el día anterior, Gillian le trajo la baraja con el desayuno.

—Te enseñaré a jugar a Doce Más Uno. Piedra o Palo es un juego muy aburrido.

Hester asintió con una sonrisa.

—Antes de jugar, me gustaría contarte algo —le comentó.

—¿De qué se trata, cielo?

Hester cogió la rebanada de pan y le untó un poco de compota de manzana. Mientras, empezó a relatarle lo sucedido. Cuando terminó de contar, Gillian lanzó un suspiro.

—Yo lo vi todo desde la puerta de la cocina. Ese hombre trató de pegarle a

otro, pero Brendan lo detuvo a tiempo. El Búho de Piedra es diferente a otras casas de juego. Aquí los trabajadores tienen la orden de intervenir ante el menor indicio de pelea. También deben estar pendientes de las cantidades de alcohol que se consumen. Los clientes no pueden beber hasta perder el sentido. Cuando un empleado considera que alguien se está pasando, impide que siga bebiendo. En otras casas de juego, no hay ni la mitad de control: la gente llega a perder la consciencia, y se organizan verdaderas batallas campales.

—Vaya, no lo sabía.

Gillian sonrió con tristeza.

—Me imagino que anoche pensaste cosas poco agradables sobre Brendan, pero te aseguro que es un buen hombre.

—¿Cómo llegó a ser el dueño de este sitio?

—Eso tendrías que preguntárselo a él, cielo, pero te aconsejo que no lo hagas. No le gusta hablar de su pasado. Para él es doloroso.

Hester se sintió un poco avergonzada por su curiosidad.

—Lo siento.

—No te preocupes, cielo. Venga, desayuna para que pueda enseñarte las reglas de Doce Más Uno.

Capítulo 12

Solo pudieron jugar una partida. Después, Gillian tuvo que irse a preparar la comida.

Doce Más Uno era un juego sencillo. El mínimo de jugadores era dos, y no había máximo. Cada participante empezaba con una carta y podía plantarse o pedir más. Ganaba el que llegara a sumar trece. La complicación surgía cuando aparecían cartas que restaran, cartas que obligaran a intercambiar una baraja con el compañero de la derecha y cartas que quitaran el turno en la siguiente ronda. Hester supuso que, con un grupo numeroso, sería más emocionante, pero la pasó bien, a pesar de que no consiguió aprender lo que significaba cada carta. Gillian le prometió que volverían a practicar muy pronto y le dejó la baraja por si se aburría. «Pero debes descansar», le recordó antes de despedirse. Hester se dio cuenta de que la mujer se cuidaba de no tocarla. Eso la hizo sentir un poco culpable. «Pero es mejor para ella», pensó.

Cuando se quedó a solas, extendió las cartas sobre el colchón y después empezó a agruparlas por palo. No había terminado cuando llamaron a la puerta. Hester soltó un respingo y apretó la carta que tenía en la mano. Se imaginaba quién era.

—Adelante —dijo intentando que la voz no le temblara.

La puerta se abrió, y Hester supo que había acertado: era Brendan. El hombre parecía tenso.

—¿Puedo pasar?

—Claro. —Hester se apresuró a recoger las cartas. Las manos le temblaban. «Tranquilízate».

Todavía estaba completando la baraja cuando Brendan se sentó en la silla, a su derecha.

—¿Estabas jugando al Solitario?

—No —le contestó ella sin mirarlo—. Solo estaba ordenándolas por palo.

—Bueno, en eso consiste el Solitario. —Brendan esbozó una pequeña sonrisa y se levantó—. Déjame que te ayude.

Hester contuvo el aliento cuando él se inclinó a su lado. Siguió sin mirarlo, pero notaba su presencia tan cerca que estaba segura de que, si se echaba unos milímetros más a la derecha, sus brazos se tocarían. Brendan parecía muy tranquilo. Con agilidad, fue recogiendo las cartas hasta que no quedó ninguna y después le tendió su montón a Hester. Ella comprobó con alivio que podía cogerlo sin rozarle la mano.

—Gracias —susurró.

—No hay de qué —contestó él con voz suave. A continuación, se irguió y regresó a su asiento.

Hester unió los dos montones y dejó la baraja sobre la mesilla. Entonces, levantó la cabeza para mirarlo a los ojos. Brendan le devolvió la mirada. Sus ojos azules estaban más sombríos de lo habitual. A Hester le transmitieron una mezcla de incomodidad, tristeza y frustración. Sintió que algo en su interior se derretía. El hombre parecía estar pensando qué decir. Hester decidió empezar el diálogo:

—Siento lo de anoche. No se me pasó por la cabeza que estuviera siendo imprudente.

Brendan hizo un leve asentimiento con la cabeza.

—Está bien. Yo lamento haber sido tan brusco. Supongo que ahora no debes de tener una muy buena imagen de mí. Pero quiero que entiendas que en este lugar a veces hay que enseñar los dientes para mantener el orden.

—Lo entiendo.

A Hester le pareció que Brendan hacía el amago de sonreír.

—Me alegro. Créeme, ni a mis empleados ni a mí nos gusta actuar de esa manera, pero si no lo hiciéramos, en El Búho de Piedra reinaría el caos.

—Ya me imagino.

—Aun así, hay veces en las que no podemos evitar que los clientes

quebranten las normas. El alcohol desinhibe y, si a eso le sumamos que muchos apuestan grandes cantidades de dinero y las pierden..., tenemos un cóctel peligroso. —El azul de sus ojos pareció oscurecerse un poco—. Por eso, es importante que no salgas sola de este cuarto, sobre todo de noche.

—De acuerdo.

Se hizo un silencio que duró varios segundos. Brendan parecía más tranquilo cuando le preguntó:

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor, gracias.

—Me alegro. Cuando se te quite del todo la fiebre, podemos salir a dar un paseo, si te apetece.

—Claro —contestó ella con rapidez. Estaba deseando salir de entre esas cuatro paredes.

Él sonrió y se puso de pie. Hester alzó la cabeza para seguir mirándolo a los ojos.

—Estupendo. Hablaré con Thomas para que te haga una visita. ¿Te dijo cuándo te quitaría la venda del pie?

Hester negó con la cabeza.

—No importa, le preguntaré —prosiguió él—. Ahora debo volver al trabajo, pero vendré otra vez esta tarde. Procura descansar.

—Vale. —Ella le dedicó una pequeña sonrisa.

Parte de la opresión que notaba en el pecho se había desvanecido.

Capítulo 13

Brendan regresó al atardecer. Una luz anaranjada invadía el cuarto. Hester contemplaba la ventana desde la cama. Hacía poco que había cenado y no tenía nada de sueño.

—¿Vino a verte Thomas? —le preguntó él desde la puerta. Su expresión era tranquila.

—Sí. Me ha regañado por haber salido del pasillo anoche. Ha dicho que mientras siga teniendo fiebre, debo permanecer aquí.

Brendan arqueó las cejas y entró en la habitación. Cerró la puerta.

—¿Se lo has contado? —le preguntó y se acercó.

—No. Ha sido Gillian.

Brendan movió la cabeza y se echó a reír. Por primera vez, a Hester le gustó su risa.

—Típico de ella. Si cree que puede ayudar a una persona revelándole información a otra, lo hará, así que ten cuidado con lo que le cuentas.

Hester también se rio y se sorprendió de sí misma cuando contestó con tono de broma:

—Bueno, por suerte, esta vez no le he dicho nada demasiado comprometido.

Él llegó hasta la silla.

—¿Cómo está tu tobillo? ¿Lo notas peor?

—No.

Brendan sonrió.

—Me alegro. Confío en que pronto podremos dar ese paseo.

Hester sintió un brote de emoción en su estómago. Apartó los ojos y asintió con una media sonrisa. Sus palabras le habían dado ánimos para resistir los últimos días de convalecencia. Las necesitaba porque estaba convencida de

que iba a pasar la mayor parte del tiempo sola, con una baraja y unas grietas en el suelo como únicas distracciones.

Capítulo 14

Los días transcurrieron sin novedades. Cada mañana, Hester se levantaba con más energías y con la mente más despejada que la noche anterior, pero cada vez le costaba más lidiar con el aburrimiento. Gillian y Brendan seguían visitándola a menudo, pero eso no era suficiente. Pasaba muchas horas sola y estaba cansada de hacer solitarios. Por eso, cuando una tarde Thomas le anunció que ya no tenía fiebre, Hester tuvo que contenerse para no saltar de alegría.

—Esperaremos un día más y, si sigues igual, podrás volver a salir a la calle.

—¿Un día más? —Hester sintió que se le caía el alma a los pies.

El médico se echó a reír.

—¿Qué es un día comparado con todo lo que has esperado? Vamos, anímate, ya falta muy poco.

Hester suspiró con resignación.

No podía imaginarse que a la noche siguiente sucedería algo que la sacaría de la monotonía.

Capítulo 15

Empezó con un ruido de cristales rotos y terminó con un incendio.

Hester estaba tumbada en la cama, pensando que solo faltaban unas horas para salir a la calle cuando escuchó que, en la habitación de al lado, algo se hacía añicos. Se incorporó con brusquedad. En el cuarto vecino dormía Brendan.

Sin preocuparse de apoyar el pie con cuidado, Hester se levantó y casi corrió hasta la puerta. «¿No estarás siendo imprudente otra vez?», escuchó que preguntaba una vocecilla en su cabeza. La ignoró y salió al pasillo.

La puerta de la habitación de Brendan estaba cerrada. Hester acercó el oído y no fue capaz de escuchar nada. Llamó con los nudillos. Lo que menos le importaba en aquellas circunstancias era molestar al hombre.

Nadie contestó. El corazón de Hester empezó a latir más fuerte. Parecía que se le quería escapar del pecho. Ella no quiso esperar más. Agarró el picaporte y lo giró.

Su primera reacción al ver lo que ocurría fue quedarse petrificada. De la impresión, no fue capaz de emitir ningún sonido.

Cerca de la cama de Brendan, el suelo ardía.

Brendan también parecía una estatua. Estaba sentado sobre el colchón y miraba las llamas con una expresión de absoluto terror. El humo ascendía sin control, y el fuego estaba a punto de alcanzar una de las patas de la cama.

Esto último fue lo que hizo reaccionar a Hester. Corrió hasta el armario en busca de una manta. Había una en el estante superior. Se puso de puntillas, pero no la alcanzaba. Lanzó un grito de frustración. Le costaba respirar por el humo y por los nervios. Casi sin aliento, fue hasta la silla, la levantó y la llevó hasta el armario. Subió el pie bueno y se ayudó a tomar impulso con las manos. Sin ningún miramiento, tiró de la manta. Esta cayó al suelo. Hester se bajó y se agachó para recogerla. Las sienes la martilleaban. Brendan seguía

inmóvil, como una estatua de sal. Trataría de sacarlo de su ensimismamiento después. Ahora lo importante era apagar el fuego.

Recorrió los escasos metros que la separaban de las llamas y empezó a sofocarlas, dando golpes rápidos con la manta. Mientras lo hacía, no pudo evitar pensar que, si su idea no daba resultado, habría perdido un tiempo muy valioso. «Concéntrate», pensó apartando aquella idea de su mente. En el ambiente, flotaba un olor a lana y a madera quemadas.

Por fortuna, tras varios intentos, consiguió apagar el incendio. Todo el pelo se le había venido a la cara, y jadeaba por el esfuerzo. Cuando parte de la humareda se disolvió, Hester contempló el suelo de madera, ahora ennegrecido. Había trocitos de cristales, pero eso no fue lo que le llamó la atención: también había una piedra y restos de una cuerda y de un trapo.

Dejó la manta, ahora inservible, en el suelo. Después, se acercó a Brendan y lo agarró por los hombros. Se dio cuenta de que el hombre tenía la mirada perdida.

—Brendan, tienes que levantarte —le pidió con voz suave—. Debemos salir de aquí, hay mucho humo.

Él no reaccionó. Hester empezó a zarandearlo, aunque lo hizo despacio.

—Venga, Brendan, vuelve a la realidad.

La cabeza del hombre se movía hacia delante y hacia atrás como un muñeco de trapo. Ella se detuvo y decidió que lo mejor era pedir ayuda. Giró un poco la cabeza en dirección a la puerta y empezó a gritar:

—¡Gillian! ¡Gillian, por favor, ven, es una emergencia!

Volvió a mirar a Brendan y casi gritó de emoción cuando vio que estaba parpadeando. Después, el hombre frunció el ceño como si no supiera muy bien qué estaba pasando. Unas pequeñas arrugas se formaron alrededor de sus ojos. Hester resistió la tentación de acariciarle una mejilla. «El don», recordó. Por fin, Brendan la miró.

—Hester... —musitó.

Ella sintió ganas de llorar de alivio. Soltó parte del aire que había estado

conteniendo y lo agarró por los codos para ayudarlo a ponerse de pie.

—Venga, tenemos que salir de aquí.

Brendan se levantó aturdido y se dejó conducir hasta la salida. Hester lo llevaba agarrado del brazo. El tobillo todavía le dolía, pero ya podía andar sin cojear.

Justo cuando estaban a punto de salir al pasillo, aparecieron Gillian y Thomas. El semblante de ambos se llenó de preocupación cuando vieron la manta destrozada, parte del suelo quemado, el humo, los cristales, la piedra y los restos de trapo y de cuerda. El médico se hizo a un lado para dejarlos salir y después entró en la habitación y abrió la ventana. Hester se sintió como una tonta por no haberlo hecho ella, pero ni se le había pasado por la cabeza. Ahora que lo pensaba, también podría haber pedido ayuda antes. Era como si su mente se hubiera centrado en apagar el fuego y hubiera borrado las otras posibilidades. Menos mal que todo había salido bien.

Thomas se agachó junto a la piedra y cogió lo que quedaba del trapo. Se lo llevó a la nariz y frunció el ceño.

—Lo que me imaginaba. Alguien lo ha empapado en alcohol.

Capítulo 16

Los cuatros bajaron al salón de juego. Como El Búho de Piedra llevaba unas horas cerrado, los únicos que habían quedado eran ellos. Ayudaron a Brendan a sentarse en una silla. El hombre apoyó un codo en la mesa y clavó la mirada en el suelo. Seguía sin borrarle el desconcierto de su rostro.

Hester se sentó enfrente y le tocó la manga de la camisa.

—Brendan, ¿sabes qué ha pasado?

Thomas fue al mueble de las bebidas y sacó una botella de whisky.

—¿Alguien quiere? —preguntó y la alzó.

Gillian y Hester negaron con la cabeza. Brendan no contestó. El médico se encogió de hombros y echó un poco en un vaso. Se lo bebió de un trago y volvió a guardar la botella. Después, se acercó a ellos y se sentó en una silla.

—El que haya tirado la piedra envuelta en un trapo que estaba ardiendo debe de odiarte mucho —le dijo a Brendan.

El hombre lo miró distraído. Thomas le puso una mano en el hombro y le dio un pequeño empujón.

—Eh, reacciona.

Hester arrugó el ceño. ¿No se suponía que era médico? ¿Por qué no le hacía un examen para ver si le habían quedado secuelas?

Brendan miró a Thomas. Hester vio cómo su expresión cambiaba: sus ojos se ensombrecieron, su mandíbula se tensó y una vena sobresalió a un lado de la frente. También apretó los puños. Cuando habló, lo hizo sin ninguna emoción:

—Han sido los de Territorio Vow.

—¿Los de Territorio Vow? —preguntó Hester.

—Territorio Vow es el nombre de la otra casa de juego de Syrma, cielo —le explicó Gillian—. Siempre hemos tenido problemas con ellos. Sus

métodos para hacernos la competencia no son muy éticos, como ves.

—Nosotros tenemos más derecho a conseguir clientes que ellos —continuó Brendan, mirándola a los ojos—. Hace diez años, el Gremio de los Constructores de Syrma se puso en contacto con nosotros: el puerto necesitaba una reforma urgente y, para que pudiera acometerse, habían estado recaudando fondos en nombre de Lord Martin Wild, el Señor de Syrma.

El Señor de Syrma pertenecía a la Casa Noble de los Wild. Al igual que los Señores de las otras ciudades del Reino de Nitor, contaba con el favor del rey y disponía de un ejército.

Hester miró a Brendan, esperando a que continuara. Después de haber hecho una pausa teatral, el hombre reveló con evidente satisfacción:

—Nosotros cubrimos un tercio de los gastos.

Hester puso cara de sorpresa.

—¿Un tercio? Pero eso es mucho, ¿no?

Brendan contuvo una sonrisa.

—Sí. El Búho de Piedra obtiene suficientes ingresos anuales como para permitirse ser generoso de vez en cuando.

Se hizo un silencio. Hester recordó las llamas, el olor a quemado y la expresión de pavor en el rostro de Brendan. «Cualquiera se asustaría en un incendio, pero él ha reaccionado como si tuviera fobia al fuego», pensó.

Thomas tomó la palabra:

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Brendan lo miró con una expresión sombría.

—Id a dormir. Por la mañana, cuando vengan los demás empleados, les contaré lo que ha pasado.

—Por favor, no hagas nada temerario. —El tono del médico era suplicante.

Brendan se levantó y se sacudió la camisa como si tuviera polvo.

—Se merecen un castigo. Cada vez que ataquen, debemos devolverles el golpe, a ver si así, un día, por fin deciden respetarnos.

—Estás hablando de temor, no de respeto —intervino Hester.

Él la miró y contestó:

—Para el caso es lo mismo. Yo solo quiero que dejen de perjudicarnos.

Thomas lanzó un suspiro.

—Me voy a dormir.

—Yo también —lo secundó Gillian.

Después de que ambos se fueran, Hester se puso de pie. Apenas la separaba poco más de un paso de Brendan. El hombre la advertía vacilante. Antes de que él también se despidiera, Hester le preguntó en voz baja:

—¿Qué es lo peor que han hecho contra vosotros?

Percibió que contenía el aliento, como si su pregunta lo hubiera pillado por sorpresa. Sus ojos azules se apartaron de ella. Hester se atrevió a dar un paso hacia delante. Brendan volvió a respirar y su aliento se mezcló con el de ella.

—Lo peor... —empezó a decir Brendan, pero se detuvo.

—¿Sí? —preguntó Hester con el corazón acelerado.

—Lo peor fue cuando el dueño me rajó el hombro con el cuello de una botella de vodka.

Capítulo 17

Hester no pudo evitar mirarle los hombros. Brendan esbozó una media sonrisa llena de amargura y dijo como adivinando sus pensamientos:

—Fue en el izquierdo. Ahora tengo una cicatriz.

—Lo siento.

Él negó con la cabeza.

—No lo sientas. Pasó hace muchos años. Ya no me duele.

«Pero todavía te afecta», pensó Hester. Como si la hubiera escuchado, Brendan alzó un poco la barbilla: un gesto altivo que a ella la conmovió. «Puede que ya no te duela, pero te ha hecho acumular odio».

—¿En qué piensas? —susurró él. Su respiración se volvió rápida.

—En nada —contestó ella.

Bajó la mirada y observó cómo su pecho se movía cada vez que él cogía aire y lo expulsaba.

—¿Te preguntas cómo ocurrió?

—No —respondió y lo volvió a mirar a los ojos.

—¿Quieres saberlo?

—Solo si te apetece contármelo.

Brendan movió las comisuras de sus labios un poco hacia arriba.

—Buena respuesta —murmuró. Después, retrocedió unos pasos. A Hester le pareció que el aire se había vuelto más frío de repente. Brendan aclaró la garganta y continuó—. Fue hace casi diez años. Estaba paseando por la calle de noche cuando tres hombres se lanzaron sobre mí y me llevaron hasta un callejón. No tardó en llegar un cuarto. Llevaba una vela y, cuando la acercó a su rostro, pude ver que se trataba de Graham Vow, el dueño del Territorio Vow. Su padre fue quien creó la casa de juego. Como ves, no se rompieron mucho la cabeza para ponerle un nombre. El caso es que Graham estaba

resentido conmigo por haber hecho la donación para el puerto. Sabía que, con esa maniobra, nos habíamos metido en el bolsillo a los miembros del Gremio de los Constructores y que El Búho de Piedra se había situado en una posición privilegiada. ¿Qué casa de juego crees que recomendaban a todo aquel que quisiera apostar su dinero?

—Esta.

—Por supuesto. Y eso a los del Territorio Vow les hacía hervir la sangre.

—Pero, ¿por qué no hicieron también un donativo?

Brendan se echó a reír.

—En el negocio nunca les ha ido demasiado bien. La gente que tiene dinero en Syrma viene aquí.

—Entonces, ¿nunca se va a acabar el enfrentamiento entre vosotros?

Brendan volvió a ponerse serio.

—Parece poco probable. Si te soy sincero, antes de que me rajaran el hombro, nunca habían tratado de hacernos daño físicamente: asaltaban los carros que nos traían los cargamentos de bebidas; intentaban robarnos a los clientes; difundían rumores falsos sobre el funcionamiento de El Búho de Piedra...

—¿Y por qué decidieron cruzar la línea?

—Supongo que estaban desesperados. Territorio Vow siempre ha sido una cloaca, pero cuando este sitio no existía, no tenían competencia. La construcción de El Búho de Piedra les hizo perder clientes, pero creo que no habían visto que el futuro de su negocio estaba pendiendo de un hilo hasta que no hicimos el donativo.

Hester sintió un escalofrío. No quería saber qué más cosas habían hecho a partir de entonces. Él debió de notar su malestar porque dio un paso hacia delante y le dijo con tono reconfortante:

—Vamos, es hora de dormir. Mañana tenemos pendiente un paseo, ¿recuerdas?

—Sí. Pero tú no puedes volver a tu habitación.

Él ladeó la cabeza y la miró divertido.

—¿Qué sugieres?

Hester se puso roja al darse cuenta de cómo podía interpretarse lo que había dicho.

—¡Na...nada! —exclamó—. Yo sólo...

—Dormiré en otra habitación —la interrumpió él con voz suave—. Hay muchas vacías.

—Va... vale.

—Venga, subamos. No tengo ni idea de qué hora es, pero seguro que ya es muy tarde.

Hester asintió y lo siguió, todavía con el pulso acelerado. «Debo pensar mejor lo que voy a decir antes de abrir la boca».

Capítulo 18

A la mañana siguiente, cuando Gillian le llevó el desayuno a Hester, le contó que el resto de los empleados ya estaba al corriente de lo ocurrido.

—Han avisado al vidriero para que venga a reparar la ventana. Afortunadamente, todo ha quedado en un susto.

—Sí, pero por lo que dijo Brendan anoche, él no va a dejarlo estar —se lamentó Hester.

Gillian lanzó un suspiro.

—Lo sé, cielo. Llevan muchos años así, y parece que las cosas no van a mejorar. Cuando James Waters montó este negocio, el Territorio Vow ya existía. Era la única casa de juego en toda Syrma, así que no importaba mucho que fuera un edificio cochambroso. Pero al construirse El Búho de Piedra, la gente, sobre todo la que pertenecía a las clases sociales más altas, empezó a preferir venir aquí.

—No sabía que el Territorio Vow era más antiguo.

—Sí. Se construyó hace casi medio siglo.

—¿Y El Búho de Piedra?

—Hace treinta y nueve años.

—¿Y Brendan empezó a trabajar a las órdenes de James Waters?

—Así es. Y hace doce años, cuando murió, él heredó el negocio.

—¿Cómo se conocieron?

—Esa es una pregunta demasiado personal, cielo. Está muy relacionada con la que me hiciste el otro día. Las dos tendría que contestártelas el propio Brendan.

Hester recordaba la pregunta: «¿Cómo había llegado a ser el dueño de El Búho de Piedra?»

Enterarse de que había heredado el negocio, solo aumentó su curiosidad.

Deseaba saber en qué circunstancias habría conocido al anterior propietario y de qué modo su relación se había afianzado hasta el punto de que este lo nombrara su sucesor.

—¿Puedo darte un consejo, cielo? No juzgues a Brendan con excesiva dureza hasta que no conozcas su historia. Y es difícil que te la cuente. Para eso, tendrías que ganarte su confianza. Si le haces preguntas demasiado personales antes de que eso suceda o si lo presionas, se cerrará en banda y te habrás quedado sin ninguna oportunidad.

«Ayer me habló de su cicatriz», pensó Hester. «¿Eso es algo demasiado personal?»

—Lo entiendo —dijo sin saber cómo responderse a sí misma—. Gracias por el consejo.

Gillian sonrió.

—De nada, cielo. ¿Te apetece bajar conmigo a la cocina cuando termines el desayuno? Por lo que he oído, ya no tienes que guardar reposo.

—¡Me encantaría! —Hester tuvo ganas de aplaudir.

—Entonces, decidido. Hablaremos mientras hago la comida. Supongo que no te parecerá un plan muy emocionante, pero es mejor que estar aquí sola, ¿no?

Hester se rio y le aseguró que el plan le parecía estupendo. Cuando bajaban las escaleras, se encontraron con Brendan. Iba acompañado de otros dos hombres. Al ver a Hester, se detuvo en un escalón, y sus ojos se iluminaron.

—Hester, ¿cómo te sientes el primer día después de tu convalecencia?

—Con ganas de no volver a entrar en la habitación hasta que no pasen muchas horas.

Brendan lanzó una carcajada.

—Lo entiendo. Yo no habría aguantado el período de semiencierro tan bien como tú. —Se giró hacia los dos hombres—. Estos son Leonard y Erik, dos de mis empleados más fieles.

—Encantada. —Hester hizo una pequeña inclinación de cabeza.

Ellos le devolvieron el saludo. Después, Brendan volvió a tomar la palabra:

—Ahora tengo que ir al despacho, pero si te apetece, dentro de un rato podemos ir a dar ese paseo.

Hester notó un pequeño cosquilleo que subía por su estómago y llegaba hasta sus costillas. Sonrió.

—Me encantaría. Nosotras vamos a la cocina.

—Entonces, te buscaré allí cuando termine nuestra reunión. Podemos ir a la plaza de Syrma, si quieres. Te enseñaré el mercado: no solo venden comida, también hay puestos de artesanía, de ropa y de orfebrería. Y, si tenemos suerte, a lo mejor escuchamos el relato de un juglar. Siempre que vienen a la ciudad, acuden a la plaza.

—Nunca he visto a un juglar —confesó Hester.

Y decía la verdad. De donde ella venía, solo había trovadores, hombres cultos de origen noble que componían canciones sobre el amor, la política, la religión y la filosofía.

—Animan mucho el ambiente —opinó Brendan—. Informan de lo que pasa en otras ciudades, pero lo hacen como si te estuvieran contando una leyenda. Enfatizan tanto las virtudes de sus protagonistas que casi te parecen seres de otro mundo; narran las batallas de una forma tan vívida que sientes que estás en el campo de batalla; buscan que aflore tu compasión en las horas bajas del héroe; dejan la acción en suspenso en los momentos más emocionantes... Saben lo que le gusta al público y no tienen reparos en servírselo.

—¿Y qué hay de ti? ¿Tú te consideras parte de ese público?

Brendan se encogió de hombros.

—Disfruto con un buen relato, como todo el mundo.

Hester iba a recriminarle que no hubiera respondido a su pregunta, pero entonces, él sonrió como diciendo «Lo sé perfectamente» y añadió:

—Es un placer hablar contigo, pero me temo que debemos irnos. Luego podemos continuar nuestra conversación mientras paseamos.

—Está bien.

Leonard y Erik también se despidieron de ella y fueron los primeros en reanudar la ascensión. Brendan, en cambio, permaneció allí unos segundos más, antes de seguirlos. Cuando pasó junto a Hester, ella percibió un leve olor a tomillo y a manzanilla. Se quedó muy quieta, aguardando el roce de su camisa, pero este no se produjo. La madera crujía con cada movimiento de pie. Brendan subió otro escalón. Lo hizo con lentitud. Hester contuvo el aliento. Oía a los dos hombres bastante más arriba; debían de faltarles poco para llegar al final de la escalera.

Gillian le tocó el brazo.

—Vamos, cielo.

Hester asintió y volvió a ponerse en movimiento.

Capítulo 19

—¡No, cielo, no hace falta que me ayudes! —exclamó Gillian, y le quitó el cuchillo de las manos.

Estaban delante de la mesa de la cocina, junto a un cesto de patatas.

—Pero quiero hacerlo. Me sentiría muy incómoda mirándote mientras tú lo haces todo —protestó Hester.

—Es mi trabajo, cielo, y tú has estado enferma. Siéntate y relájate.

—¡Pero ya me siento bien!

—Me alegra escucharlo, pero no admito discusiones. —Gillian le dirigió una sonrisa para atenuar un poco su tono tajante.

Hester lanzó un suspiro y se sentó en una silla. No tenía sentido seguir discutiendo; sabía que tenía las de perder. La sonrisa de Gillian se amplió ante aquel pequeño triunfo. La mujer cogió una patata y empezó a pelarla.

—¿Cómo sigue tu tobillo?

—Todavía me molesta un poco, pero ya va muy bien.

—Por si acaso, no des un paseo muy largo. Ahora cuando venga Brendan se lo diré. A él le encanta andar. Si no fuera por el trabajo, creo que se pasaría horas y horas caminando. Pero normalmente, le gusta ir solo.

—A lo mejor es porque aprovecha para pensar en sus cosas.

—Eso es lo que yo creo, ¿sabes? A pesar de que casi siempre está rodeado de gente, es un hombre introvertido. Para alguien observador, no es difícil darse cuenta de ello. Si tienes la oportunidad, verás que cuando lleva un buen rato en compañía de una o de varias personas, empieza a sentirse incómodo y cansado, y le cuesta seguir concentrado en la conversación. Por supuesto, él trata de ocultarlo, sobre todo si está en una reunión de negocios, pero sus empleados más antiguos lo conocemos bien. Lo mejor en esos casos es dejarlo solo para que pueda recuperar las energías.

Hester lo comprendía bien porque a ella le pasaba lo mismo.

—Gracias por contármelo.

—De nada, cielo. Seguro que los dos disfrutaréis del paseo. Durante los primeros días de verano, la temperatura es muy buena, así que debéis aprovechar porque pronto vendrá el calor insoportable.

Hester se rio.

—Tienes razón.

Siguieron hablando de forma animada hasta que llegó Brendan. El hombre se quedó apoyado en el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos de su pantalón.

—¿Preparada para el paseo?

—Sí. —Hester se puso de pie y se despidió de Gillian. La mujer dejó la calabaza que estaba cortando y les deseó que se divirtieran.

Cuando salieron a la calle, Hester descubrió que ella tenía razón: hacía una temperatura estupenda.

—Por aquí —Brendan hizo un gesto con el brazo derecho en dirección a una calle más estrecha y peor iluminada. Había sábanas tendidas en la mayoría de los balcones. El suelo estaba empedrado de manera irregular: algunas piedras sobresalían demasiado y otras estaban hundidas de tal forma que causaban socavones.

Hester se sentía un poco cohibida. No sabía qué decir para iniciar una conversación. Había silencios cómodos, en los que podían divagar con la mente sin dejar de ser consciente de la presencia del otro. Pero ese no era uno de ellos. Apenas se conocían; estaban en ese momento en el que cada uno terminaba de forjarse una primera impresión del otro.

—¿Qué tal ha ido la reunión? —decidió preguntar al fin Hester.

Él la miró de reojo.

—Bien. Hemos estado hablando de lo que pasó anoche.

Hester se estremeció.

—¿Así que no vas a dejarlo correr? —preguntó aunque ya conocía la

respuesta.

—Por supuesto que no. Esta noche el Territorio Vow recibirá un regalo de nuestra parte.

Ella se detuvo con brusquedad y se giró para mirarlo de frente. Brendan no tardó en imitarla.

—Si haces eso, ellos también decidirán enviarnos otro «regalo», como tú lo llamas —le dijo muy seria.

El hombre asintió.

—Es probable —dijo con aparente indiferencia.

Hester contuvo una exclamación de frustración.

—¡Así no va a acabar nunca esta guerra!

—Ya te dije anoche que, si consigo asustarlos lo suficiente, dejarán de atacarnos. Es lo mejor que puedo hacer.

—¿No puedes hablar con el Señor de Syrma para que haga algo?

Brendan esbozó una media sonrisa.

—Quiero que siga sintiéndose en deuda con nosotros. Imagínate si más adelante necesitamos su ayuda *de verdad*. ¿Qué pasaría entonces? —Se inclinó un poco hacia delante y bajó el tono de voz—. Yo te lo diré: lo que ocurriría es que les deberíamos un favor. ¿Y eso en qué se traduce? También te responderé a eso: deberle un favor a alguien te sitúa en una posición de desventaja, Hester. Algunas personas, las más honorables o las más estúpidas, te dirán que no les debes nada cuando te hacen un favor, pero pueden cambiar de opinión en cuanto su futuro empieza a teñirse de negro, y escuchen los primeros truenos.

Hester tragó saliva. La mirada de Brendan se había ido ensombreciendo a medida que hablaba, y ahora él la observaba expectante. Su aliento olía a vino, nueces y canela. Era un olor dulce y agradable, uno que la hacía sentirse reconfortada. De forma inconsciente, Hester miró sus labios. Al hacerlo, el calor se agolpó en sus mejillas. Apartó la vista, azorada, y se echó hacia atrás instintivamente cuando la mano de Brendan se dirigía a su mejilla. El hombre

puso un gesto de desconcierto y bajó la mano.

—Lo siento —dijeron los dos a la vez. Luego sonrieron, un poco incómodos.

—Siento haberte dicho esas cosas, pero por lo general, confío poco en el ser humano.

—Entonces, ¿en qué confías?

—De forma ciega, solo en mí —contestó él sin dudar.

—¿Y tú no eres un ser humano? —le preguntó ella con tono de broma.

Los ojos de Brendan adquirieron un brillo de diversión.

—Por eso he dicho «por lo general». Hay otras personas en las que también confío, pero no pondría las manos en el fuego por ellas.

Hester volvió a ponerse seria ante esta revelación.

—Eso es un poco triste, ¿no? —le preguntó con voz suave.

El hombre esbozó una media sonrisa y contestó:

—Solo un poco.

Capítulo 20

Se quedaron en silencio durante varios segundos. Después, él dijo:

—Venga, vamos a la plaza. Es un día muy bonito como para estropearlo con pensamientos grises.

Ella asintió, y volvieron a ponerse en marcha. Brendan empezó a hablarle de cómo eran los meses de verano en Syrma. Aumentaban las visitas de juglares, mimos y vendedores ambulantes, y también atracaban más barcos en el puerto. El primer día de verano había una fiesta para celebrar el cambio de estación: los balcones se decoraban con petunias, verbenas y begonias; en el centro de la plaza, se ponía una mesa con cuencos de cerezas, fresas, ciruelas y albaricoques; al anochecer se encendían antorchas en los soportales, y se bailaba hasta el amanecer.

—Yo nunca me quedo hasta el final, pero me gusta participar.

—¿También bailas? —le preguntó Hester mirándolo de reojo.

—Por supuesto —contestó él, conteniendo una sonrisa.

Cuando llegaron a la plaza, vieron que estaba abarrotada. Tardaron una eternidad en recorrer todos los puestos del mercado. La gente se agolpaba en los mostradores y hablaban en tono muy alto. Antes de cada tenderete, tenían que esperar a que el grupo que estaba siguiera avanzando. Hester estuvo más tiempo en uno que vendía collares elaborados con plata, madera y arcilla. Ella nunca había tenido joyas ni abalorios, pero tampoco lo había deseado especialmente. Le gustaba admirarlos, pero eso era todo.

Brendan compró un bote de ungüento en otro tenderete. Hester no le preguntó, pero debió de dirigirle una mirada inquisitiva porque el hombre le explicó:

—Ayuda a que desaparezcan los signos de cansancio de la piel. Lo uso habitualmente, así que me gusta tener de repuesto.

Hester creyó que no era educado insistir en el tema así que limitó a asentir.

Cuando terminaron de recorrer todos los puestos, siguieron dando la vuelta a la plaza. En los soportales también había muchas personas, pero menos que en el mercado.

—Bueno, ¿qué te parece la plaza? —le preguntó Brendan cuando salieron.

—Es bonita. Me habría gustado verla un poco más vacía, pero ha estado bien.

El hombre asintió.

—Sí, a mí también me agobia la gente, pero ¿qué le vamos a hacer? En otoño, cuando llueve y el suelo resbala porque está cubierto de hojas, es una delicia. No hay casi nadie, así que puedes caminar a tus anchas. Gillian no me entiende cuando se lo digo. Le parece increíble que a alguien le guste pasear bajo la lluvia. Yo le he dicho mil veces que no es que me guste, sino que lo prefiero a estar en medio de una multitud bajo un cielo soleado.

—Yo sí te entiendo —le confesó Hester—. Pero, de todas formas, el paseo de hoy ha estado muy bien.

Brendan giró la cabeza para mirarla y sonrió. La sonrisa iluminó sus ojos y relajó sus facciones.

—Me alegro. Por hoy, creo que deberíamos dejarlo. No es bueno que el primer día fuerces mucho el tobillo. Pero mañana, si te apetece podemos dar un paseo por otra zona.

—Me encantaría —dijo ella al instante.

Brendan pareció muy contento.

—Estupendo. Hay un parque a las afueras. Sus árboles son más altos que cualquiera de los edificios de esta ciudad y tienen los troncos tan gruesos que es imposible abarcarlos con los brazos. Deben de ser centenarios. También hay varias fuentes y un estanque con patos, cisnes y nenúfares.

—Suena muy bien.

—Es un sitio muy tranquilo. Está bien cuando quieres relajarte o, simplemente, cuando necesitas rodearte de belleza.

—¿Contemplar algo bello te hace sentir bien? —le preguntó Hester con

curiosidad.

—Creo que a todos nos hace sentir bien.

Ella contuvo una sonrisa.

—¿Nunca contestas de forma directa?

—Depende del tipo de pregunta. —En los ojos de Brendan se apreciaba una chispa de diversión.

Capítulo 21

El humor de Hester empeoraba a medida que transcurrían las horas. Brendan se encerró en su habitación y pidió que no lo molestaran. Esa noche pensaba devolverle el ataque al dueño del Territorio Vow.

Hester no sabía en qué iba a consistir la ofensiva. Por una parte, prefería mantenerse en la ignorancia, pero por la otra, quería enterarse. Estaba viviendo en su hogar; no podía cerrar los ojos y fingir que no pasaba nada.

—Estas muy callada, cielo, ¿te encuentras bien? —La voz de Gillian la sacó de sus pensamientos.

Estaban en un salón privado de la planta baja. Desde allí, les llegaban las voces de los clientes. Por fortuna, a juzgar por el tono, las partidas debían de estar desarrollándose con normalidad.

Hester miró a Gillian y suspiró. Estaban sentadas en unos sillones, tomando té.

—Estoy preocupada por lo que va a pasar esta noche —admitió Hester.

La mujer asintió con pesar y dejó la taza encima de la mesa.

—Te entiendo, cielo, yo estoy igual. Siempre que Brendan les devuelve los ataques a los del Territorio Vow, me pongo mal, pero esta vez la angustia que tengo es muy superior.

Hester la miró, desconcertada.

—¿Y eso por qué?

Gillian sacudió la cabeza y volvió a coger la taza de té. Bebió dos sorbos antes de contestar:

—No debería decírtelo. Seguro que Brendan se enfadará si se entera.

—No tiene por qué enterarse. —Hester se inclinó hacia delante y resistió el impulso de cogerle las manos—. Por favor.

Gillian la miró vacilante. Hester sabía que había muchas posibilidades de

que cediera. Decidió insistir un poco más:

—Por favor, si me lo cuentas, a lo mejor entre las dos se nos ocurre una forma de parar esta situación.

Vio la claudicación en sus ojos y tuvo que contenerse para no lanzar un grito de alegría. Pero, cuando advirtió que la mirada de la mujer se ensombrecía, sintió como si la habitación se vaciara de oxígeno. Observar esa expresión en el rostro de una mujer tan alegre le causó una honda impresión. Gillian bajó la voz y le reveló:

—Nunca antes lo habían atacado con fuego.

Hester dejó de respirar por unos segundos. Se inclinó un poco más hacia delante y dijo con un murmullo:

—Brendan tiene fobia al fuego, ¿verdad?

—Sí. No puedo contarte por qué, pero sí puedo asegurarte que, para él, este no ha sido un ataque como los demás. El fuego es la peor arma que alguien puede usar contra él. Tengo miedo de que esta vez haga algo espantoso.

Hester tragó saliva y se levantó.

—Tenemos que hablar con él.

Gillian permaneció sentada y negó con la cabeza.

—No servirá de nada. Créeme, en todo el tiempo que llevo trabajando aquí, he debido de intentarlo cientos de veces, y nunca ha dado su brazo a torcer. Hoy mismo le he suplicado que no hiciera ninguna locura, y lo único que me ha dicho es que dejara de insistir sobre ese tema.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Gillian la miró muy seriamente.

—Solo podemos rezar para que no cruce la línea y haga algo irreparable.

Capítulo 22

Hester y Gillian permanecieron juntas hasta bien entrada la noche. Fue entonces cuando se despidieron, aunque sabían que ninguna de las dos conseguiría dormir. Hester ni siquiera lo intentó. Cuando llegó a su dormitorio, encendió las velas del candelabro y empezó a pasearse por la habitación. No deshizo la cama. En la pared de enfrente de la ventana, las sombras que proyectaban los árboles no se movían.

Se preguntó qué estaría haciendo Brendan en aquellos momentos. ¿En qué consistiría su contraataque? ¿Recuperaría la sensatez antes de que fuera demasiado tarde?

Hester estaba tan concentrada tratando de imaginar lo que sucedería que se sorprendió cuando se dio cuenta de que las voces en la planta de abajo se habían extinguido. ¿Cuánto hacía que se habían ido los clientes? ¿Cómo podía no haberles oído? Hester se asomó a la ventana, pero todo estaba tan oscuro que no consiguió distinguir nada. Abajo podía haber alguien espiándolos, y ellos no lo notarían. Se estremeció al pensarlo, y se apartó de la ventana. Echó las cortinas y reanudó el paseo nervioso.

La noche se le iba a hacer eterna.

Era frustrante tener la sensación de que algo muy malo estaba a punto de ocurrir y no poder hacer nada por evitarlo. Se preguntó qué estaría haciendo Gillian. ¿Habría conseguido dormir?

Lo dudaba.

Cuando los primeros rayos de sol se filtraron a través del cristal y de las cortinas, Hester notaba un malestar general. Estaba que se caía de sueño y a la vez le parecía que su cuerpo le pertenecía a otra persona.

Sin esperar a que Gillian apareciera, abrió la puerta y salió al pasillo. Pensaba dar una vuelta para ver si veía a alguien. No había dado ni dos pasos cuando otra puerta se abrió, unos metros más allá, y apareció Brendan.

Cuando sus miradas se encontraron, Hester vio que el hombre estaba tan sorprendido como ella.

—Hester..., es muy pronto.

—Sí —convino ella—. ¿Hace mucho que has vuelto?

—¿Qué...? —Brendan puso un gesto de confusión y luego pareció entenderlo—. Ah. Yo... yo no salí anoche. Mandé a un grupo de empleados.

—¿No saliste? ¿Me estás diciendo que has estado toda la noche aquí?

—Sí, pero he permanecido despierto, esperando a que vinieran a informarme de cómo había ido todo.

Hester se sentía demasiado desconcertada como para reflexionar sobre lo que acababa de escuchar, así que le preguntó:

—¿Y qué te han dicho?

Brendan movió el brazo para que se acercara.

—Ven, vamos a uno de los salones de abajo. Allí te lo contaré todo.

Hester caminó hasta él sin pensar en nada. Cuando llegó, él le tocó la espalda con suavidad. Hester no se sobresaltó. Bajaron las escaleras en silencio y se metieron en el salón más cercano. Brendan le hizo un gesto para que se sentara y después se acomodó. Hester se agarró las manos. «Por favor, que sus hombres no hayan hecho nada demasiado atroz».

Brendan se apoyó en el respaldo y la observó durante unos instantes. Hester se dio cuenta de que no parecía feliz ni orgulloso, ni siquiera satisfecho. Tenía una expresión de triste resignación, como si hubiera actuado de la única forma posible.

—Siento que te hayas visto relacionada con esto, aunque sea de forma indirecta. Créeme, si hubiera una manera más civilizada de hacer que el dueño del Territorio Vow dejara de meterse con nosotros, la elegiría sin dudar.

Ella obvió su disculpa.

—¿Qué has hecho?

Las manos de Brendan agarraron por un momento los brazos de la silla. Después, volvieron a abrirse. Sus ojos no se apartaron de los de Hester

cuando le respondió:

—He hecho que todos sus trabajadores lo abandonaran y que su habitación quedara reducida a cenizas.

Capítulo 23

Hester lo miró con aprensión.

—¿Has hecho que prendieran fuego a su habitación? —le preguntó sin terminar de creerlo.

Brendan adivinó lo que estaba pensando, así que decidió hacerle una aclaración:

—Él no estaba dentro. Les pedí a mis hombres que lo ataran a un árbol cercano para que pudiera contemplar el espectáculo en primera fila.

Hester no pudo evitar sentirse un poco menos horrorizada al escucharlo, y eso la llenó de culpabilidad. «Lo que ha hecho sigue siendo terrible», se recordó. Pero al menos, no hubo heridos, a menos que...

—¿Además de atarlo al árbol, le hicieron algo más?

Él negó con la cabeza y respondió con suavidad:

—No. Por lo que me han contado mis hombres, ver que parte de su negocio estaba ardiendo lo impresionó mucho. Todavía debe de tener el susto metido en el cuerpo.

—¿Tardaron mucho en soltarlo?

Brendan la miró con tristeza y una pizca de asombro, como si le costara creer que alguien pudiera ser tan inocente.

—No lo soltaron, Hester. Lo dejaron allí y se fueron. Pero para tu tranquilidad, te diré que mientras se alejaban, escucharon a varias personas dar la voz de alarma. No creo que hayan tardado mucho en apagar el fuego y en desatarlo.

Hester notó que la rabia empezaba a invadirla.

—¿Cómo puedes hablar con tanta tranquilidad? ¡Ese hombre podría haber estado atado toda la noche! ¡Podrían haberlo atracado, o algo peor! ¿Y por qué no diste la orden a tus hombres de que sofocaran las llamas? ¿Sabes lo

peligroso que es un incendio descontrolado?

Ni bien hubo terminado de pronunciar estas las palabras, se arrepintió. El cambio que experimentó el rostro de Brendan fue instantáneo. Todo rastro de disculpa, tristeza o resignación desapareció de sus ojos. Ahora él le estaba dirigiendo una mirada atormentada y colérica. Era la clase de mirada de alguien que está reviviendo horrores. Hester se apretó las manos y se apresuró a ofrecerle una disculpa:

—Lo siento mucho, no quería decir eso. Me imagino que todavía estás angustiado por lo que pasó ayer. No sé por qué te he hecho esa pregunta. Me ha salido sin pensar. Yo no pretendía... yo... lo... lo siento.

Poco a poco, la furia se fue desvaneciendo de los ojos de Brendan. El hombre respiró hondo y asintió lentamente.

—Acepto tus disculpas. A veces, decimos cosas de forma impulsiva, sin sentir las de verdad. Entiendo que esta es una situación tensa para ti. No te preocupes.

Hester relajó las manos, pero todavía notaba la culpa revoloteando en su estómago.

—Gracias.

Brendan ladeó la cabeza.

—Lo mejor es que no volvamos a tratar este asunto. Es incómodo, y creo que ninguno de los dos cambiaremos nuestros puntos de vista. Ahora tengo que atender unos asuntos, pero antes me gustaría pedirte una cosa.

—Dime.

Brendan se inclinó hacia delante y bajó la voz:

—Por favor, cuando estés hablando conmigo, no menciones nada relacionado con fuego, a menos que sea imprescindible.

Su tono no era de amenaza, ni siquiera de orden. Era un tono de súplica. Hester asintió y trató de sonreír. Su experiencia vivida con el fuego debía de ser sobrecogedora. Brendan cerró los ojos, inspiró hondo y se levantó.

—Bien, creo que eso es todo. Te veré en la comida.

—De acuerdo.

Capítulo 24

Hester se encontró con Gillian poco después. Desayunaron juntas en la cocina. Gillian sacó a colación el tema de la ropa.

—Ahora voy a ir al mercado a comprar comida, pero si te apetece acompañarme, podemos pasar por la casa de Alice Goldman para que te tome las medidas. Es la mejor costurera de toda Syrma y lleva haciendo trajes para El Búho de Piedra desde hace más de treinta años.

—Claro —Hester aceptó sin dudar, pero más por la necesidad de despejarse un rato que por el hecho de poder usar sus propias ropas. Un sentimiento de inquietud empezó a apoderarse de ella—. Pero ya sabes que yo no tengo dinero.

Gillian le dirigió una amplia sonrisa.

—Lo sé, cielo, no te preocupes. Ya te dije que aquí nadie te va a pedir nada.

Gillian sacó de un armario dos cestas de mimbre y le entregó una. Salieron por la puerta de la cocina. Era la que usaban los empleados cuando no querían que los vieran los clientes. Ya en la calle, Hester se dio cuenta de que ninguna de las dos había mencionado lo sucedido en el Territorio Vow. Gillian ya debía de haberse enterado. Lo más probable era que no le apeteciera hablar de ello. Pensaría que era una pérdida de tiempo. Brendan no iba a cambiar su forma de pensar por más que ellas insistieran.

Era una batalla perdida.

En el mercado, Gillian se detuvo en un puesto de hortalizas y en otro de carne. Cebollas, apio, repollo, zanahorias, judías verdes, pollo, cordero... Cuando terminaron las compras, en las cestas no cabía ni una brizna de paja.

—No sé cómo puedes con todo cuando vienes sola —se rio Hester.

Gillian le sonrió.

—A veces, se lo dejo encargado a los tenderos para que me lo lleven

luego. Espero que tu pie no resienta con el peso.

—No, tranquila, estoy bien.

—Si notas cualquier molestia, dímelo y te llevaré yo la cesta.

Hester asintió, aunque sabía de sobra que no lo haría. Se sentiría fatal viéndola cargar con todo mientras ella iba con las manos vacías.

La casa de Alice Goldman estaba en una de las calles que salían de la plaza. Era un edificio de dos plantas: la primera estaba destinada a atender a los clientes y la segunda era para uso privado.

Alice Goldman era una mujer menuda que rondaba los sesenta. Llevaba un delantal encima del vestido. El delantal tenía dos bolsillos delanteros que parecían a punto de estallar. Dentro guardaba una cinta métrica, bolas de lana, carretes de hilo, lazos y una caja de alfileres. Al verlas al otro lado de su puerta, a la mujer se le iluminó el rostro. Con grandes muestras de efusividad, las condujo hasta unos sillones muy cómodos, y las invitó a tomar un té con unos canapés de queso y pepino. Mientras comían y bebían, Gillian le explicó que Hester iba a quedarse unos días con ellos y que necesitaba reponer su armario. La costurera asintió entusiasmada y, en cuanto los platos y tazas quedaron vacíos, le pidió a Hester que se levantara y empezó a tomarle medidas. Entre las tres acordaron el tipo y el número de prendas. Decidieron dividir el encargo en varias tandas para que Hester pudiera disponer pronto de algo de ropa. «Dentro de tres días, podéis venir a recoger la primera», les anunció Alice mientras las acompañaba a la puerta. Se despidieron con una sonrisa. Hester estaba contenta, pero una parte de ella seguía sintiéndose inquieta por no disponer de dinero para pagarle.

Capítulo 25

Cuando regresaron a El Búho de Piedra, fueron a la cocina para dejar las cestas de comida. Después, Hester le pidió que le dejara ayudarla a preparar la comida.

—Quiero hacer algo para compensar todo lo que estás haciendo por mí.

Gillian la miró conmovida.

—Cielo, no necesitas compensarme. Ayudarte me hace sentir bien. Además, estoy acostumbrada a encargarme yo sola de la cocina. Es mi trabajo.

Hester sonrió un poco azorada.

—Aun así, me gustaría ayudarte. Por favor, déjame hacerlo. Acabaremos antes y estaremos más entretenidas.

—Está bien. —Gillian esbozó una amplia sonrisa—. Pero si Brendan te pilla trabajando, me acusará de aprovecharme de ti.

Hester se echó a reír.

—Tranquila, asumiré todas las culpas.

Gillian la señaló con el dedo índice y fingió un tono severo.

—Eso espero, jovencita, porque no quiero ser el blanco de la ira de Brendan.

Esta vez, Hester se rio con menos ganas. A su mente regresó la última conversación que había tenido con él. ¿Cómo habría conseguido que los empleados del Territorio Vow dejaran el trabajo?

Gillian pareció darse cuenta de que sus palabras no habían sido muy acertadas, y cambió de tema rápidamente. Estuvieron un buen rato hablando de platos de cocina. Hester no conocía muchos de los platos que Gillian mencionaba. Su alimentación hasta la fecha había consistido principalmente en patatas, mantequilla, pan, cebollas y queso.

—Tienes que probar mi guiso de atún con mejillones y enebro. El próximo

día que vaya al mercado, compraré todos los ingredientes para prepararlo.

—Vale, te acompañaré.

Cuando hubieron terminado de cocinar, Hester se ofreció a ayudarla con la limpieza, pero Gillian se negó rotundamente.

—¡No, ni hablar! ¡Ya has hecho bastante aquí, cielo! Ve a descansar hasta la hora de la comida. Yo subiré a avisarte cuando esté lista.

—De acuerdo.

Hester salió de la cocina y empezó a subir las escaleras. Cuando hubo llegado a la segunda planta, se encontró con Brendan, que bajaba de la tercera. El hombre la miró con cierta reserva. Hester supo que estaba esperando a ver cómo lo trataba después de su última conversación.

—Hola —lo saludó ella y le dirigió una pequeña sonrisa—. Esta mañana he estado en el mercado con Gillian, y después hemos ido a ver a Alice Goldman para encargarle la ropa que necesito. —Antes de que él pudiera decir una palabra, añadió con rapidez—. Te lo pagaré. No tengo dinero, pero puedo trabajar hasta cubrir la deuda. Sé realizar todas las tareas domésticas. Aprendí cuando era muy pequeña y me he dedicado a eso de manera profesional desde que tengo doce años.

Brendan levantó las manos para que lo dejara hablar.

—Eres muy considerada, pero no necesito que me pagues limpiando ni colocando cosas.

Hester arrugó el ceño.

—¿Entonces?

Brendan caminó hacia ella y se detuvo a dos pasos. Su rostro estaba serio. Bajando la voz, le dijo:

—Necesito que contestes unas preguntas.

Hester tragó saliva y sintió un escalofrío.

—¿Preguntas?

—Sí. Que me dieras respuestas sería para mí mucho más valioso que el hecho de que te encargues de las tareas domésticas. Con ellas, me darías de

sobra por pagado.

Hester volvió a tragar saliva. Con un susurró, inquirió:

—¿Qué clase de preguntas?

Brendan sonrió y movió el brazo en dirección a las escaleras que conducían a la planta de arriba.

—Si me acompañas a mi despacho, podrás averiguarlo.

Hester miró los escalones. Si accedía y él le hacía alguna pregunta comprometida, ¿qué iba a responder? No podía contarle toda la verdad, pero dudaba de que fuera capaz de ocultarle información o de mentirle sin que él se diera cuenta. Nunca había sido buena fingiendo.

Pero, ¿qué otra opción tenía? Si se negaba, él sabría que pasaba algo, y eso pondría a Hester en una posición todavía más delicada. No, negarse no era una opción.

—Está bien —dijo con un murmullo.

Brendan trató de ocultar una sonrisa de triunfo. Movi6 el brazo en dirección a las escaleras.

—Adelante, entonces.

Capítulo 26

En el despacho de Brendan no había ningún objeto decorativo y el mobiliario era escaso: un escritorio y dos sillas en la zona central, y en una de las esquinas, un armario que casi llegaba hasta el techo. El suelo estaba cubierto por una alfombra de color verde.

—Adelante, por favor, toma asiento.

Hester caminó hasta la silla que se encontraba más cerca de la puerta. Brendan pasó por su lado y se situó al otro lado del escritorio. No se sentó. Apoyó las manos en la superficie de madera y ladeó la cabeza. Hester detectó en sus ojos un brillo de impaciencia. «Debe de haberle resultado difícil contener su curiosidad durante todos estos días», pensó.

—Bien, antes que nada, quiero agradecerte que hayas aceptado. Sé que no es fácil responder preguntas personales.

Hester asintió, pero permaneció en silencio. Brendan prosiguió:

—El primer día me dijiste que venías de Alea y que habías tenido que huir de tu hogar.

El cuerpo de Hester se puso tenso. De forma débil, contestó:

—Sí.

Brendan se inclinó hacia delante, y el brillo de curiosidad de sus ojos aumentó.

—¿Dónde vivías exactamente?

«Miente».

—En la casa de un mercader —contestó con demasiada rapidez—. Era su sirvienta.

Brendan entrecerró los ojos y se echó hacia atrás en su asiento. Empezó a tamborilear en el escritorio con los dedos de la mano derecha.

—¿Y por qué huiste? —inquirió de forma suave.

—Porque el mercader trató de sobrepasarse. Estaba muy borracho. Era la primera vez que lo intentaba, pero no quise que hubiera más oportunidades — contestó ella. Las palabras se le atragantaban en la boca. Se había repetido esa versión decenas de veces, pero al pronunciarla, le sonó tan falsa que estuvo segura de que Brendan no la había creído.

El hombre cerró los ojos. Su rostro estaba muy serio. Hester se quedó sin respiración y empezó a alisarse los pliegues del vestido con nerviosismo. «Ahora me echará de El Búho de Piedra. Me dirá que no quiere mentirosos cerca, y tendré que vivir en la calle».

Cuando Brendan volvió a abrir los ojos, a ella le pareció que se habían oscurecido. Creyó distinguir en ellos un matiz morado, un color que adquiriría el cielo durante las tormentas.

La voz del hombre la sacó de sus pensamientos.

—Lo siento.

Hester soltó un respingo y lo miró muy sorprendida. ¿Acababa de decir que lo sentía? En el rostro del hombre había una expresión difícil de descifrar. Ella creyó detectar una mezcla de rabia, tristeza e impotencia. También le pareció que su mente estaba trabajando a toda velocidad, tratando de encontrar la manera de continuar la conversación. Hester decidió esperar a que lo consiguiera.

Brendan bajó la vista hacia su escritorio y dejó de tamborilear con los dedos. Respiró hondo y dijo:

—Me alegro de que hayas conseguido escapar. —Volvió a mirarla—. Quiero que sepas que tengo hombres trabajando fuera de este sitio. Hombres que se encargan de averiguar secretos para mí. Secretos de nobles, mercaderes, príncipes, infantes, reyes... —Hester se estremeció, pero él no se detuvo—. Me gusta estar bien informado de lo que hacen otras personas, especialmente aquellas que pueden suponer una amenaza para mí. A lo mejor tu mercader es una de ellas. De momento, podemos dejar esta conversación aquí, pero quiero que medites muy bien sobre todo esto. Si me revelas la identidad de ese hombre, sabré si poseo información que pueda destruirlo. En

tus manos podría estar la llave para que reciba su castigo. Piénsalo y, cuando hayas tomado una decisión, avísame

—¿Así fue como conseguiste que los hombres de Graham dejaran sus puestos de trabajo?

—Exacto. Los secretos son un arma muy valiosa si se saben utilizar en el momento adecuado. Hay gente que se impacienta y enseña sus cartas antes de tiempo. Yo no soy así. Muchos de los secretos que conozco, no los he utilizado contra nadie, y seguiré sin hacerlo a menos que sea necesario. Atacar sin tener un propósito revela una falta total de raciocinio. Es más propio de bestias, y yo no lo soy. Antes de atacar, tengo muy claro qué objetivo pretendo conseguir y diseño un plan que me lleve al éxito.

Hester sintió un escalofrío.

—¿Por qué me cuentas esto? —murmuró.

—Quiero que te hagas una idea de la clase de hombre que soy para que sepas qué puedes esperar de mí.

—¿Y qué puedo esperar de ti?

Brendan esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Tú qué crees? —Su tono se había vuelto casi juguetón.

«Venganza. Que me ocultes información. Que actúes en la sombra», pensó Hester. Pero en lugar de ello, dijo:

—No lo sé. Apenas te conozco.

La sonrisa de Brendan se hizo más amplia, como si él hubiera adivinado que esa no era la respuesta que había pensado en un principio.

—En ese caso, me parece que tendremos que pasar más tiempo juntos.

Capítulo 27

Hester no se negó ante esa propuesta. Brendan se levantó sin borrar la sonrisa de su cara. Con ese gesto, acababa de dar por terminada la reunión.

Hester también se puso de pie y se dirigió a la puerta. No tardó en escuchar que él la seguía. Bajaron las escaleras en silencio y se detuvieron en el pasillo de la segunda planta.

—Te veré en la comida —le anunció Brendan.

Hester asintió y fue hasta su habitación. Él, en cambio, siguió bajando las escaleras.

Cuando hubo llegado al primer piso, entró en el salón de juego. Allí se encontraban Erik y Leonard.

—Os estaba buscando —les dijo—. Vamos un momento fuera.

Salieron a la calle. Brendan los condujo hasta el callejón más cercano. Una vez allí, se giró hacia ellos y volvió a tomar la palabra:

—Acabo de hablar con Hester.

Leonard y Erik se miraron de reojo. Intuían por dónde iba la conversación. Al ver que no comentaban nada, Brendan prosiguió:

—Le he preguntado dónde vivía y me ha contestado que en la casa de un mercader. Le he preguntado por qué ha huido y me ha contestado que porque el hombre trató de sobrepasarse con ella. —Hizo una pausa y añadió con tono más grave—. Es obvio que me ha mentado.

Leonard aclaró la garganta.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Brendan se metió las manos en los bolsillos y respondió:

—De momento, nada. Le he dicho que, si me da más detalles, podré saber si conozco algún secreto de ese hombre y, por tanto, si puedo hacerle pagar por su comportamiento. Necesita un poco más de tiempo para confiar en mí.

Entonces, espero que sea capaz de contarme la verdad.

—¿Podrás esperar? —volvió a hablar Leonard.

Brendan puso una mueca de resignación.

—No me queda otro remedio. Si la presiono, todos mis esfuerzos por ganarme su confianza se irán al traste. —Su mirada se ensombreció—. Y si hay algo que odio es que mi trabajo se eche a perder.

Capítulo 28

«Trabajaba como sirvienta en la Corte de Alea y tuve que huir porque una noche, el rey Alan se emborrachó y trató de sobrepasarse conmigo».

Esa era la verdad. Pero la verdad era peligrosa. El rey castigaba a todo aquel que le ofendía de alguna manera. Si descubría su paradero, se encargaría de que alguien la capturara y la llevara ante su presencia.

Y Hester no quería ni imaginarse lo que pasaría entonces.

No es que pensara que Brendan fuera a delatarla en el acto. Después de todo, ¿ahora mismo qué tenía contra ella? Pero las cosas podían cambiar en un futuro. Según la circunstancia, una decisión podía resultar errónea o acertada. Y en aquellos momentos, contarle la verdad a Brendan resultaba una decisión errónea.

Hester no se sintió incómoda durante la comida. A la mesa también se sentaron Gillian, Erik, Leonard y Thomas. Brendan se mostró muy participativo. Relató varias anécdotas sobre la fiesta del primer día de verano, y los demás lo ayudaron aportando detalles que los hicieron reír a todos.

Hester se descubrió mirando embelesada a Brendan cada vez que este se reía. Ese tipo de risa, alegre y despreocupada iluminaba sus facciones y le hacía parecer un hombre sin conflictos. Era muy diferente a cuando se reía de forma amarga. El día en que estuvieron hablando sobre su cicatriz, y Brendan soltó una carcajada de ese tipo, Hester pensó que era el ser más atormentado de la Tierra.

Brendan parecía decidido a que su sugerencia de pasar más tiempo juntos se convirtiera en una realidad. A partir de ese día, dedicaba la mayor parte de sus ratos libres a pasear con ella, y cada vez que se encontraban por los pasillos de la casa de juego, se paraba un momento e intercambiaban algunas palabras.

El día en que Hester y Gillian regresaron de la casa de Alice Goldman con

el primer paquete de ropa, Brendan le sonrió y le dijo que esperaba que se sintiera cómoda con ella. Esa tarde, fueron por primera vez al parque del que le había hablado. Hester llevó un vestido sencillo de color blanco. Mientras observaban a los cisnes del estanque, Brendan le preguntó si era feliz en Syrma.

Ella dudó. Siempre le había parecido que la gente usaba la palabra «feliz» de forma un poco tramposa. Para Hester, la felicidad era una sensación, y como todas las sensaciones, aparecía y se desvanecía. Si uno era afortunado, podía disfrutar de muchos momentos felices en su vida. Pero nadie podía ser feliz eternamente.

—¿Estás pensándotelo? —le preguntó Brendan girando la cabeza para mirarla. Tenía el cuerpo echado hacia delante y los codos en la barandilla.

Hester apartó los ojos.

—Es que creo que una persona no puede ser feliz siempre. —contestó vacilante.

Brendan reprimió una sonrisa y se inclinó hacia ella. Bajando la voz, le pidió:

—Entonces, dime si la mayor parte del tiempo, o al menos, durante la mitad, eres feliz.

Hester sonrió.

—Sí.

—¿Sí lo eres durante la mayor parte del tiempo o solo durante la mitad?

Hester lo miró divertida.

—He respondido a tu pregunta. No es mi culpa si no has sabido formularla bien.

Él fingió ofenderse.

—He sabido formularla perfectamente. Mi intención era que hubiera más posibilidades de que contestaras con un sí.

Hester se sorprendió. No había caído en eso.

—Oh, ya veo. Bueno, pero entonces, ¿para qué seguir indagando? Podrías

encontrarte con una respuesta que te disguste.

Brendan se acercó un poco más. Hester contuvo el aliento y notó que el pulso se le aceleraba. El aliento del hombre le acarició el rostro cuando volvió a hablar:

—Me puede la curiosidad.

Olía a hojaldre, miel y moras. Era el sabor de la tartaleta que se había comido de postre. Hester tragó saliva, pero no se movió. No pensó en el riesgo que suponía estar tan próxima a él. Su don funcionaba con el contacto de la piel.

Brendan abrió la boca de nuevo. Esta vez, solo fue un susurro:

—¿Y bien? ¿Cuál es tu respuesta?

Hester cerró los ojos. Su corazón seguía latiendo a un ritmo frenético y le cortaba la respiración. Una vez había leído que el corazón de algunos pájaros late diez veces más rápido que el de los humanos. «¿Cómo pueden respirar con normalidad?», se preguntó. Abrió los ojos. Los ojos de Brendan tenían un brillo diferente al habitual. ¿Era embelesamiento lo que reflejaban? Hester lo descartó al instante y recordó que él estaba esperando una contestación.

—Soy feliz la mayor parte del tiempo —murmuró.

Brendan sonrió de una forma que hizo que algo se deshiciera en el interior de Hester. Ella tuvo que contenerse para no abrazarle.

El hombre se apartó y recuperó su postura anterior. Hester respiró aliviada, pero no tardó en notar un sentimiento de decepción. Eso la desconcertó. ¿Acaso prefería que él siguiera a unos milímetros de distancia?

—Coincido contigo en que la felicidad es algo efímero. —La voz de Brendan la sobresaltó y la sacó de sus pensamientos.

—¿Tú también eres feliz la mayor parte del tiempo?

Brendan se encogió de hombros.

—Aquí no se vive mal —respondió.

Hester reprimió un suspiro de frustración. Él la miró divertido.

—¿Qué? —le preguntó.

—¡Lo has vuelto a hacer! —exclamó ella—. ¡Has vuelto a no responder de forma directa!

Brendan se echó a reír.

—Lo siento, lo hago tanto que ya no me doy ni cuenta.

—Entonces, ¿eres feliz la mayor parte del tiempo o no?

Él sonrió.

—Creo que cada uno entiende la felicidad de forma diferente. —Vio que Hester estaba a punto de protestar, así que levantó las manos en señal de paz—. Espera, déjame acabar. Para algunos, la felicidad es una sensación de euforia que te hace creer que eres capaz de realizar cualquier acción con éxito. Para otros, la felicidad equivale a estar satisfecho por un motivo concreto. Y para los más sencillos y humildes, la felicidad tiene que ver con sentirse en paz con uno mismo. Si te refieres a la felicidad como sensación de euforia, te diré que algunas veces soy feliz, y si te refieres a la felicidad como equivalente a estar satisfecho, te diré que la mayor parte de las veces soy feliz.

Hester respiró hondo y, aunque temía cuál iba a ser la respuesta, se atrevió a preguntar:

—¿Y si me refiero a la felicidad como sinónimo de sentirse en paz con uno mismo?

El brillo atormentado volvió a asomar en los ojos de Brendan. Su voz sonó ronca cuando contestó:

—Entonces, te diré que nunca.

Capítulo 29

Hester comprendió que era mejor no insistir en el tema. Ver la expresión de disgusto en el rostro de Brendan le dolía. Trató de pensar en algo para aliviar la tensión, pero no se le ocurrió nada. Brendan se agachó para coger un puñado de piedras pequeñas y empezó a tirarlas al lago. Lo hizo de modo indolente, pero Hester sabía que en su interior había una mezcla de rabia y frustración contenidas. Cuando hubo lanzado la última piedra, Brendan se metió las manos en los bolsillos, la miró y dijo:

—Será mejor que regresemos.

Recorrieron los primeros metros en silencio. Brendan también parecía estar esforzándose por encontrar otro tema de conversación. Al final, pareció encontrarlo porque la miró de reojo y preguntó:

—¿En Alea también se celebran fiestas para dar la bienvenida a cada estación?

Ella asintió agradecida de que hubiera roto el silencio y comentó:

—Sí. En verano se celebra una fiesta parecida a la de aquí. La gente come las frutas de temporada, y se baila durante toda la noche. Yo nunca he estado en una, pero supongo que son divertidas.

Brendan arqueó una ceja.

—¿Nunca has estado en una fiesta? —repitió con incredulidad.

—No. No tenía mucho tiempo libre, y el hombre para el que trabajaba no veía con buenos ojos que las sirvientas acudiéramos a ese tipo de eventos, y menos por la noche.

—Menudo estúpido —Brendan sacudió la cabeza—. Me alegro de que consiguieras escapar de él.

Hester sonrió.

—Gracias. Yo también me alegro.

Brendan se detuvo y ella lo imitó. Él la miraba como si estuviera buscando las palabras adecuadas.

—Fuiste muy valiente al haber dejado todo atrás.

Hester se rio con tristeza.

—Fui muy temeraria. Lo que hice tenía más que ver con la desesperación que con la valentía.

Los ojos de Brendan ahora la observaban con aflicción.

—Lo sé —dijo en voz baja—. Y te entiendo. En tu situación, creo que yo habría hecho lo mismo.

Hester cerró los ojos un momento. Su comprensión le había calado hondo. «Las situaciones que vivimos nos definen en parte», había escuchado una vez en la Corte. Se lo había dicho un noble a otro. Ella no sabía de qué estaban hablando, pero la frase se le había quedado grabada.

Abrió los ojos, y todo su cuerpo se puso rígido. La mano derecha de Brendan estaba a punto de rozar su mejilla. Hester sintió pánico y no tuvo tiempo de pensar en nada. Antes de que pudiera pararlo, él la tocó.

Hester notó una sacudida en su interior, como si una ola gigante surgiera de su estómago y creciera arrasándolo todo a su paso. Fue incapaz de mantener los ojos abiertos. Siempre que su don se activaba, el dolor que sentía era tan fuerte que era incapaz de relajarse. Solo actuaba unos segundos cada vez que se activaba, pero ella trataba de pararlo antes. En eso concentraba todos sus esfuerzos, pero nunca tenía éxito. Aun así, seguía luchando contra su don con la misma ferocidad de siempre. Era algo superior a sus fuerzas.

El don de Hester consistía en descubrir el mayor miedo de una persona. No se activaba de forma sistemática cada vez que tocaba a alguien. Muchas veces, no ocurría nada. Pero cuando lo hacía, Hester cerraba los ojos y, en medio de la oscuridad, comenzaba a ver una luz de un naranja brillante que parecía palpar. Cuando la luz alcanzaba su máxima intensidad, Hester era capaz de experimentar el mayor miedo de la persona a la que había tocado. La sensación era asfixiante, pero la cosa no terminaba ahí. Poco a poco, alrededor de la luz se iba formando una especie de hilos de un tono más tenue.

Eran los otros miedos, menos intensos y relacionados en su mayoría con el temor principal. Entre todos, formaban una red que parecía una gran tela de araña. Cuando estaba terminada, Hester se veía impulsada hacia ella y, entonces, todos aquellos temores se le venían encima. A veces, conseguía separarlos y analizarlos uno por uno, pero normalmente era una experiencia caótica.

La primera vez que recordaba haber sido consciente de que tenía un don fue a los seis años, cuando su madre le dio un beso de buenas noches en la frente. Vio la luz naranja y sintió tanto dolor que entró en pánico, pero aun así fue capaz de enterarse de que el mayor miedo de su madre era la muerte. «Ojalá me hubiera quedado ahí», pensaba Hester todavía hoy en día. Y es que, a través de los hilos, también se había enterado de que uno de los otros temores era quedarse embarazada. La razón era que la abuela de Hester había muerto en el parto. Hester descubrió que, cuando su madre se había enterado de que llevaba una vida en su interior, sintió tal ansiedad que tuvieron que administrarle sedantes durante los días posteriores. También se enteró de que los nueve meses que había durado la gestación fueron una tortura para ella.

A Hester este descubrimiento le sentó como si la hubieran golpeado con un mazo. El mundo hasta entonces había sido para ella un lugar apacible. Había nacido y se había criado en la Corte de Alea, donde su madre trabajaba como sirvienta. La mujer la había mantenido apartada de los aspectos más crudos de la vida. Por eso, darse cuenta de golpe de que también existía el sufrimiento hizo que sus cimientos se tambalearan. Con el tiempo, consiguió reponerse en parte, pero la culpa por haber hecho sufrir a su madre de forma indirecta y la decepción hacia ella por no haber sido una niña deseada permanecieron en su subconsciente.

Ahora que podía ver el miedo de Brendan, se dio cuenta de que había estado equivocada. Ella pensaba que su mayor miedo era el fuego, pero descubrió que, en realidad, el principal temor de Brendan era estar a merced de otra persona; ser vulnerable y estar expuesto a la crueldad de los demás.

Poco a poco, la luz naranja fue apagándose, y los hilos se extinguieron. El

dolor comenzó a remitir y con él la sensación de pánico.

Cuando solo quedó oscuridad, Hester abrió los ojos.

El rostro de Brendan estaba pálido, y su mirada estaba teñida de preocupación. Todavía tenía la mano apoyada en su mejilla y por primera vez Hester fue consciente de su tacto. Era cálido y reconfortante. Acercó más el rostro, y él empezó a mover los dedos en una caricia suave.

—Hester, ¿qué te ha pasado? —le preguntó con un susurro.

—No... no lo sé... creo que me he mareado —le mintió.

Él siguió acariciándola.

—¿Te había pasado antes?

—Alguna vez. Pero no es nada, de verdad.

Brendan arrugó el ceño.

—¿Te ha visto un médico?

—S... sí —volvió a mentir—. Me dijo que no era nada grave. Solo... solo es fruto del cansancio.

Él ladeó la cabeza. No parecía nada convencido.

—Se lo contaremos a Thomas, a ver qué opina él.

—No... no es necesario. Estoy bien, en serio.

—Hester, Thomas es médico. Puede decirnos si debemos preocuparnos o no.

Hester sonrió de forma débil.

—¿Debemos? —inquirió.

Brendan cerró los ojos e inclinó el rostro hacia delante. El gesto pilló desprevenida a Hester. Se quedó muy quieta, pero no tuvo tiempo de preguntarse qué iba a pasar. Mientras miraba la camisa de Brendan, notó que él la besaba en la frente. Se quedó muy quieta y contó los segundos. «Uno, dos, tres, cuatro». Cuatro segundos. Brendan se apartó y le sonrió con calidez. Hester se sintió conmovida.

—Ya no estás sola. Puedes contar conmigo —le dijo él muy despacio.

Hester asintió a duras penas. Brendan volvió a alargar la mano, pero esta

vez le acarició el pelo.

—Ya no estás sola —repitió—. Sé que no terminas de creértelo. Cuando llevas un tiempo haciendo las cosas sin apoyarte en nadie, tiendes a pensar que toda tu vida va a ser así. Pero me gustaría que aprendas a confiar en mí.

Hester estaba haciendo esfuerzos para no cerrar los ojos y perderse en la caricia. Con un susurro, le preguntó:

—¿Tú confías en mí?

El rostro de Brendan no cambió de expresión.

—Por supuesto —contestó al instante.

Hester no le creyó.

—¿Seguro?

—Seguro —Brendan bajó el brazo—. ¿Cómo te encuentras ahora?

—Bien —contestó con sinceridad y añadió una mentira—. El mareo ya se me ha pasado.

El hombre le dirigió una pequeña sonrisa.

—Entonces, creo que deberíamos volver.

Capítulo 30

Cuando llegaron a El Búho de Piedra, Brendan insistió en ir a ver a Thomas. Hester no protestó, aunque sabía que era una pérdida de tiempo. «Le contaré la misma versión», pensó. Solo esperaba que no le hiciera ninguna pregunta difícil.

El médico los condujo a su despacho, situado al final del pasillo de la segunda planta. Allí, les pidió que se sentaran.

—¿Cuándo empezaste a tener este tipo de mareos? —le preguntó desde el otro lado del escritorio. Tenía las manos cruzadas y la miraba con atención.

Hester se obligó a mantener el contacto visual. «Así parecerá que digo la verdad».

—Hace algunos años. Pero fui a ver a un médico, y él me dijo que era por el cansancio. Me aseguró que no era nada importante.

Thomas asintió.

—Lo más seguro es que sea eso. Hace poco has estado enferma, así que supongo que todavía tienes las defensas bajas. ¿Qué tal has estado durmiendo últimamente?

—Los primeros días que estuve aquí, regularmente. Supongo que necesitaba acostumbrarme al cambio. Pero ahora ya mucho mejor.

—Me alegro. Le pediré a Gillian que te prepare una infusión de valeriana y melisa por las noches. Te ayudará a descansar. Si vuelves a tener mareos, avísame y veremos qué solución encontramos.

Brendan resopló. Hester giró la cabeza hacia él y le tocó el hombro derecho.

—Eh, no pasa nada —le dijo con tono animado—. Seguro que no es nada grave.

Brendan sostuvo su mirada y lanzó un largo suspiro. Después, sus ojos se desviaron hasta su hombro, donde ella todavía tenía apoyada la mano. Sin

mediar palabra, puso su mano encima y le dio un apretón cariñoso.

El estómago de Hester dio un vuelco, y ella se preparó para el dolor, pero por fortuna este no llegó.

Esta vez, su don no se había activado.

Capítulo 31

A la mañana siguiente, cuando Hester acompañó a Gillian al mercado, sucedió algo que le hizo considerar la idea de no revelar su don.

Fue mientras seguía a la cocinera hasta uno de los puestos de fruta. La temperatura había subido varios grados, y en la plaza no había ninguna sombra. Hester había sacado un pañuelo para limpiarse el sudor de la cara y se lo había vuelto a meter en el bolsillo, todo eso sin dejar de caminar.

—¡Disculpad, se os ha caído el pañuelo!

Al escuchar la voz, se detuvo y se dio la vuelta. Frente a ella, había un hombre y una mujer, ambos encapuchados. . La mujer, que era la persona que le había hablado antes, soltó una exclamación de sorpresa al verla de frente. Hester se preguntó por qué. Se acercó a ella para coger su pañuelo y se fijó en que tenía las manos muy blancas.

—Muchas gra... —Hester se quedó paralizaba cuando rozó sin querer la palma de su mano.

Al instante, el dolor la invadió, y en la oscuridad se le apareció la luz anaranjada, seguida de los hilos. «No, no, no, ahora no». Hester luchó para volver a la realidad, pero su don era más fuerte que ella.

La intensidad de la luz alcanzó su punto máximo, y Hester averiguó cuál era el mayor miedo de aquella joven: volver a encontrarse con el rey Alan. Hester sintió que el pánico crecía en su interior. Pero no tuvo tiempo de pensar en su descubrimiento porque los hilos le mostraron tres temores más, directamente relacionados con el principal.

Que alguien descubriera que era la hermana del rey.

Que Alan se enterara de que ella tenía el don de ver el pasado.

Y que este averiguara que, gracias a ese don, ella sabía que había asesinado a su hermano Colin, el antiguo monarca.

Capítulo 32

Hester abrió los ojos.

Alan había matado a su hermano.

Esta revelación la hizo tambalearse. Se inclinó hacia delante y apoyó las manos en sus rodillas. El corazón le martilleaba en el pecho, y tenía la respiración agitada.

«No, no puede ser. Ella es Muriel... Ella es la hija de Roderick III; la sobrina de Garrick Belle, monarca de Nimis; y la hermana de Colin y del rey Alan».

Ella había visto a Muriel en el castillo, pero nunca habían hablado. Observó a su acompañante. Por su altura y complexión, y por los rasgos de su rostro que no permanecían ocultos, dedujo que era Percival Green. Había escuchado rumores en la Corte de que eran amantes, pero no les había dado crédito. A los nobles les encantaba especular sobre todo lo que tuviera relación con el poder y con el sexo. No necesitaban pruebas. Propagaban las habladurías en cuanto tenían la mínima sospecha de que alguien estuviera conspirando para ascender en la jerarquía o de que alguno tuviera una relación prohibida.

—¿Os encontráis bien? —le preguntó el hombre. Parecía preocupado de verdad.

Hester trató de cortar el hilo de sus pensamientos para poder responder, pero Muriel se le adelantó. Miró al hombre y le dijo con ansiedad:

—Sabe algo. Ella también... también es especial —la última palabra la dijo en voz tan baja que Hester casi no pudo escucharla.

El rostro del hombre se volvió hacia ella de nuevo.

—Deberíamos hablar en un sitio más privado —le dijo con tono suave, tranquilizador—. No temas, no queremos hacerte daño. Sé quién eres. Aunque nunca llegamos a hablar, recuerdo haberte visto por los pasillos.

—No os tengo miedo —le aseguró Hester. Y era verdad. Su enemigo era Alan, no él—. Yo también me acuerdo de vos.

—Trátame de tú, por favor. Ya no estamos allí.

—De acuerdo.

—Yo también te recuerdo —intervino Muriel—. Es increíble que nos hayamos reencontrado en un sitio tan alejado de donde vivíamos.

Una voz a su espalda los interrumpió:

—Cielo, ¿ocurre algo?

Muriel y Percival se sobresaltaron. Hester se dio la vuelta. Gillian había dejado la cesta en el suelo y la miraba con preocupación.

—No pasa nada. Estas personas me estaban preguntando por... por... por El Búho de Piedra. Sí —asintió con energía—. Les he dicho que vivimos allí y que, si no tienen prisa, podemos ir todos juntos en cuanto terminemos de comprar.

—Oh —Gillian arrugó un poco el ceño, pero luego sonrió—. Sí, claro, ¿por qué no? Ya no vamos a tardar mucho. Solo nos queda comprar unas especias.

Hester miró a Percival y a Muriel.

—¿Os parece bien? —les preguntó.

Ellos asintieron.

—Estupendo. —Hester sintió cómo el alivio la envolvía. Ambos habían aceptado seguirle la corriente. Ahora tenían que encontrar el momento adecuado para poder hablar con calma.

Muriel y Percival los acompañaron hasta el puesto de especias. Gillian compró clavo, canela y cardamomo. Después, regresaron a El Búho de Piedra. Gillian les habló un poco de la casa de juego, pero no les preguntó de dónde venían ni si habían estado antes en Syrma. Hester agradeció su prudencia. Cuando llegaron, Muriel y Percival se quedaron en el salón de juego, donde ya estaban apostando los clientes más madrugadores, y Hester y Gillian fueron a llevar la compra a la cocina.

—Voy a ver si necesitan algo —le dijo Hester a la cocinera cuando hubieron terminado de colocar las cosas—. Se los veía un poco perdidos.

—Sí, no deben de estar muy familiarizados con el funcionamiento de una casa de juego. Yo voy a empezar a preparar la comida. Si necesitas algo, avísame, cielo.

—Vale. —Hester le dirigió una sonrisa y salió.

Cuando volvió a entrar en el salón de juego, vio que Leonard y Erik estaban sacando botellas de alcohol de una caja enorme de madera y las colocaban en el mueble de las bebidas. Los saludó con la cabeza y después miró a Muriel y a Percival. Estaban sentados en una de las mesas cercanas a la puerta y se habían retirado las capuchas. Llevaban el pelo más corto y de un tono más claro que en Alea. Los dos parecían incómodos. Miraban las cartas que tenían en las manos como si alguien se las hubiera puesto allí sin contar con su aprobación. Hester se preguntó si sabrían jugar a algo. Uno de los empleados estaba de pie junto a ellos, vigilando el desarrollo de la partida. En su lado de la mesa, había tres montones de fichas negras y rojas.

Hester decidió esperar a que terminaran la partida. Ayudaría a Erik y a Leonard mientras, y así podría estar pendiente sin levantar sospechas.

Se acercó a ellos con una sonrisa.

—Hola —les dijo.

Ellos dejaron de colocar las botellas y la miraron con algo de desconcierto. Hester volvió a hablar.

—Siento la interrupción, pero me preguntaba si podría ayudaros.

—Oh, no hace falta —contestó Leonard y se agachó de nuevo hacia la caja.

—De verdad, no es molestia. No tengo nada que hacer y me gustaría sentirme útil.

Leonard sacó una botella. La miró dubitativo.

—Bueno... no sé si a Brendan le parecería bien.

—¿Por qué no? Si os ayudo, terminaréis antes y podréis poneros con otra cosa. Todos salimos ganando.

—Deja que nos ayude —intervino Erik. Leonard puso cara de sorpresa, pero luego asintió y volvió a mirar a Hester—. Está bien. Gracias.

Hester sonrió.

—De nada.

No les había dicho ninguna mentira. Necesitaba sentirse útil. No quería aceptar todo lo que le estaban ofreciendo (la comida, el techo, la ropa, la amabilidad) sin ofrecer nada a cambio.

Mientras los ayudaba, ellos le estuvieron contando cómo habían empezado a trabajar allí. Tenían veinte años cuando entraron. Por aquel entonces, el dueño era James Waters.

—La primera vez que lo vi me dio miedo —admitió Leonard medio riéndose—. Medía casi dos metros, era el doble de ancho que yo, y su rostro estaba tan serio que parecía una máscara. Pero cuando empecé a conocerlo, me di cuenta de que era un hombre justo y responsable y supe que, si yo hacía las cosas bien, no tendría ningún problema con él.

—¿Cuándo empezasteis a trabajar, Brendan ya estaba aquí? —preguntó Hester con tono inocente.

—Sí —contestó Leonard—. Tenía quince años cuando lo conocimos, y me parece que llevaba desde los seis viviendo aquí.

Hester trató de ocultar su sorpresa. ¿Desde los nueve años? Gillian le había dicho que a Brendan le resultaba doloroso hablar del pasado. ¿Qué les había ocurrido a sus padres?

Hester miró a Leonard. ¿Debía seguir preguntando? «No», decidió. «Si Brendan se entera de que he estado intentando averiguar información sobre él, se molestará y será mucho más difícil que confíe en mí».

Les quedaban por colocar seis botellas cuando Hester se fijó en que Muriel y Percival ya habían terminado la partida. Ellos la miraron interrogativamente. El empleado estaba metiendo las fichas en un estuche de plata. Hester levantó un poco la mano para indicarles que esperaran. No tardaron mucho en poner las botellas que faltaban en el mueble. Erik y Leonard le dieron las gracias, salieron de la habitación y se llevaron la caja. Hester volvió a mirar a Muriel

y a Percival. Ambos se habían levantado. El empleado había ido a guardar el estuche.

Hester se acercó a ellos y les dijo en voz baja.

—Vamos, salgamos a la calle.

Capítulo 33

Se alejaron un poco de la casa de juego. Caminaron en silencio, con la vista fija en el suelo. No tardaron en llegar hasta una calle amplia y concurrida. «Entre la gente llamaremos menos la atención», pensó Hester. Había un banco a la sombra de un árbol.

—¿Os apetece que nos sentemos? —les preguntó, y ellos dijeron que sí con la cabeza.

Estuvieron varios segundos viendo pasar a la gente. Después, Muriel rompió el silencio:

—¿Sabes quiénes somos? No digas nuestros nombres, solo contesta con un sí o con un no.

—Sí, os he reconocido —respondió Hester.

Los tres miraban al frente. Esta vez, habló Percival:

—Espero que no te moleste mi pregunta, pero ¿en qué consiste tu... especialidad?

—Tranquilo, no me molesta. A veces, cuando toco a alguien puedo... puedo descubrir cuál es su mayor miedo y también puedo enterarme de otros temores menos intensos.

—¿Has visto cuál es mi mayor miedo? —le preguntó Muriel. Su voz sonó cautelosa.

—Sí, lo siento. No me gusta invadir la privacidad de los demás, pero no puedo controlarlo.

—Tranquila, lo entiendo. A mí me pasa igual.

—¿Cuál es tu... especialidad?

—Puedo ver el pasado tocando a la gente, pero solo cuando estoy muy cansada o enferma.

—En mi caso no es así. Mi estado de salud no tiene que ver.

—Entonces, en cualquier momento... —Muriel se detuvo.

—Sí. Por eso trato de no tocar a nadie.

Percival intervino:

—Lo siento. Me imagino que no debe ser fácil vivir así.

—No, pero estoy acostumbrada. —Hester bajó la voz—. Sé que el rey te despidió, pero en el caso de *Nora*, ¿cómo...?

—¿Cómo conseguí escapar? —intervino ella con voz suave.

—Sí, perdona si mi pregunta te resulta indiscreta. Cuando desapareciste, se propagó el rumor de que los Ignis te habían raptado.

Los Ignis eran criaturas que pertenecían al folclore del Reino de Alea. Se creía que se llevaban las almas de las personas jóvenes a su mundo y que dejaban a su paso un olor agrio muy intenso.

—Tranquila, es normal que me lo preguntes. El plan de huida fue cosa de Percival. Utilizó un polvo que había creado por azar mucho tiempo antes, mezclando sustancias distintas, para que todo el mundo pensara que mi desaparición había sido por causas sobrenaturales. Lo llamó Polvo Amarus. Nuestra idea inicial era escaparnos juntos, pero como el rey lo echó, tuvo que cambiar de estrategia. Le pidió a una mujer que trabaja para él que se disfrazara de vendedora ambulante y fuera a la Corte para entregarme un collar de perlas. Dentro de una de ellas, había un mensaje y dentro de otra, una pequeña cantidad de Polvo Amarus. Mi habitación daba a un pasadizo, así que solo tuve que lanzar el polvo y huir por él. En la calle me esperaba la mujer con su carro. Ella me llevó hasta el hogar de Percival.

Hester se tomó unos segundos para terminar de asimilar sus palabras y después preguntó:

—¿Alguien sabe que estáis aquí?

—No —contestó Percival—. Ni siquiera la mujer de la que te ha hablado *Nora*. Tampoco su marido. Es mejor así.

—Tienes razón.

Muriel intervino:

—¿Puedo preguntarte por qué te marchaste del castillo?

—Me escapé —la corrigió Hester—. Lo hice porque tu hermano trató de... ya sabes.

Muriel soltó una exclamación horrorizada, y Percival se puso tenso.

—Lo siento muchísimo —dijo Muriel—. Es terrible. No parece tener ningún límite.

—No —coincidió Percival—. Ese hombre es una bestia. A saber cuántas atrocidades más habrá cometido. Lamento muchísimo que tú también hayas sido una de sus víctimas. Cuando has tocado a *Nora*, te habrás enterado de por qué nos escapamos nosotros también.

—Sí —contestó Hester—. Me parece increíble que fuera capaz de hacerle eso a su propio hermano. *Nora*, te doy el pésame. Él sí era una buena persona.

Muriel respiró hondo, y la voz le tembló un poco cuando dijo:

—Gracias. Sí, era un hombre íntegro. Su problema fue ser demasiado ingenuo. Le costaba mucho ver la maldad en los demás.

—Durante los años que estuve a su servicio, intenté que se volviera más desconfiado, pero a la vista está que no tuve éxito —se lamentó Percival.

—No, tú no tienes la culpa —Muriel se giró hacia él y lo abrazó—. Hiciste lo que pudiste.

—Pero no fue suficiente —replicó él mirando al suelo.

Hester intervino:

—*Nora* tiene razón. No debes sentir remordimientos. Ahora lo que hay que hacer es pensar en cómo podemos cambiar las tornas.

—¿Cambiar las tornas? —Percival la miró sorprendido—. No... nosotros solo queremos vivir en paz.

—Y sacar a mi madre de la torre donde la tienen confinada —añadió Muriel.

—Sí, por supuesto —Percival pareció avergonzado por no haberlo mencionado. Volvió a dirigirse a Hester—. Llevamos varias semanas pensando en la manera de sacarla de allí, pero es una misión difícil. En la

torre hay varios guardias que la vigilan día y noche. Es imposible sacarla de allí sin que se enteren, y no queremos emplear la violencia. Además, hay que ser realistas: solo somos dos.

Hester le dirigió una sonrisa de ánimo.

—Ahora somos tres.

Percival sonrió con tristeza.

—Eres muy amable, pero no queremos meterte en esto.

—Ya estoy metida. Ese hombre nos ha obligado a marcharnos de nuestro hogar y ha cometido un asesinato. No se merece estar donde está.

Muriel suspiró.

—Lo sé, pero ¿qué podemos hacer?

Hester se quedó pensativa.

—Tu tío podría ayudarnos —sugirió.

Muriel negó con la cabeza.

—Las fuerzas entre el Reino de Alea y el de Nimis están muy igualadas. No creo que mi tío quiera volver a meterse en una guerra sin estar seguro de que la balanza está inclinada a su favor. Además, tendría que creer que mi visión es cierta. No me malinterpretes, creo que si supiera que tiene muchas posibilidades de vencer, pondría a todo su ejército a luchar. Para él fue una grave ofensa el hecho de que Alan acusara a algunos de sus consejeros y guardias de asesinar a Colin.

Hester asintió. Tendrían que conseguir que la balanza se inclinara de su lado.

—¿Qué vais a hacer ahora? —les preguntó—. ¿Tenéis algún sitio donde quedaros?

—Estamos hospedándonos en la posada que hay a las afueras. Se llama La Esmeralda —le contestó Muriel—. Pensamos quedarnos allí varios días para poner en orden nuestras ideas. Después, ya veremos.

—¿Podemos seguir en contacto?

Percival y Muriel asintieron. Los tres se levantaron del banco. El desánimo

se había apoderado de ellos. Hester trató de aligerar el ambiente.

—¿Qué tal os ha ido en la partida?

Percival sonrió.

—Hemos apostado lo mínimo, así que el resultado no nos preocupaba demasiado, pero hemos ganado.

—Enhorabuena, me alegro mucho.

—Gracias. Lo cierto es que ahora debemos controlar lo que gastamos porque no tenemos ingresos.

Hester puso un gesto de tristeza.

—Os entiendo. Yo tampoco tengo ingresos y, como mi huida fue precipitada, no pude coger mis ahorros ni ninguna de mis pertenencias.

Percival y Muriel la miraron con pena.

—Lo siento mucho —le dijo ella—. Si necesitas algo...

—Sí —coincidió Percival—. Nosotros contamos con el dinero suficiente para vivir bien varios meses. Podemos darte una parte.

Hester se sintió conmovida ante el ofrecimiento.

—Muchas gracias, pero no hace falta. En El Búho de Piedra tengo todo lo que necesito.

Muriel y Percival la miraron inquisitivos, pero no se atrevieron a preguntarle qué estaba ofreciendo ella a cambio. Hester se sintió en la obligación de despejar sus dudas:

—Brendan, el dueño, no quiere que trabaje para él, así que pienso buscar un empleo fuera para poder pagarle todo lo que le debo.

—No tienes que darnos explicaciones —Percival esbozó una pequeña sonrisa tranquilizadora—. Tal vez lo mejor sea que aceptes nuestro dinero. A nosotros no nos deberías nada y te encontrarías en una posición más segura.

—Os lo agradezco, de verdad., pero no es necesario. Puedo cuidar de mí misma.

—Está bien, no insistiré más. Lo más seguro es que nos quedemos en La Esmeralda hasta la semana que viene, así que puedes venir a vernos si

cambias de opinión o si necesitas cualquier otra cosa.

—Gracias. Yo seguiré en El Búho de Piedra. También podéis venir a verme. Me encantaría ayudaros.

Ellos se lo agradecieron y después la acompañaron hasta la puerta de la casa de juego. Hester los vio alejarse con impotencia. «Tiene que haber algo que pueda a hacer».

Capítulo 34

El resto del día, Hester estuvo muy callada. No paraba de darle vueltas a la conversación que había mantenido con Percival y Muriel. Por la tarde, Brendan le preguntó si le apetecía ir al parque. Hester le dijo que sí y fue a avisar a Gillian.

—Espera un momento, cielo. —La mujer abrió un armario y sacó una bolsa. Dentro había varios trozos de pan duro—. Siempre guardo lo que sobra para ellos.

Hester cogió la bolsa y salió de la cocina. Cuando se encontró con Brendan a la salida, este arqueó una ceja y la miró divertido.

—¿Para los patos? —preguntó.

—Sí.

Mientras caminaban hacia el parque, él le preguntó qué le sucedía.

—Nada.

Brendan movió la cabeza y sonrió.

—No puedes ocultarlo, Hester. Está a punto de salirte humo por las orejas.

Hester se rio y le dio un golpecito en la pierna con la bolsa del pan. Él se echó a reír.

—Es verdad —insistió—. Hoy estás muy pensativa.

—¿Cómo lo sabes? Apenas nos hemos visto.

Brendan puso los ojos en blanco.

—Vale —admitió—, durante el tiempo que te he visto hoy, has estado muy pensativa. ¿Así mejor?

Hester reprimió una sonrisa.

—Sí.

—Estupendo. Entonces, dime qué te pasa.

Hester dudó.

—Vamos, puedes confiar en mí. —Ahora Brendan la miraba con simpatía. Ella agarró con más fuerza las asas de la bolsa.

—Si la persona que trató de hacerme daño fuera poderosa..., ¿actuarías igualmente? —le preguntó con tono vacilante.

El hombre se puso serio.

—Sí —contestó sin dudar—. En el caso de que me revelaras su identidad y yo no tuviera la información necesaria para hundirlo, pondría a trabajar a mis hombres para conseguirla cuanto antes, y así poder abatirlo.

Hester tragó saliva.

—¿De verdad?

—Tienes mi palabra.

Ella agachó la cabeza y preguntó con voz débil:

—¿Aunque fuera muy, muy poderosa?

Brendan la agarró del brazo con suavidad para que se detuviera. Después, se situó enfrente y le pidió que lo mirara a los ojos. Hester alzó el rostro y se obligó a mantener el contacto visual. Se fijó en que el azul de los ojos de Brendan no era homogéneo. Por los bordes, era de un tono más oscuro, entre gris y morado. Su mirada transmitía determinación y también, una pizca de dolor y de rabia. El hombre le dijo con tono seguro:

—Hester, escúchame con atención, por favor. Por muy poderoso que sea ese hombre, lo destruiré. No me importa que sea un marqués con grandes riquezas y con excelentes contactos. Podría ser un rey, y mi decisión no cambiaría ni un ápice.

Hester se estremeció ante la mención de la palabra «rey».

—¿De verdad? —repitió.

—De verdad. —Brendan le soltó el brazo y levantó la mano con la intención de acariciarle la mejilla.

«No debería dejarlo», pensó Hester, pero no se apartó. Se sentía tan reconfortada cuando él la tocaba...

Al primer contacto, se puso tensa, temiendo que su don se activara, pero

por fortuna, esta vez, le dio una tregua. Mientras Brendan le acariciaba el rostro, ella dio gracias mentalmente. No deseaba conocer ningún otro de sus miedos.

—Hester, ¿me crees?

—Sí —contestó ella con un susurro.

—Ese hombre puede tener muchos contactos, pero yo también tengo los míos. El dinero, los favores y los secretos te abren muchas puertas. Solo hay que saber cuál de esas opciones hay que usar con cada persona. A veces, con entregar una o varias bolsas de dinero es suficiente. Otras veces, lo que te piden es que muevas unos cuantos hilos para allanarles el camino. En algunas ocasiones, en cambio, mostrarse solícito no sirve de nada, y es necesario pasar al chantaje: es entonces cuando hay que usar alguno de los secretos que conoces.

—Como en este caso —musitó Hester.

—Como en este caso —coincidió Brendan. Hizo una pausa y preguntó—. ¿Vas a revelarme su identidad?

Hester dudó. ¿Podía confiar en él?

—Yo... —Hizo una pausa y apretó los labios. ¿Qué decisión era la correcta?

Brendan le dirigió una mirada de ánimo y dijo con suavidad:

—Solo dime su nombre, y me encargaré de que no vuelva a intentar hacerle daño a nadie más.

Hester respiró hondo y cerró los ojos. La posibilidad de evitar que hubiera futuras víctimas le dio fuerzas para hablar:

—El rey Alan —susurró.

Los ojos de Brendan se llenaron de furia.

—Lo sabía —masculló.

Hester abrió los ojos sorprendida.

—¿Lo... lo sabías? —le preguntó.

Él asintió y apartó la mano de su mejilla.

—Bueno, no podía estar seguro del todo, pero cuando te encontraron estabas delirando y pronunciaste las palabras «Escapar de la Corte» y «Alan».

—¿Qué? —Dio un paso hacia atrás y lo miró dolida—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Quería que me lo contaras tú cuando te sintieras preparada. Lo siento si te he disgustado, pero necesitaba saber que confiabas en mí. Yo también tengo que decirte algo importante.

Hester se cruzó de brazos.

—¿El qué?

Brendan cogió aire y se pasó una mano por el pelo.

—Muy pocos saben lo que estoy a punto de contarte. Considéralo una prueba de que yo también confío en ti.

—Está bien. Adelante.

Él negó con la cabeza.

—Aquí no. Te lo contaré cuando lleguemos al parque. Buscaremos un banco apartado, donde nadie pueda escucharnos.

Capítulo 35

A Hester, el trayecto se le hizo eterno. Caminaron en silencio durante todo el camino y apenas se fijaron en los sitios por los que pasaron.

Cuando llegaron al parque, necesitaron varios minutos para encontrar un banco adecuado. Divisaron uno a la sombra de un gran árbol. Hester estuvo a punto de salir corriendo hacia él, pero entonces escuchó la voz de Brendan:

—Despacio. No debemos llamar la atención.

Ella miró a su alrededor. Había bastante gente, pero nadie parecía pendiente de lo que hacían los demás. Aun así, asintió y se obligó a mantener un ritmo lento.

Cuando llegaron al banco, se sentaron y Hester lo miró expectante. Él sonrió con nerviosismo y admitió:

—No sé muy bien cómo empezar.

—¿Lo que quieres contarme está relacionado con el rey?

Brendan asintió. Hester lo agarró del brazo con suavidad.

—Puedes hacerlo. Confía en mí.

Él cogió aire y la miró a los ojos.

—Confío en ti. Es solo que... bueno, no estoy acostumbrado a contar cosas demasiado personales.

—Lo entiendo.

Brendan sonrió y volvió a asentir con la cabeza.

—Está bien. Antes de empezar, quiero hacerte una pregunta. ¿Siempre has vivido en la Corte de Alea?

—Sí.

—Entonces, escuchaste cosas sobre el rey Roderick.

—Sí, aunque nunca llegué a hablar con él. Yo estaba en el último peldaño de la jerarquía; era solo una criada.

Brendan lanzó un suspiro.

—Por favor, no digas «solo una criada». Nunca debes infravalorarte. Además, estoy convencido de que no te perdiste nada por no haber hablado con él.

Hester sonrió.

—Yo también lo estoy. Y tranquilo, no me infravaloro. Solo estaba viendo las cosas desde el punto de vista del rey. ¿Qué interés podría tener en hablar conmigo?

—Vale, te lo he preguntado porque, si estuviste más o menos cerca de él, tuvo que llegar a tus oídos el rumor de que tenía decenas de hijos bastardos repartidos por todo el mundo conocido.

Hester se puso seria y asintió. Brendan ladeó la cabeza y dijo:

—Bueno, entonces ahora podrás atar cabos.

Ella puso cara de desconcierto al principio, pero enseguida entendió a qué se refería.

—No puede ser... —murmuró.

«Es uno de los hijos bastardos de Roderick III», pensó. Es medio hermano de Colin, de Alan y de Muriel».

—Por desgracia, así es —contestó Brendan con voz fría.

Hester se dio cuenta de que se sentía dolido por su reacción. Sin dejar de tocarle el brazo, se apresuró a aclararle las cosas:

—Brendan, lo siento muchísimo, pero quiero que sepas que yo no voy a comportarme de manera distinta contigo.

Brendan tragó saliva. Su rostro seguía tenso.

—¿De verdad?

—¡Claro! Nadie puede elegir a sus padres biológicos. No tienes por qué sentirte avergonzado. Tú no tienes nada que ver con él.

Los ojos de Brendan se humedecieron un poco. Bajó la cabeza y se tomó unos segundos antes de preguntar en voz baja:

—¿En serio piensas eso?

Hester le dio un apretón cariñoso en el brazo.

—En serio —le confirmó.

Brendan respiró hondo y volvió a mirarla a los ojos.

—¿Cómo puedes ser tan buena? —le preguntó. Tenía los ojos brillantes, y el labio inferior le temblaba un poco.

Hester sintió que se ruborizaba.

—Yo no soy tan buena.

Brendan alargó las manos para acariciarle el rostro.

—Claro que sí. Eres la persona más buena que he conocido.

Hester se estremeció por el contacto y por sus palabras, y fijó sus ojos en una de las tablas del banco. No le dedicó ni un solo pensamiento a su don.

—Hester, mírame.

Ella lo hizo a regañadientes. Estaba segura de que Brendan podía notar el calor de sus mejillas con las yemas de sus dedos. Ese pensamiento hizo que se ruborizara todavía más. Pero el hombre no hizo mención a ello. La miraba como si no pudiera creer que estuviera allí, junto a él.

—Hester, soy incapaz de ver una pizca de maldad en ti y, créeme, se me da bien conocer el interior de las personas.

—Tú también eres bueno.

Brendan sonrió con tristeza.

—He hecho cosas malas.

Hester recordó su visión y lo poco que le había dicho Gillian acerca de su pasado.

—Eso es porque te han hecho daño y tienes miedo de que la situación se repita.

Brendan arrugó un poco el ceño, pero no se apartó de ella

—¿Cómo sabes eso? —susurró.

Hester respiró hondo.

—Podría decirte que lo he deducido de tu comportamiento, pero voy a contarte la verdad.

—¿La verdad?

—Pero antes de hacerlo, quiero que sepas que lo que voy a decirte no cambiará nada. Seguiré siendo yo.

Brendan arrugó más el ceño.

—Lo siento, pero no te entiendo.

—Lo entenderás enseguida. Ahora, por favor, repite que lo que voy a decirte no cambiará nada y que seguiré siendo yo.

—Lo que vas a decirme no cambiará nada. Seguirás siendo tú.

Hester inclinó un poco la cabeza.

—Gracias. Por favor, recuerda esas palabras dentro de un rato.

Brendan empezó a trazar pequeños círculos en sus mejillas con los pulgares y susurró:

—Hester, me estás asustando. ¿Qué ocurre?

Ella volvió a coger aire y desvió la vista. «Por favor, que no sea una de esas personas que sienten rechazo hacia los que tenemos poderes. Por favor, que no me mire como si fuera un monstruo de feria. Por favor, que no me tema. Por favor, que no me odie».

Cuando volvió a mirarlo, vio que en los ojos de Brendan solo había preocupación y cariño. «Puedo hacerlo», se dijo. «Debo hacerlo», se corrigió. Muy despacio, confesó:

—Tengo un don.

Capítulo 36

La expresión de Brendan cambió. Adquirió un matiz de desconcierto y después de consternación. El hombre apartó las manos de su rostro y se echó un poco hacia atrás en el banco. Hester sintió que se le encogía el corazón y dijo apresuradamente:

—Por favor, recuerda las palabras que has repetido. Seguiré siendo yo, Brendan. Nada ha cambiado. Por favor, no me mires así.

—¿Cuál es tu don? —le preguntó él con un susurro.

Hester respiró hondo. Tal vez cuando terminara de explicárselo todo, el hombre volvería a mirarla como antes. Hizo acopio de todas sus fuerzas y empezó: le habló de la luz naranja y de los hilos; le confesó su incapacidad para controlar el terror que sentía cada vez que su don se activaba; le explicó que el dolor era tan fuerte que siempre creía que la iba a partir en dos; y acabó hablándole de su madre. Brendan la escuchó sin apartar los ojos de ella y sin mover un solo músculo de la cara. Cuando Hester finalizó, él necesitó varios minutos para procesar toda la información, pero después le dijo:

—Siento que hayas tenido que lidiar con esto tú sola. No sé cómo reaccionaría yo en tu caso.

Hester le sonrió con tristeza.

—Tendrías que resignarte a vivir con ello.

—Supongo. —Movi6 la cabeza—.

—Perd6name, pero me siento un poco inc6modo sabiendo que conoces algunos de mis miedos. De alguna manera, forman parte de mi intimidad, y el hecho de que hayas podido acceder a ella... S6 que no lo hiciste de manera voluntaria. No puedes controlar cu6ndo se activa tu don. Pero aun as6...

—Lo entiendo —dijo ella con voz suave.

—Por favor, no te sientas mal. No te culpo.

—Lo s6.

Brendan se pasó una mano por el pelo.

—Perdona, todavía estoy asimilándolo.

—Tranquilo. Solo intenta no odiarme ni temerme.

Brendan hizo un gesto de negación.

—Nunca podría odiarte o temerte, Hester. Sigues pareciéndome una de las personas más buenas que conozco y creo que has sido muy valiente por contármelo.

Ella se agarró las manos con fuerza al notar que empezaban a temblarle.

—Gracias —susurró.

Brendan carraspeó y volvió a hablar con un tono de voz seguro:

—Quiero que sepas que voy a mantener mi palabra. Alan va a pagar por lo que intentó hacerte y por haberte obligado a huir de tu hogar.

«Debo hablarle de la visión de Muriel. Necesita conocer la mayor cantidad de información posible si de verdad va a enfrentarse a él».

—Brendan, hay más.

Él la miró incrédulamente.

—¿Más?

—Sí. Esta mañana, en el mercado, me he encontrado a Percival, el antiguo sabio de la Corte, y a Muriel. —Hester no se atrevió a añadir «tu medio hermana».

Él puso una expresión de alarma.

—¿Te han reconocido?

—Sí. Pero no pasa nada, ellos no son nuestros enemigos. —Hizo una pausa y le preguntó—. ¿Escuchaste los rumores de que a Muriel se la habían llevado los Ignis?

—Sí. El rey Alan había emitido un comunicado en el que manifestaba su profundo pesar por la desaparición de su hermana —Lanzó una risa sarcástica—. Estoy seguro de que lo único que lamentaba era que su alianza con el Reino de Lucta se hubiera echado a perder.

Hester asintió con la cabeza. El rey Alan había concertado el matrimonio

de Muriel con el heredero de Lucta, Ernest Milton, con la idea de convertirse en su principal aliado. Con esta maniobra, pretendía librarse de los aranceles en sus intercambios comerciales con ese reino y obtener beneficios colaborando en la explotación de sus minas y de bosques.

—¿Siempre has sabido que eras hijo de Roderick? —le preguntó Hester con timidez.

—Sí. Mi madre nunca me lo ocultó. Trabajaba como sirvienta al igual que tú, pero su relación con el rey fue consentida. Al parecer, Roderick era un hombre carismático. No era especialmente guapo, pero sabía sacar partido de todo su atractivo: vestía de forma impecable; nunca perdía las formas; cuando alguien le hablaba, lo escuchaba con toda su atención, haciendo que esa persona se sintiera especial; sabía tocar varios instrumentos, y era muy culto...

Hester lo miró con sorpresa y comentó:

—Vaya, entonces era muy diferente de Alan.

Brendan esbozó una sonrisa aviesa.

—Se le daba mejor manipular a los demás.

Ella no pudo evitar estremecerse ante la carga de odio que contenían esas palabras. Él puso un gesto culpable y la atrajo hacia sí.

—Lo siento —se disculpó.

Hester enterró el rostro en su camisa y cerró los ojos. La tela era suave y olía a jabón. Notó que Brendan le daba un beso en la cabeza y empezaba a acariciarle el pelo. Sin poder evitarlo, un cosquilleo subió por su espalda, por su cuello y por su nuca, y se extinguió en sus sienes. Fue tan agradable que Hester dejó escapar un suspiro. El pecho de Brendan se movió cuando este se rio de forma queda. «Me ha escuchado», pensó Hester y se enrojeció. Esperó a que él dijera algo, pero el hombre siguió jugando con sus mechones, aparentemente, muy tranquilo. Hester se relajó. Estuvo la tentación de olvidarse de las preocupaciones por un rato y disfrutar del momento. Pero necesitaba conocer más sobre el pasado de Brendan.

—Brendan...

—¿Mm?

—¿Podrías hablarme sobre ti?

Al instante, el cuerpo del hombre se puso rígido, y su voz sonó cautelosa cuando le preguntó:

—¿Qué quieres saber?

—Nada en concreto. No pretendo hacerte sentir incómodo, tan sólo me gustaría conocer más cosas sobre ti.

Brendan dejó de acariciarle el pelo.

—No me resulta agradable hablar de mi pasado. Hay períodos muy oscuros.

—Lo entiendo, y no hace falta que me hables de cosas dolorosas ahora. Si alguna vez te sientes con la confianza suficiente como para hacerlo, ten por seguro que te escucharé sin escandalizarme ni juzgarte.

Se hizo un silencio. Hester pensó que había tensado demasiado la cuerda y que Brendan no le contaría ni siquiera pequeñas anécdotas. Pero, unos segundos más tarde, volvió a notar los dedos del hombre en su cabello y escuchó que murmuraba:

—Gracias. Significa mucho para mí.

Capítulo 37

Regresaron El Búho de Piedra sin mencionar la conversación que acababan de mantener. Hester sabía que tenía pendiente hablarle sobre la visión de Muriel, pero en aquellos momentos Brendan parecía demasiado aturdido como para asimilar más información.

Se despidieron hasta la hora de la cena. Ella pasó ese tiempo jugando a las cartas con Gillian. Aunque la mujer terminó ganando, fue solo por una partida de diferencia. «Has mejorado mucho, cielo», le dijo, y Hester supo que no lo decía solo para consolarla por haber perdido, sino porque sus progresos la habían sorprendido de verdad. Se sintió muy satisfecha.

Durante la cena, Brendan parecía ausente. Apenas habló. Hester también estuvo bastante callada. Gillian se pasó casi toda la velada hablando y se dirigió varias veces a Thomas. El médico entendió que le estaba pidiendo ayuda para impedir que se produjera un silencio largo y tenso, así que se esforzó por mostrarse locuaz. Entre los dos, consiguieron crear un ambiente agradable. Cuando acabaron de tomar el postre y se levantaron, Hester les dirigió una sonrisa de agradecimiento. Ellos sonrieron también, e inclinaron de forma leve la cabeza. Fueron los primeros en salir. Brendan iba a seguirlos, pero Hester le tocó el brazo.

—Espera —le pidió.

Él se detuvo y la miró interrogativamente. Hester respiró hondo y dijo:

—Tengo que contarte algo más relacionado con la conversación de esta tarde.

Brendan puso una expresión sombría y asintió con la cabeza.

—Vamos a mi despacho.

Mientras subían hasta la tercera planta, los nervios de Hester aumentaron. Sabía que tenía que contárselo, pero no iba a ser fácil.

Cuando hubieron llegado al último escalón, se quedó parada durante unos

segundos para recuperar el aliento. Brendan esperó a su lado.

—¿Estás bien? —le preguntó

Hester asintió. «Puedo hacerlo. Puedo hacerlo». Cuando hubo conseguido calmarse un poco, le dirigió una sonrisa a Brendan, y ambos caminaron hasta el despacho. «Puedo hacerlo. Puedo hacerlo. Puedo hacerlo».

Cuando se hubieron sentado, Brendan movió hacia las esquinas los pergaminos que había apilados en el centro del escritorio. Hester lo observó en silencio. Sabía que él le estaba dando tiempo para ordenar sus ideas, pero prefirió dejar que las palabras salieran solas, sin preparación. Cuando Brendan hubo terminado de colocar los montones, cruzó las manos y volvió a mirarla.

«Puedo hacerlo».

—Antes no te he contado cómo había sido mi encuentro con Muriel.

—No —coincidió él con suavidad.

—Gillian y yo nos dirigíamos a uno de los puestos del mercado cuando a mí se me cayó el pañuelo sin que me diera cuenta. Oí una voz a mi espalda y cuando me giré, vi a un hombre y a una mujer encapuchados.

—Percival y Muriel.

—Sí. Muriel me tendió el pañuelo y, cuando fui a cogerlo, la toqué sin querer.

La mirada de Brendan se oscureció.

—Y viste su miedo.

—Vi el principal y otros menos intensos.

El hombre se inclinó hacia delante.

—¿Cuáles eran?

Hester cruzó las piernas y miró hacia abajo. Sin poder controlar el temblor de su voz, contestó:

—Su mayor temor era que Alan descubriera su paradero. Pero también le asustaba que alguien descubriera que era la hermana del rey. Asimismo, tenía miedo de que Alan se enterara de que podía ver el pasado y... —Cerró los

ojos y respiró hondo. Por un momento, se sintió incapaz de continuar.

—Adelante, puedes contármelo. —La voz de Brendan sonó calmada.

Hester agarró con fuerza su vestido y permaneció con los ojos cerrados. Pronunció la siguiente frase de manera muy rápida, como si no quisiera reflexionar sobre su significado:

—Muriel tiene miedo de que Alan descubra que ella sabe que ha matado a Colin.

Capítulo 38

—¿Qué? —Brendan se levantó de la silla con brusquedad

Hester abrió los ojos y lo miró. Había detectado muchos matices en su voz: incredulidad, horror, rabia y... ¿triumfo? Sí, Hester había percibido un leve tono triunfante, como si aquella revelación fuera justo lo que estaba esperando. «Está buscando justificaciones suficientes para acabar con Alan», comprendió de pronto.

—Odias a Roderick y lamentas no haberte podido vengar de él, pero piensas desquitarte con su hijo.

Brendan caminó hasta la pared que tenía detrás y se apoyó en ella. Entonces, volvió a hablar:

—Dicho así, parece que no tengo nada en contra de Alan más que el hecho de ser el hijo del hombre que arruinó mi vida. Y sabes que no es cierto. Alan es el motivo de que huyeras; es un pésimo gobernante, y ha cometido un regicidio. ¿No son motivos suficientes para hundirlo?

Hester también se puso de pie. Casi podía sentir el dolor del hombre.

—¿Por qué odias a Roderick? —le preguntó intentando que su tono no sonara acusador.

Él no contestó. Hester empezó a acercarse, pero se detuvo cuando él la miró como un animal acorralado. El ambiente se había vuelto opresivo. Hester no sabía qué hacer para que Brendan se sincerara con ella.

—¿Confías en mí? —le preguntó, y antes de que él pudiera contestar, prosiguió—. Porque yo sí confío en ti. De otra manera, no habría podido contarte lo de mi don ni lo que ha pasado en el mercado. Toda esa información no solo me pone en peligro a mí, sino también a Muriel y a Percival. Al igual que yo, ellos se encuentran en una posición muy delicada. Si el rey descubre que a Muriel no la han raptado los Ignis y se entera de nuestro paradero, nos condenará a muerte, pero estoy segura de que antes disfrutará torturándonos.

Es cruel, caprichoso y arbitrario. Para él no existen los límites morales. No se detiene ante nada ni nadie para lograr sus objetivos. ¿Entiendes la importancia de lo que te he revelado?

Brendan no lo dudó:

—Sí, por supuesto que lo entiendo. —Su pecho subía y bajaba de manera rápida.

Hester dio otro paso hacia él y, al ver que no se alejaba, dio uno más. Y otro. Y otro. Él no hacía nada por frenar su avance, pero su rostro estaba contraído por las dudas, el miedo, la rabia y el sufrimiento. Hester se sintió mal y consideró la posibilidad de desistir en su empeño por averiguar respuestas. Pero luego pensó que había demasiadas cosas en juego.

Se detuvo cuando solo los separaban unos milímetros. A esa distancia le costaba más mantener el contacto visual, y se notaba que a Brendan le pasaba lo mismo. Hester alzó un poco el rostro y se esforzó por poner un tono de voz firme:

—Si entiendes la importancia de la información que acabo de darte, dime: ¿qué vas a hacer al respecto?

La respuesta de él no se hizo esperar:

—Voy a acabar con Alan para que no tenga la oportunidad de haceros daño. Hester sonrió a su pesar.

—Esa no es la respuesta que estaba buscando. Esperaba que me dijeras que tú también ibas a contarme algo revelador.

—Ya te he hablado sobre mis orígenes.

Hester lo miró con intensidad.

—Podrías contarme cómo llegaste aquí.

El rostro de Brendan se contrajo en una mueca de dolor.

—Eso no es importante para lo que nos ocupa ahora, Hester.

Ella trató de obviar su sensación de culpabilidad e insistió:

—Yo creo que sí. Necesitamos confiar el uno en el otro.

Brendan abrió la boca, pero de sus labios no salió ningún sonido. Se

mostró vacilante. Hester tuvo la esperanza de que por fin le diera las explicaciones que estaba buscando, pero pasados unos segundos él negó con tristeza.

—Lo siento, Hester. No puedo.

Ella respiró hondo y retrocedió. En voz baja, le dijo:

—Está bien. No confías en mí.

Capítulo 39

Hester le dio la espalda y caminó hasta la puerta. «Pídeme que espere. Vamos, dilo». Pero Brendan seguía en silencio. Antes de agarrar el pomo, Hester contó hasta tres. «Vamos, dilo. Dilo». Oía la respiración agitada del hombre, pero nada más. «Es inútil, no va a hablar». Sintiendo un nudo en la garganta, abrió la puerta y salió al pasillo.

Mientras caminaba hacia su habitación, se le cayó una lágrima. No se la secó y tampoco miró atrás. No podía evitar sentirse decepcionada con Brendan por no confiar en ella, pero algo en su interior le decía que él no tenía la culpa, que la vida debía de haberlo sometido a pruebas muy duras para que se comportara así. Imaginarse a Brendan tratando de hacerles frente hizo que se le pusiera una opresión en el pecho.

La decepción y el dolor no era lo único que Hester sentía en aquellos momentos. También estaba preocupada por Muriel y por Percival. Sabía que Brendan no los delataría. Tenía varios motivos para pensar así. Si se centraba únicamente en los aspectos prácticos, sabía que Brendan no lo haría porque no tenía nada contra ellos y porque no obtendría ningún beneficio de ello. Hester tenía la esperanza de que también le movieran motivos de carácter más noble, pero lo importante era que estaba convencida de que Brendan no suponía una amenaza para ninguno de los tres.

No, Hester no esperaba nada malo de él. Pero cualquiera podía descubrir el paradero de Muriel y de Percival. Había muchas personas que actuaban sin tener en cuenta los principios morales, y solo hacía falta que una se enterara de quiénes eran ellos para que su seguridad peligrara. Esa persona podría chantajearlos, o capturarlos y llevarlos ante el rey Alan para obtener algún favor.

Hester se metió en la cama y cerró los ojos. «Mañana por la mañana iré a verlos a la posada. Tiene que haber algo que yo pueda hacer para ayudarlos».

Capítulo 40

Durante el desayuno, Gillian volvió a llevar la mayor parte del peso de la conversación. Pero esta vez, cuando ella y Thomas salieron, fue Brendan el que le pidió a Hester que aguardara un momento.

—Necesito hablar contigo —le dijo—. Podemos quedarnos aquí o, si lo prefieres, podemos subir al despacho.

—Aquí estaremos bien —le contestó Hester.

Brendan asintió y volvieron a sentarse. El hombre se removió incómodamente en su silla y empezó:

—Solo quería decirte que, aunque todavía no pueda hablarte acerca de mi pasado, pienso mantener mi palabra sobre lo de Alan. Estoy decidido a aportar mi grano de arena para que pague por sus crímenes. Por eso, me gustaría ir a ver a Muriel y a Percival. Quiero ver si pueden contarme algo más que me sea de utilidad.

Hester dijo con cautela:

—Sé dónde se alojan, pero solo te lo diré si voy contigo. Yo también quiero participar en esto.

Para su sorpresa, Brendan no puso objeciones.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

—Sí —Brendan sonrió—. Yo no soy quién para decirte lo que puedes y no puedes hacer. En todo caso, lo que podría hacer sería opinar o darte un consejo amistoso.

—Ya veo.

—Lo único que te pido es que no le cuentes a nadie, mucho menos a Muriel, que soy hijo de Roderick.

—Te lo prometo.

—Gracias. —Brendan inclinó la cabeza—. Entonces, ¿nos vamos ya?

—Claro. —Hester se levantó, sin creerse todavía que no había necesitado convencerlo.

Capítulo 41

Brendan sabía dónde estaba la posada, así que fueron directamente. Por el camino, Hester le preguntó si había pensado qué hacer en caso de que esa visita resultara infructuosa.

Brendan reprimió una sonrisa. En sus ojos apareció un brillo de diversión. Mirándola de reojo, contestó:

—Vayamos poco a poco. Si se diera ese caso, ya pensaría qué hacer. Barajar todas las opciones que se pueden dar en un futuro y decidir cómo reaccionar según cada una de ellas solo sirve para crearnos agobio.

A Hester todas aquellas palabras le sonaron artificiales, viniendo de él.

—No me creo que no tengas un plan B.

Brendan se rio y sacudió la cabeza.

—Empiezas a conocerme bien.

«Ojalá tú me dejaras conocerte».

Hicieron el resto del trayecto en silencio. La Esmeralda era una posada grande, situada en una calle ancha de las afueras. El dueño estaba detrás del mostrador. Brendan puso unas monedas sobre la barra y le preguntó por el número de habitación de Muriel y Percival. El posadero lo miró con recelo.

—Tranquilo, no queremos montar ningún escándalo. Solo vamos a mantener una conversación civilizada —le aseguró Brendan.

El hombre no pareció muy convencido. Fijó sus ojos en Hester. Ella le dedicó su mejor sonrisa y le dijo:

—Son amigos nuestros. Si no quiere que subamos a su habitación, por favor, díales que bajen. Estoy segura de que se alegrarán de vernos.

El posadero suspiró con resignación. «Ahora mismo no tiene a nadie a quien dejar a cargo de la recepción mientras él sube a buscarlos», intuyó Hester.

Debía de tener razón porque el hombre cogió las monedas y les dijo:

—Habitación número tres. Por favor, no armen demasiado ruido. Allí arriba se oye casi todo.

—Descuide —Brendan inclinó la cabeza—. Gracias por su ayuda.

Hester también le dio las gracias, y ambos se dirigieron a las escaleras. El pasillo era corto y estrecho, y había poca separación entre las habitaciones. La habitación número tres estaba casi al principio. Brendan llamó con los nudillos. Al otro lado se escucharon unos pasos, y la puerta se abrió unos centímetros. Hester se acercó al ver el rostro de Percival.

—Soy yo, vengo con un amigo.

Los ojos de Percival la miraron con cautela, pero el hombre finalmente asintió y se apartó para abrir más la puerta. Ellos le dieron las gracias y entraron.

La habitación era pequeña y tenía solo una cama, dos sillas y un armario. Muriel estaba de pie junto a la ventana. Sonrió a Hester de forma nerviosa y luego miró a Brendan. Hester se acercó a ella y le dijo:

—Tranquila, hemos venido porque queremos ayudarlos. Él es Brendan, el dueño de El Búho de Piedra.

Muriel arrugó el ceño.

—¿Qué le has contado?

Hester apartó los ojos. Muriel lanzó una pequeña exclamación:

—¿Se lo has contado todo?

—Él puede ayudar —insistió Hester, aunque no pudo evitar sentirse un poco culpable—. No va a delatarlos, ¿verdad que no, Brendan?

—Por supuesto que no —Brenda se situó al lado de Hester—. Yo también tengo interés en que Alan pague por sus crímenes. Pienso hacer todo lo que esté en mis manos para que sea así. Si todos ponemos nuestra parte, tendremos más posibilidades de conseguirlo.

—Será mejor que nos sentemos y hablemos de esto con calma —dijo Percival a su espalda.

Los demás estuvieron de acuerdo. Hester y Brendan usaron las sillas, mientras que Muriel y Percival se sentaron en la cama. Este último volvió a tomar la palabra:

—Bien, antes de decidir cómo vamos a participar cada uno, me gustaría poner en claro que Muriel y yo no pretendemos que esto se convierta en una venganza.

Brendan reprimió una sonrisa, y Hester no tuvo dudas de que había sido una maliciosa.

—Entiendo, solo queréis impartir vuestra propia justicia —dijo fingiendo un tono inocente.

Percival se removió incómodo.

—Brendan... —le advirtió Hester. Su acompañante levantó las manos en señal de paz.

Percival carraspeó y dijo:

—Bueno, supongo que desde fuera puede parecer otra cosa, pero os aseguramos que nuestro único propósito es que Alan no vuelva a cometer ninguna tropelía.

—De acuerdo, admitamos que es así. —El tono de Brendan era ahora conciliador—. Lo que importa es saber qué estamos dispuestos a hacer cada uno. Para romper el hielo, empezaré yo: Tengo dinero y contactos y, entre esos contactos, hay gente que me debe favores.

—¿Qué clase de contactos? —inquirió Muriel.

Brendan le sonrió:

—Conozco a gente de las Casas Nobles más poderosas de Nitor.

—¿Y cómo podrían ayudarnos? —le preguntó Percival.

Brendan puso un gesto de sorpresa.

—¿No es obvio? Cada una de las Casas cuenta con un ejército a su cargo.

La mirada de Percival se llenó de alarma.

—¿Estaríais dispuesto a intentar convencerlos de que participaran en una guerra?

Brendan se inclinó hacia delante. Sus ojos adquirieron un matiz temerario.

—Ya os he dicho antes que estaría dispuesto a hacer todo lo que fuera necesario. Ahora es vuestro turno. Y el vuestro —añadió y la miró a Muriel.

Ella le devolvió la mirada. Tras un instante de vacilación, al final admitió:

—Es posible que mi tío se anime a entrar en batalla si el número de combatientes que conseguís reunir le parece suficiente.

Brendan volvió a reclinarsse en su asiento, visiblemente satisfecho.

—Estupendo. Hoy mismo empezaré a buscar apoyos. Mi idea es que los nobles que acepten colaborar se reúnan con el rey de Nitor y lo convenzan de que es una buena idea atacar el Reino de Alea. Vos podéis escribir a vuestro tío para ponerlo al corriente de la situación. Cuando termine con las negociaciones, os avisaré y decidiremos cuál va a ser nuestro siguiente paso.

—De acuerdo. Le escribiré ahora, pero pueden pasar semanas hasta que reciba la carta.

—Lo sé. Y también puede que las negociaciones se alarguen. Actuaremos según se vayan desarrollando los acontecimientos. —Cuando hubo terminado de pronunciar estas palabras, Brendan miró a Hester, y ella contuvo una sonrisa al recordar la conversación que habían tenido antes de llegar a la posada.

Capítulo 42

—¿Tienes una idea de cuántas Casas te pueden apoyar? —le preguntó Hester durante el camino de vuelta.

Brendan la miró de reojo y sonrió.

—Creo que puedo ser optimista.

Hester esperó a que añadiera algo más, pero como vio que no lo hacía, le hizo una nueva pregunta:

—¿Con qué vas a negociar?

Brendan se rio y sacudió la cabeza.

—Es un asunto delicado para tratarlo en profundidad en medio de la calle, así que solo te diré esto: la gente, en general, es hipócrita. De frente al público, muestran su mejor cara y fingen escandalizarse en los momentos apropiados para hacer creer a los demás que son moralmente intachables. Pero luego, cuando piensan que nadie los ve, se dejan llevar por sus instintos. Yo tengo la suerte de contar con ojos y con oídos en lugares clave.

—Así que vas a usar los secretos que conoces para hacer chantaje.

—Solo los secretos necesarios, Hester. No conviene usar toda la munición de una sola vez.

—¿Y qué pasa si alguien se revuelve contra ti?

Brendan la miró con incredulidad.

—¿Acaso piensas que nadie lo ha hecho antes? Forma parte de los riesgos de actuar como yo lo hago. Intento tomar todas las precauciones posibles, pero siempre hay algo que se puede torcer. —Se quedó callado un momento y luego murmuró—. Ya sabes lo de mi cicatriz.

Hester también bajó la voz:

—¿Y te compensa vivir así?

Brendan le dirigió una sonrisa pequeña y triste.

—Es la única vida que conozco.

Hester se detuvo y lo agarró del brazo. Él dejó de caminar al instante y se giró hacia ella. Sus ojos la miraron de manera inquisitiva y recelosa. El corazón de Hester se aceleró.

—Siento lo que te pasó ese día —le dijo—. Y siento todas las otras cosas malas que te deben de haber ocurrido.

—Gracias —Brendan apartó los ojos e hizo un gesto con la cabeza hacia el frente—. ¿Seguimos?

—Espera. —Hester le dio un apretón cariñoso en el brazo—. También quería preguntarte si, con todo el dinero que tienes, no te compensa empezar de cero en otro lugar. En caso de que no pudieras permitirte dejar de trabajar o de que desearas seguir haciéndolo, ¿no preferirías tener otra profesión?

Brendan sonrió con ternura. Alargó una mano hacia su rostro y le acarició una mejilla con la punta de los dedos.

—Hester, eres demasiado bondadosa.

—Eso ya me lo has dicho antes.

—Sí —coincidió él, y su sonrisa se hizo más amplia—. Pero lo que no te había dicho es que sé lo que estás haciendo.

—¿Ah, sí? —Hester se estremeció cuando Brendan le puso un mechón detrás de la oreja.

—Sí. —El hombre intentó ponerse serio, pero no consiguió borrar del todo su sonrisa—. Estás buscando lo que queda de mi conciencia. Yo me esfuerzo por mantenerla semienterrada para que me moleste lo menos posible, y tú te empeñas en sacarla a la luz.

—¿Y lo estoy consiguiendo?

Brendan acercó su rostro unos centímetros.

—¿Tú qué crees? —le preguntó.

Hester trató de obviar el cosquilleo de su estómago y le puso una mano sobre el hombro derecho.

—Lo que yo crea no importa —le dijo—. Lo importante es si tú empiezas a

ver las cosas de otra manera.

Brendan inclinó la cabeza.

—Buena respuesta —concedió.

Hester lanzó un suspiro de frustración.

—¿No me vas a contestar?

Brendan esbozó un gesto de disculpa.

—Lo siento, pero hoy no. Anda, volvamos. Tenemos mucho que hacer.

El rostro de Hester se iluminó al escucharlo.

—¿Me vas a dejar que te ayude?

Brendan pareció sorprendido por su pregunta.

—Claro. Sé que es importante para ti participar en esto. Esta noche pensaba ponerme a escribir las cartas para las distintas Casas Nobles. Me gustaría solicitar una reunión con cada una. ¿Te gustaría ayudarme?

Hester se ruborizó un poco. Él malinterpretó su reacción porque puso una expresión azorada y se apresuró a disculparse:

—Lo siento, no había caído en que a lo mejor...

—Sé escribir —lo cortó ella, mientras notaba el calor en las mejillas—. Es solo que no tengo buena letra. Supongo que querrás que la presentación de tus cartas sea cuidada.

—Sí, es importante causar una buena impresión desde el principio, y me temo que, por muy bien redactadas que esten, si la caligrafía no es elegante...

—Exacto —convino Hester y le dedicó una sonrisa para que viera que no estaba molesta—. Pero me encantaría acompañarte esta noche si no te molesta. A lo mejor puedo ayudarte con el contenido.

El rostro de Brendan se iluminó, y él le devolvió la sonrisa.

—Estupendo. Ah, antes de que se me olvide: es mejor no hablar con nadie de esto, a menos que sea imprescindible. Cuantos menos riesgos corramos, mucho mejor.

Hester se mostró de acuerdo. Volvieron a ponerse en marcha.

Capítulo 43

Esa noche, después de la cena, Brendan y Hester subieron al despacho. El hombre dedicó unos minutos a ordenar su escritorio. Cuando terminó, solo quedaban en él una pila de sobres y otra de pergaminos, dos plumas, un bote de tinta negra y un candelabro encendido. Ambos se sentaron. Brendan se acercó los sobres y cogió una de las plumas.

—Voy a escribir las direcciones; esta es la parte en la que menos se tarda. Cuando acabe, podemos pensar en el contenido de las cartas.

—Vale.

Brendan le sonrió y se puso a la tarea. Desde allí no se oían las voces de los clientes que estaban en el salón de juego. El despacho estaba envuelto en una atmósfera de calma. Los movimientos de Brendan eran delicados y meticulosos. Mojaba la pluma con cuidado y dedicaba unos momentos a retirar el exceso de tinta pasando la punta por los bordes del frasco. Se tomaba su tiempo para trazar cada letra, de modo que el conjunto resultara de un grosor y de una altura similar. Hester lo observaba con fascinación. Ella nunca había tenido la paciencia necesaria para conseguir aquel resultado. Sus cartas siempre acababan con gotas de tinta, tachones y letras muy desiguales.

Puede que fuera por la hora, por la iluminación tenue, por el sonido relajante de la pluma, o por la seguridad que transmitía Brendan; pero lo cierto es que a Hester le estaba entrando sueño.

Las facciones de Brendan revelaban su concentración. El hombre no levantó la vista hasta que no hubo terminado de escribir la última dirección en los sobres. El rostro de Hester debió de delatarla, porque él le sonrió y le preguntó si estaba cansada.

—No —Hester cambió de postura en su asiento—. Solo estaba relajada.

La sonrisa de Brendan se hizo más amplia. Apartó los sobres y cogió el montón de las cartas.

—Si en algún momento te apetece marcharte, solo tienes que decirlo.

—No, quiero ayudarte hasta el final. Nos iremos juntos.

Él se rio.

—Muy bien. Bueno, ya tengo todas las direcciones de las Casas Nobles con las que vamos a contactar. También voy a escribir a Lord Martin Wild, el Señor de Syrma, a pesar de que podría optar por acercarme a su castillo y solicitar una reunión. Las cartas van a ser todas más o menos iguales; solo cambiaremos los nombres, las horas y los días de reunión.

—Serán muy impersonales entonces, ¿no?

—El contenido importante lo trataré de manera individual en cada reunión.

Hester arrugó un poco el ceño. Quería preguntarle algo, pero no sabía muy bien cómo expresarlo:

—Pero entonces, ¿cómo...? ¿Cómo consigues...? —Hester sacudió la cabeza y lo volvió a intentar—. ¿Cómo puedes mostrarte persuasivo con cada uno si no incluyes información personal?

Brendan se echó a reír.

—¿Quieres preguntarme cómo puedo darles a entender que podría usar el chantaje contra ellos?

Hester asintió azorada.

Brendan lanzó una nueva carcajada. Luego contestó:

—Ellos ya saben que conozco algunos de sus secretos más oscuros. Si aludiera a ello en mis cartas, se sentirían molestos, y no queremos eso. No se puede ir por la vida con la espada en alto todo el tiempo. Además, no pretendo usar solo el chantaje para lograr que nos apoyen.

—¿Ah, no?

—No. —Brendan se inclinó hacia delante. La luz de las velas se reflejó en sus ojos—. También pienso valerme de promesas.

—¿Qué tipo de promesas?

—Oro, títulos, tierras... cosas así.

—¿Y de dónde vas a sacar todo eso?

Brendan volvió a apoyar la espalda en el respaldo y cruzó las manos.

—El rey de Nimis es quien tendría que concedérselo en caso de que ganara la guerra.

—Pe... pero... ¡Pero... si no has hablado con él! ¿Cómo sabes que estará dispuesto a hacerlo? ¿Cómo puedes prometer algo en nombre de otra persona sin tener su aprobación?

—Entonces, ¿qué deberíamos hacer? ¿Esperar a que el rey de Nimis conteste la carta de Muriel antes de empezar las negociaciones?

—Eso sería lo correcto.

—Eso sería perder el tiempo —la corrigió Brendan y luego añadió con tono más suave—. A veces hay que coger atajos.

Hester sabía que esta vez tenía las de perder, pero, aun así, le dijo:

—Es muy arriesgado.

Brendan asintió.

—Lo sé, pero es nuestra mejor opción. Si todo va según lo previsto, espero que Muriel, Percival, tú y yo viajemos pronto al Reino de Nimis para hablar con el rey.

Capítulo 44

A la mañana siguiente, Brendan envió las cartas.

—Ahora sí que no podemos hacer otra cosa más que esperar —le dijo a Hester con tono divertido.

Ella puso los ojos en blanco.

—Tendríamos que haber esperado la contestación del rey de Nimis antes de hacer algo.

—Sí, sé que eso es lo que piensas ahora, pero espero que cambies de opinión más adelante.

Hester meneó la cabeza.

—Eres imposible.

—Lo sé —contestó él. Los ojos le brillaban.

«Está disfrutando con esto», pensó Hester y no pudo evitar sonreír.

Brendan dobló la carta y se la metió en el bolsillo.

—Si mañana no regreso muy tarde de la reunión con Lord Martin Wild, podemos vernos para que te cuente cómo ha ido todo. Si no, te prometo que lo haré pasado mañana.

—De acuerdo. Por favor, no seas temerario.

—¿Temerario? —Brendan arqueó una ceja y trató de ocultar su diversión.

—Sí. Ten cuidado con lo que le prometes. Recuerda que el rey de Nimis puede no estar de acuerdo.

Brendan sonrió y se acercó a ella. Dándole un leve golpecito en la nariz, le dijo:

—Tranquila, conciencia mía. Lo tendré en cuenta.

Hester dio un paso hacia atrás, se ruborizó y se cruzó de brazos.

—Te lo estás pasando en grande con este tira y afloja, ¿verdad? —le preguntó intentando que su voz sonara firme.

Brendan asintió muy ufanamente.

—Desde luego. —Hizo una pausa y la miró con intensidad—. ¿Tú no?
Hester tragó saliva y no se atrevió a contestar.

Capítulo 45

A la noche siguiente, Brendan y Hester se reunieron en el despacho. El hombre sacó una baraja de un cajón del escritorio y empezó a hacer un castillo de naipes.

—Tengo buenas noticias —le reveló mientras iba formando un tejado con cada dos cartas—. Martin Wild se ha unido a nuestra causa. Su ejército queda a la espera para entrar en combate.

Hester observó cómo terminaba de poner el primer piso.

—¿Y qué le has prometido?

Brendan sonrió. Empezó a colocar una carta de manera horizontal encima de cada tejado.

—Nada en concreto —respondió—. He estimulado su imaginación hablándole de riquezas y de privilegios, y supongo que él habrá sacado sus conclusiones.

—Espero que esta jugada te salga bien.

Brendan inclinó la cabeza.

—Gracias. Yo también lo espero. —Se puso a construir el segundo piso del castillo—. A ver qué responden las demás Casas. Si conseguimos reunir a un número importante de soldados, convencer al rey de Nimis de que invada Alea será sencillo. Y compensar a unos cuantos nobles le parecerá un precio razonable.

—Bueno, a unos cuantos nobles y a sus ejércitos.

—Los soldados son menos ambiciosos que sus señores. Págalos con oro y los tendrás comiendo de tu mano.

—Pero, ¿habrá oro suficiente para todos ellos?

Brendan se puso a construir el tercer piso.

—Nimis es un reino rico. Sus arcas se resentirán, no te lo niego, pero tanto

el rey como sus súbditos anhelan disfrutar de un largo periodo de paz. Estoy convencido de que preferirán vivir un tiempo de manera humilde antes que pasar un día más bajo la amenaza de que Alea los ataque.

—Crees que conoces muy bien a la gente. ¿Qué pasa si te equivocas?

Brendan empujó con el dedo índice una de las cartas que formaban la base del castillo. Este se vino abajo.

—Es mejor que no lo averigüemos —contestó mirándola a los ojos.

Capítulo 46

Poco a poco, fueron llegando las contestaciones del resto de las Casas Nobles. La última llegó dos semanas después de que Brendan hubiera enviado las suyas.

Todas habían aceptado reunirse con él.

—Eso no quiere decir que acepten participar en la guerra —comentó mientras doblaba esa última carta—. Pero que muestren interés es una buena señal.

Hester intuyó que aquellas palabras iban dirigidas más para sí mismo que para ella. «Está intentando no hacerse ilusiones», pensó.

Esa tarde, salieron a caminar por el paseo del puerto. En el horizonte, se veían varios barcos que se dirigían a Syrma. Desde esa distancia, parecían del tamaño de guijarros.

—Mañana parto hacia Bliss para reunirme con la Casa Gee —le anunció Brendan mientras andaban—. Desde allí iré a las otras ciudades para entrevistarme con las otras Casas Nobles. En total, calculo que estaré fuera un mes. —La miró de reojo—. Antes de irme, me habría gustado conocer la respuesta del rey de Nimis a la carta de Muriel, pero confío en que diga que está dispuesto a recibirnos en cuanto yo termine de negociar.

Hester trató de sonreír, pero le salió una mueca extraña. Brendan ladeó la cabeza y le pasó una mano por la espalda.

—¿Qué pasa, Hester?

—Nada —contestó ella y bajó la cabeza.

—Un mes se pasa pronto. Antes de que te des cuenta, estaremos en un barco rumbo al Reino de Nimis.

—Lo sé. ¿Quieres que te escriba cuando el rey de Nimis conteste?

—Solo si dice que no está interesado en nuestro plan.

—¿Qué harías en ese caso?

Brendan sonrió.

—Intentar convencerlo.

—¿Cómo?

El hombre sacudió la cabeza y se echó a reír.

—¿Qué hemos hablado sobre lo de agobiarnos con las posibilidades?

Hester suspiró y preguntó sin poder ocultar su miedo:

—¿Qué pasa si tu plan fracasa?

Brendan se detuvo y la agarró de la muñeca con suavidad para que ella hiciera lo mismo.

—Hester, mírame —le pidió.

Ella se giró despacio y alzó el rostro para sostenerle la mirada. La expresión de Brendan era de ternura.

—Darle vueltas a todas las cosas malas que pueden pasar no va a ayudarnos. Sé que es difícil, pero tienes que intentar alejar todos esos pensamientos negativos, o el miedo te paralizará. —Levantó las manos para acariciarle las mejillas—. Te prometo que haré todo lo posible para que el plan salga bien. Tengo tantas ganas como tú de que esto funcione. No voy a correr ningún riesgo innecesario. No soy tan temerario como crees —añadió en tono de broma.

Pero Hester no se rio.

—¿Por qué les dijiste a Muriel y a Percival que cuando el rey respondiera a la carta y tú terminaras de negociar, decidiríamos entre todos cuál iba a ser nuestro siguiente paso, si tu idea es que viajemos a Nimis?

Brendan bajó los brazos.

—Tú lo has dicho: esa es mi idea. Creo que sería lo más sensato, pero si Muriel o Percival tienen un plan mejor, lo acataré sin dudar.

—¿De verdad?

—De verdad. Busco que tengamos éxito, Hester, no que la gente me obedezca de forma ciega.

Hester lo miró durante unos segundos antes de asentir.

—Está bien. Te creo.

Brendan sonrió. Hester no percibió en ese gesto ningún rastro de diversión, de suficiencia o de amargura. Solo vio gratitud y alivio. De repente, sintió ganas de hacerlo reír.

—¿Qué vas a hacer durante todo un mes sin nadie que se ocupe de mantener a flote tu conciencia?

Los ojos de Brendan brillaron con regocijo.

—¿Mantener a flote? ¿Eso quiere decir que ya has conseguido desenterrarla del todo?

—Puede —contestó ella fingiendo indiferencia—. ¿Tú qué opinas?

Brendan se cruzó de brazos e hizo como si estuviera pensando.

—Mm... no sé, yo... Creo que necesitas persistir en tu empeño un poco más.

—¿Cómo cuánto?

—Mm... no sé... Voy a estar todo un mes expuesto a las malas influencias del mundo sin tenerte a mi lado para que me ayudes a contrarrestarlas... Quizá cuando regrese tengas que empezar de cero.

Hester levantó el dedo índice y siguió con el juego:

—Más te vale que no, Brendan Fenton, porque en ese caso mis métodos para liberar a tu conciencia de su prisión serían terribles.

El hombre arqueó una ceja.

—¿Ah, sí? Ponme un ejemplo.

Hester acercó su rostro al de él. Notó que Brendan contenía el aliento durante unos segundos y que después empezaba a respirar de forma más rápida. Intentó no demostrar la satisfacción que sentía en aquellos momentos y le dijo con tono despreocupado:

—Prefiero mantener el misterio.

Los labios de Brendan se curvaron hacia arriba. En sus ojos apareció una chispa de picardía.

—Qué malvada eres.

Hester fingió ofenderse.

—¿No decías que era una de las personas más buenas que habías conocido?

Brendan consiguió responder antes de echarse a reír:

—He cambiado de opinión.

Capítulo 47

Esa noche, Brendan se acostó temprano.

—Podemos despedirnos ahora —le dijo a Hester en el pasillo de la segunda planta—. No tienes por qué levantarte temprano.

—Quiero hacerlo. Cuando tengas todo el equipaje preparado, llama a mi puerta y saldré.

—De acuerdo. —Brendan se la quedó mirando como si quisiera añadir algo más, pero pasados unos segundos asintió con la cabeza y le deseó buenas noches.

A Hester le costó dormirse y se despertó antes del amanecer. Había creído que Brendan la despertaría y que tendría que salir a despedirse en bata, pero para cuando el hombre llamó, ella ya se había lavado, peinado y vestido con ropa de calle.

Brendan llevaba un traje plateado y olía a salvia y a jazmín. Tenía los ojos un poco hinchados como si tampoco hubiera dormido bien, pero sus rasgos se iluminaron cuando la vio aparecer.

—Ya te has vestido. ¿Cuánto tiempo llevas despierta?

—Un rato —contestó Hester y miró hacia abajo—. ¿Dónde está tu equipaje?

—Abajo, dentro del carruaje. Solo me quedaba despedirme de ti.

Hester sonrió, aunque se sentía un poco triste.

—Prométeme que vas a ser prudente y que te vas a cuidar —le pidió.

Brendan le devolvió la sonrisa.

—Te lo prometo. Ya sabes, si surge algún imprevisto, escíbeme. Tienes la lista de las ciudades donde voy a estar cada día.

—Sí, no te preocupes. —Hester apoyó una mano en el marco de la puerta.

«Te voy a echar de menos», quiso añadir, pero las palabras no salieron de

su boca. Brendan la miraba con intensidad, como si él también tuviera una frase atascada en la garganta. Al final, lanzó un pequeño suspiro y comentó:

—Bueno, supongo que es hora de decirnos hasta pronto.

—Sí. «Un mes pasa enseguida. Un mes pasa enseguida».

Brendan se inclinó hacia ella. Hester agarró con fuerza el marco de la puerta y contuvo el aliento. Muy, muy despacio, el hombre le dio un beso en cada mejilla y otro en la frente. Cuando se apartó, ella volvió a respirar.

—Cuídate, Hester. —Tras pronunciar estas palabras, Brendan se dio la vuelta y se alejó en dirección a las escaleras.

Capítulo 48

La primera semana fue la peor. Hester se había acostumbrado a pasar mucho tiempo en compañía de Brendan y le costó asimilar el cambio. Gillian la ayudó a distraerse. La mujer solo sabía que su jefe se había ido de viaje por negocios y que volvería en un mes.

Hester también estuvo con Percival y con Muriel. Unos días después de que Brendan se marchara, les llegó la carta de Garrick Belle, el rey de Nimis. En ella, el monarca les revelaba su interés en reunirse con ellos en cuanto las negociaciones con las Casas Nobles estuvieran cerradas.

—Es una excelente noticia —comentó Percival—. Ojalá que el señor Fenton consiga muchos apoyos.

Muriel y Hester se mostraron de acuerdo.

—De momento, no hay nada más que podamos hacer —dijo la primera—. ¿Qué os parece si dedicamos las siguientes semanas a relajarnos y a disfrutar del calor? En Nimis ahora es invierno y, por lo que he leído, durante esa estación tienen muchos días de nieve.

Hester y Percival aceptaron su propuesta. La temperatura había subido con respecto al inicio del verano, así que salían a pasear por la mañana, temprano y después de que atardeciera. El primer día que Hester vio el puerto de noche se maravilló. Había antorchas encendidas a lo largo del paseo. El chisporroteo del fuego se mezclaba con las voces de los marineros y de la gente que, como ellos, había salido a dar una vuelta. La luz de la luna llena se reflejaba en el mar, y a lo lejos titilaba la luz de un faro.

—¿Sabíais que hace muchos años existía la creencia de que si pedías un deseo en este puerto bajo la luna llena, se te concedía? —les preguntó Percival mientras observaban el mar en calma. El agua estaba tan oscura que era imposible distinguir lo que había bajo ella.

Ni Hester ni Muriel conocían ese dato.

—¿Por qué se dejó de creer en ello? —inquirió Hester.

—No lo sé —contestó Percival—. Supongo que miles de personas pidieron deseos, y la mayoría vio que no se ls concedían.

—Eso es muy triste —intervino Muriel.

—Sí, pero no quiere decir que no podamos intentarlo. —Percival les dirigió una sonrisa de ánimo a cada una.

Ellas se la devolvieron.

«¿Por qué no?», pensó Hester y cerró los ojos.

«Por favor, que Brendan regrese sano y salvo».

Capítulo 49

Esa noche, cuando se metió en la cama, Hester se echó a llorar. Era la primera vez que lo hacía desde que estaba en Syrma y no sabía muy bien el motivo. Se acurrucó bajo la sábana y se aferró a la almohada tratando de buscar consuelo.

Intentó no hacer demasiado ruido para que ni Gillian ni Thomas la oyeran. No quiso preguntarse cómo se sentía; tan solo dejó que las lágrimas salieran. Poco a poco, la opresión en el pecho fue desapareciendo, y sus sollozos comenzaron a apagarse.

Cuando se quedó sin lágrimas, los ojos le picaban un poco y sentía un ligero dolor en la cabeza, pero la angustia se había esfumado. Un sopor empezó a invadirla. «Todo irá bien», pensó antes de caer rendida.

Todavía tenía las mejillas húmedas.

Capítulo 50

A la mañana siguiente, Hester se levantó más tranquila. Desayunó con Gillian y después se dirigió a la posada para encontrarse con Percival y con Muriel. No entendía por qué se había puesto así la noche anterior. Por el momento, todo estaba saliendo según el plan de Brendan. «Supongo que había acumulado demasiada tensión», pensó mientras se metía por una callejuela.

Todavía había poca actividad. Hacía poco que había amanecido, y la mayoría de la gente debía de seguir en sus casas. Hester giró en una esquina y avanzó por una calle un poco más ancha. Siempre tomaba ese camino para llegar a La Esmeralda.

Unos metros delante, había un hombre que llevaba una túnica de color negro. Estaba apoyado en la fachada de un edificio y tenía las manos en los bolsillos. No la había mirado ni una sola vez. «Estará esperando a alguien», pensó Hester, pero de forma inconsciente empezó a caminar más deprisa.

Escuchó unos pasos a su espalda y, al mover un poco la cabeza, vio unas sombras reflejadas en la pared justo detrás de ella.

Antes de que pudiera girarse, alguien la agarró y le puso un trapo en la boca empapado de una sustancia que olía muy fuerte. No tuvo tiempo de pensar en nada.

Todo se volvió negro.

Capítulo 51

Despertó en una habitación en penumbra. «¿Qué...? ¿Dónde estoy?» Enfrente había varios sillones y una mesa baja. Olía a cerrado. Hester se sentía atontada y notaba la nariz y la boca irritadas. Parpadeó varias veces y miró a su alrededor.

Ahogó un grito cuando se encontró con la mirada de un hombre ancho con una espesa barba que le llegaba hasta la cintura. El hombre sonrió mostrando casi todos sus dientes.

—Por fin te has despertado. El líquido quitaconciencias es más fuerte de lo que imaginaba, o es que tú eres demasiado débil. —La miró de arriba abajo—. Sí, creo que es eso. Pareces tan frágil como la caña de un junco. No sé qué ha visto Brendan en ti.

Hester arrugó el ceño, desconcertada. Ese hombre conocía a Brendan.

—¿Qué hago aquí? ¿Por qué me has secuestrado?

Él dio un paso hacia ella. Hester se echó hacia atrás de forma instintiva, y las dos patas delanteras de la silla se levantaron. El hombre lanzó una carcajada. Su risa era fuerte y desagradable.

—Con cuidado, ratoncito, o te partirás la crisma.

—¿Por qué estoy aquí? —insistió Hester. Su voz sonó tan aguda que le sorprendió que hubiera salido de ella, lo que contribuyó a asustarla más.

Él meneó la cabeza y siguió acercándose.

—Ratoncito, ratoncito —dijo como si estuviera reuniendo toda su paciencia—. Estoy seguro de que Brendan te ha hablado de mí. Llevamos años manteniendo una relación muy estrecha.

El labio inferior de Hester tembló.

—¿Quién eres? —susurró.

Él extendió los brazos.

—Graham Vow. —Hizo una pausa y añadió con tono sarcástico—. Para servirte.

Una punzada de terror atravesó a Hester y le pareció que se le cerraban los pulmones.

—El dueño del Territorio Vow —musitó.

El hombre la miró complacido.

—Veo que sí, que te ha hablado de mí. Me alegro. Me alegro mucho porque así entiendes la magnitud de lo que está pasando.

Hester sintió ganas de llorar.

—¿Qué vas a hacerme? —le preguntó.

Él se inclinó hacia ella. El aliento le apestaba a alcohol y a cebolla.

—De momento nada, pequeño ratón. Voy a esperar a que tu amado regrese.

—¿Mi amado? —repitió Hester con sorpresa. El olor le hacía sentir náuseas, pero se esforzó por no demostrarlo y trató de sacarlo de su error—. No..., él no..., nosotros no... no somos...

—¿Pareja? —terminó él y volvió a erguirse—. Eso no importa. Llevo años espionando a Brendan; sé a dónde va y con quién se reúne, y conozco sus hábitos mejor que los míos. Es la primera vez que lo veo realmente interesado en una mujer y, menos mal, porque empezaba a cuestionarme sus preferencias —lanzó una carcajada estridente. Hester no pudo evitar poner un gesto de desagrado. Cuando el hombre hubo dejado de reírse, continuó—. Me da igual si te lo crees o no, pero es así: a Brendan le interesas. Le interesas mucho. Ha desarrollado un gran afecto por ti, y no sabes lo que me alegro de ello. Desde que le conozco, siempre he estado interesado en encontrar sus puntos flacos. Hace poco descubrí que el fuego y él no son amigos y, hace menos todavía, que tú le importas. —Esbozó una sonrisa que provocaba escalofríos antes de añadir—. Así que, imagínate cómo se sentirá cuando vea a su precioso ratón en el centro de una habitación en llamas.

El rostro de Hester se llenó de pánico.

—No... no, por favor.

—Lo siento, encanto, pero es lo que hay. Y me temo que en este caso no puedo darte a elegir entre tomarlo o dejarlo.

Capítulo 52

Una semana después, Brendan regresó a Syrma. Se sentía muy satisfecho porque todas las Casas Nobles habían aceptado participar en la guerra. Algunas se habían resistido al principio, y Brendan había tenido que pasar largas horas convenciéndolas, pero el esfuerzo había merecido la pena. Atado a la cintura y por debajo de la túnica, llevaba un cofre con las declaraciones de apoyo al ejército de Nimis contra Alea firmadas.

Cuando llegó a El Búho de Piedra, este todavía no había abierto sus puertas a los clientes. Erik, Leonard y Gillian salieron a recibirlo. Estaban pálidos, les temblaban las manos y no sabían dónde mirar.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Brendan mientras dejaba su equipaje en el suelo del salón de juego.

Gillian miró a sus compañeros y, al ver que no contestaban, se adelantó un paso y contestó y seagarró las manos:

—Hester lleva ocho días desaparecida.

Brendan sintió que le faltaba el aire.

—¿Qué?

Leonard intervino:

—No sabemos dónde está. Salió una mañana a ver a Muriel y a Percival y no regresó. Te mandamos una carta, pero debe de haberse perdido.

Brendan abrió la boca y la volvió a cerrar. Apretó los puños. «Esto no puede estar pasando», pensó. Si alguien la había capturado y la había llevado ante el rey Alan... No..., no quería ni imaginárselo.

—¿Habéis hecho algo para intentar encontrarla?

—He hablado con Fergus para que encargara a un grupo de tus hombres la tarea de buscarla.

—¿Y?

Leonard agachó la cabeza.

—Nada, lo siento.

Brendan reprimió un grito de frustración. No podía perder los nervios. Tenía que mantener la cabeza fría. Respiró hondo.

—Quiero ver a Fergus. Ahora.

Leonard asintió y salió a buscarlo.

Antes de que regresara con el jefe de los espías de Brendan en Nitor, llegó una carta. El niño que la traía dijo que se la había dado un hombre con una barba tan larga como la de un sabio. A Brendan le pareció que el suelo se tambaleaba. Agarró el sobre y leyó lo que estaba escrito:

«Para Brendan Fenton,
dueño de El Búho de Piedra.
De parte de Graham Vow,
dueño de Territorio Vow».

«No puede ser», pensó Brendan. El pulso se le descontrolló. Con dedos torpes, abrió el sobre y lo tiró al suelo con impaciencia. La carta solo tenía dos frases:

«Tengo a la chica».

«Al mediodía, ven solo al Territorio Vow».

Brendan recogió el sobre y guardó la hoja dentro. Faltaba poco para las doce.

Buscó a Erik y le pidió que, cuando llegara Fergus, le dijera a dónde había ido.

—¿No debería acompañarte alguien? —le preguntó Erik.

—No —contestó Brendan—. Es mejor que me vea llegar solo.

Se despidió de él y salió del edificio. Pensaba hacer lo que fuera necesario para rescatar a Hester.

Nunca había tenido un motivo de tanto peso para cruzar la línea.

Capítulo 53

Cuando llegó a la calle donde se situaba la casa de juego, Brendan vio que en la puerta había un grupo de hombres. No tardó en distinguir a Graham. «Cobarde», pensó sin dejar de caminar.

Cuando se hubo acercado más, percibió que el hombre sonreía triunfantemente. Brendan tuvo ganas de borrarle ese gesto de la cara de un puñetazo. «Calma», se dijo. «No puedo dejarme llevar por mis instintos».

Cuando se situó frente al grupo, Graham se cruzó de brazos y se dirigió a él con tono de burla:

—Vaya, vaya, Brendan, es todo un honor que hayas accedido a visitarme. ¿Cuándo fue la última vez? ¡Ah, sí! ¡Cuando quemaste mi habitación y me ataste a un árbol! Han pasado unas cuantas semanas desde entonces, pero ya has visto que he conseguido nuevos empleados. Sí, durante el mes que has estado fuera, me he estado moviendo para poder darte un buen recibimiento. Quería corresponder a tus muestras de cariño tal como te mereces.

Brendan apretó los dientes, pero se obligó a responder de manera tranquila:

—No hacía falta. Después de todo, tú ya le hiciste una reforma a mi dormitorio.

Graham se echó a reír.

—Tienes razón, Brendan, y te aseguro que fue todo un placer —lo miró casi con tristeza—. Es una lástima que tengamos que estar enfrentados. Admiro tu inteligencia y tu sentido del humor. Estoy seguro de que nos correríamos buenas juergas tú y yo.

La idea de compartir su tiempo de ocio con aquel tipo le revolvía las tripas. Trató de que su voz no revelara el asco que sentía:

—Yo opino que no. Y ahora dejemos de perder el tiempo. He venido a por Hester y no me iré sin ella.

Graham encogió los hombros y sonrió.

—Por mí no hay problema en que vayas a buscarla. Pero lo de salir, va a ser más difícil. No te lo he dicho, pero cuando te he visto aparecer, le he pedido a uno de mis hombres que subiera a calentar la habitación de tu querida joven.

Brendan palideció.

—¿Qué?

—Está en el primer cuarto de la derecha, nada más tienes que pasar el salón de juego. Si corres, a lo mejor llegas a tiempo para intercambiar algunas palabras con ella: pedirle perdón por ser en parte culpable de su destino, decirle lo que la quieres... En fin, esas cosas.

—Cerdo —masculló Brendan y se lanzó a la carrera.

Graham y sus hombres soltaron una risotada y se apartaron para dejarlo entrar. Cruzó el vestidor y después el salón de juego. Le parecía que olía a quemado, pero no sabía si eran imaginaciones suyas. Empezaba a notar un sudor frío por todo el cuerpo. No quería pensar demasiado en el hecho de que se dirigía a un incendio sin ningún tipo de protección. No podía dejar que su terror lo paralizara. Debía concentrarse en la idea de rescatar a Hester.

«Por favor, que llegue a tiempo. Por favor, que llegue a tiempo».

Deseó que Fergus no tardara en llegar con refuerzos. «Esta historia va a acabar bien. Sacaré a Hester de la habitación y conseguiremos marcharnos sin sufrir daños».

Al otro lado del salón de juego, había un pasillo con puertas a cada lado. Brendan abrió la primera de la derecha y se metió en la habitación sin mirar antes lo que había dentro.

Lo primero que vio fue el humo. Al respirarlo, los ojos se le llenaron de lágrimas, y la garganta y los pulmones lo escocieron. Empezó a toser y se tapó la nariz con la manga de la camisa. Las llamas habían invadido un cuarto de la habitación.

En el lado opuesto, se encontraba Hester. Estaba atada a una silla y parecía que se había desmayado.

Brendan se olvidó por un segundo del pavor que le producía el fuego y corrió hacia ella.

—¡Hester!

Cuando llegó a su lado, dejó de taparse la nariz e intentó desatar las cuerdas. Los nudos estaban muy apretados. Soltó una maldición. Su desesperación lo llevó a intentarlo también con los dientes. Mordió las cuerdas y las empapó de saliva para ver si así se aflojaban un poco los nudos. Estaba de espaldas a las llamas. Mientras peleaba con las cuerdas, no giró la cabeza ni una sola vez. Ver el avance de las llamas serviría para ponerlo más nervioso, pero no para hacerlo huir. Por muy feas que se pusieran las cosas, no pensaba abandonar a Hester.

Empezaba a sentirse mareado por la falta de oxígeno, pero siguió tirando de las cuerdas con los dientes y con las manos. «Vamos, vamos, vamos». Se preguntó si Fergus ya se habría enterado de dónde estaba. «No podemos morir aquí. Vow no puede salirse con la suya».

Poco a poco, fue abriendo un espacio entre las cuerdas. «Vamos...» Gruñó por el esfuerzo. Cuando saliera de allí, iba a meterse en su cama y no iba a salir de ella hasta que se hartara.

Escuchó unos gritos que venían de la calle. «Por favor, que sean mis hombres». Tiró con más fuerza de las cuerdas. Los dedos le dolían como si los hubiera pasado por una lija.

Casi lloró de felicidad cuando consiguió deshacer uno de los nudos. Las voces de la calle subieron de volumen, y se escucharon algunos golpes. Brendan siguió con los demás nudos. «Venga, venga, ya casi lo tengo».

Por fin, las cuerdas cayeron al suelo. Brendan se incorporó tosiendo. No trató de despertar a Hester. La cogió en brazos y se dio la vuelta.

Estuvo a punto de caerse de rodillas cuando vio que el fuego casi había llegado a la puerta. El fuego: su fobia; la razón de que su inocencia muriera; el elemento que le hizo ver la cara más cruda del mundo.

Tembló.

No, no podía dejarse llevar por el pánico. No podía rendirse ahora que

había conseguido liberar a Hester.

«No vamos a morir aquí».

Lanzó un grito para darse ánimos y echó a correr hacia la puerta. Apretó a Hester contra él cuando pasó junto a las llamas. Notar el calor tan cerca de sus pies le hizo contraer el rostro. Cruzó el umbral. Sintió un dolor abrasador en su tobillo derecho. Miró hacia abajo y vio que el bajo de su pantalón empezaba a arder. «¡No!», exclamó. Dejó a Hester apoyada en la pared y se tiró al suelo. Rodó y rodó sin dejar de gritar. En aquellos momentos, su mente era un caos. No dejaba de ver imágenes ocurridas hacía más de veinte años; imágenes de su antigua casa consumida por las llamas; imágenes del tejado que se hundían; imágenes del humo que subían hacia un cielo lleno de estrellas.

No supo cuánto tiempo había pasado desde que se había tirado al suelo hasta que se detuvo. Miró su pantalón. La tela estaba quemada, pero ya no ardía. Temblaba de forma violenta, pero consiguió sentarse. Respiró hondo y contuvo un sollozo.

Hester seguía apoyada en la pared. Conocerla era lo mejor que le había pasado en años. Ella era bondadosa. No se merecía haber estado prisionera en ese lugar. Brendan apretó los puños. Si ese indeseable se había atrevido a tocarla... Inspiró profundamente. Ahora lo importante era salir de allí.

Volvió a levantar a Hester y echó a correr.

En el salón de juego, se encontró con Fergus y con otros empleados.

—Ya era hora —les dijo con tono hosco—. ¿Dónde están Vow y los suyos?

—Han huido —contestó Fergus—. ¿Estáis bien?

—Thomas tiene que examinarla —respondió al hacer referencia a Hester—. Ha trago más humo que yo y cuando llegué ya estaba inconsciente.

—Seguro que no es nada grave. Déjame, te ayudaré —Fergus alargó los brazos y dio un paso hacia él.

—No, no hace falta, puedo llevarla yo. Iré en medio. Si esos desgraciados aparecen, quiero que les deis su merecido.

Cuando salieron a la calle, Brendan observó el rostro de Hester. Estaba relajado y no presentaba marcas de golpes. Aun así, al hombre se le encogió el corazón. «Lo siento mucho, Hester. Tú no te merecías esto».

Capítulo 54

Entraron por la puerta de la cocina. Estaba vacía.

—No hace falta que me acompañéis —les dijo Brendan a sus empleados—. Volved a vuestras obligaciones.

—¿Qué quieres que hagamos exactamente si encontramos a Vow?

Brendan miró a Hester. Podía intuir cuál sería su reacción si se enteraba de que él había ordenado acabar con la vida de un hombre. A pesar de su mala fama, Brendan nunca había llegado a ese extremo. No, él nunca había matado ni ordenado matar. Era la primera vez que le tentaba la idea. Pero imaginarse la decepción y el rechazo en los ojos de Hester lo frenaba. No, no podía hacerlo, Respiró hondo.

Volvió a mirar a Fergus. Las palabras casi se le atragantaron en la boca:

—No hagáis nada a menos que sea para defenderos.

Sus hombres parecieron sorprendidos, pero no cuestionaron la orden. Se despidieron de él y volvieron a salir a la calle.

Brendan volvió a respirar hondo y se dirigió a la segunda planta. Antes de llegar a las escaleras, la puerta de uno de los salones privados se abrió, y Gillian se asomó por ella. Su rostro se llenó de alivio al verlos.

—¡Brendan, gracias al cielo! ¿Qué le ha pasado? —preguntó y salió del salón. Detrás la siguieron Erik y Leonard.

—Vow ordenó que prendieran fuego la habitación donde la tenía atada. Por suerte, he conseguido sacarla a tiempo. Está inconsciente. Avisa a Thomas para que la examine.

—Enseguida. —La mujer subió por las escaleras.

—¿Quieres que la lleve a su cuarto? —le preguntó Leonard al notar el cansancio de Brendan.

—No, gracias. Vosotros quedaros aquí cuidando del negocio. No sirve de

nada que estemos todos arriba.

Sus hombres asintieron. Brendan les dio la espalda para subir los escalones. Para cuando llegó a la habitación de Hester, Thomas y Gillian ya lo estaban esperando allí. Ambos lo ayudaron a dejarla sobre la cama.

—¿Podéis dejarme a solas con ella para que la examine? —les preguntó el médico.

Gillian y Brendan asintieron y abandonaron la habitación. En el pasillo, Brendan bajó la cabeza y se revolvió el pelo. Gillian lo miró con simpatía.

—No te preocupes, seguro que está bien.

El hombre bajó las manos, pero no despegó la vista del suelo.

—Eso no lo sabes, Gillian. Te juro que si Vow le ha hecho algo, yo...

—Shhh —Gillian se acercó a él y le puso una mano en el codo—. Ese tipo no le ha hecho nada, ya lo verás. Solo tienes que esperar un poco a que Thomas termine el examen.

Brendan la miró por fin. En medio del dolor y de la rabia, se advertía en su expresión una mezcla de sorpresa y de ternura.

—¿Por qué siempre eres tan positiva? —le preguntó con un susurro.

Gillian le dirigió una sonrisa.

—Tú eres un hombre práctico. Dime, ¿de qué sirve ser pesimista?

Brendan se quedó pensativo. Al cabo de unos segundos, le devolvió la sonrisa, aunque de forma débil.

Gillian comprendió que no le iba a responder, pero no le importó. Le bastaba con esa sonrisa, pequeña y titubeante, para saber que él le había dado la razón.

Capítulo 55

La angustia invadía a Hester y no la dejaba pensar con claridad.

Las cuerdas se le clavaban en las muñecas, y le dolían los brazos. Vow solo la desataba para que hiciera sus necesidades. Los tres primeros días se había negado a probar bocado. El hombre quería darle de comer como si ella fuera un bebé. Solo le permitió que le acercara a los labios los vasos de agua. Cuando llevaba casi dieciocho horas sin llevarse nada sólido a la boca, su estómago comenzó a protestar, pero ella se mantuvo firme hasta el cuarto día. Fue entonces cuando pensó que por ese camino solo conseguiría acabar muerta. Tenía que conservar la esperanza. Alguien la encontraría y la ayudaría a salir de allí.

Graham Vow la dejaba sola la mayor parte del tiempo. Hester lo prefería porque, cuando estaba con ella, se dedicaba a dirigir palabras cargadas de odio contra Brendan y contra El Búho de Piedra y miraba a Hester con desprecio, como culpándola también de sus desgracias.

Una mañana, Vow entró en la habitación de muy buen humor. Llevaba un zumo de naranja y un trozo de pan. Dio de desayunar a Hester y después se alejó unos pasos.

—Traigo buenas noticias. —Le anunció—. Dos de mis hombres han visto a tu querido Brendan en el puerto. Voy a escribirle ahora mismo para que venga a mediodía. Me parece que el golpe que estoy a punto de asestarle va a hacer que se derrumbe por fin. —Esbozó una sonrisa siniestra, y a Hester le pareció que ahora la miraba con ojos de depredador—. Me temo que tú eres la pieza clave en el escarmiento. Pero tranquila, estás a punto de sumirte en un dulce sueño. Te he puesto un somnífero muy potente en tu zumo. Después de todo, tú no tienes por qué sufrir. Solo has tenido la mala suerte de relacionarte con el hombre equivocado.

Capítulo 56

Cuando Thomas abrió la puerta y dijo que Hester se pondría bien, Brendan sintió ganas de abrazarlo. «Gracias, gracias, gracias», pensó y tuvo que apoyarse en la pared porque las piernas le flaquearon. A su lado, Gillian lanzó una exclamación de alegría y preguntó:

—¿Podemos pasar a verla?

El médico sonrió.

—Por supuesto.

Brendan entró primero. Hester estaba tumbada boca arriba y seguía inconsciente.

—¿Por qué no se despierta? ¿Tiene algún golpe en la cabeza? —le preguntó a Thomas.

—No —contestó este—. Aparentemente no tiene ninguna lesión y respira con normalidad. Sin embargo, presenta síntomas de que le han administrado un somnífero.

Brendan palideció.

—¿Qué?

El médico le puso una mano en el hombro y le dijo con tono tranquilizador:

—Su pulso y su respiración son normales, Brendan. Hay que seguir vigilándola, pero creo que en unas horas despertará.

—¿Crees? ¿Cómo que crees?

Thomas no se ofendió. Sabía que su jefe estaba muy nervioso.

—Nunca se puede estar seguro del todo, pero hay muchas probabilidades de que no me equivoque.

Brendan se alejó de él y se cubrió el rostro con las manos. El médico esperó unos segundos antes de preguntarle:

—¿Quieres quedarte un rato a solas con ella?

Brendan bajó los brazos y asintió. Gillian intercambió una mirada con Thomas, y ambos salieron sin pronunciar palabra.

Brendan se sentó en la silla que había junto a la cama y sostuvo la mano derecha de Hester entre las suyas. Se sintió aliviado al comprobar que no estaba fría. Thomas debía de tener razón: todo estaba bien, solo había que esperar a que se le pasara el efecto del somnífero.

—Eres fuerte, Hester. Te vas a poner bien —murmuró.

Capítulo 57

Cuando Hester hubo abierto los ojos, notó la cabeza pesada y la boca pastosa. Alguien le estaba sosteniendo la mano derecha. Escuchó que esa persona contenía el aliento. Giró muy despacio la cabeza y se encontró con Brendan. Tenía el pelo revuelto, y en su rostro se apreciaban signos de cansancio. Al verla despierta, esbozó una débil sonrisa que hizo que se le marcaran unas pequeñas arrugas alrededor de los ojos. Hester sintió el deseo de besárselas.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó él con voz suave.

Hester le sonrió.

—Ahora bien. ¿Qué tal han ido las negociaciones?

—Todo ha salido según lo planeado, no tienes de qué preocuparte. Ahora solo debes concentrarte en tu recuperación.

—Estoy bien —insistió ella y apretó la mano derecha entre las suyas para intentar tranquilizarlo—. Pero tú pareces muy cansado.

Él bajó el rostro y besó sus dedos.

—Eso tiene fácil solución. Luego me echaré una siesta.

—¿Por qué no ahora? —Con la mano que tenía libre, Hester dio unas palmaditas al colchón.

Brendan puso un gesto de sorpresa.

—¿Aquí?

Hester se ruborizó.

—Sí, a menos que mi sugerencia te haga sentir incómodo.

—¿Qué? No, no, yo lo decía por ti. —Brendan esbozó una sonrisa.

Al ver que Hester no replicaba, se puso de pie y caminó hasta el otro extremo de la cama. Ella cambió de postura para poder seguirlo con la mirada. Sentía el cuerpo muy pesado, como si le hubieran atado sacos de tierra por

todas partes.

Brendan se sentó sobre el colchón, dándole la espalda, y se quitó los zapatos. Cuando poco después se tumbó de lado, sus ojos se encontraron con los de Hester. Esta vez fue ella quien buscó sus manos. Se sonrieron. En la habitación hacía un poco de calor, pero ninguno de los dos tenía la intención de quejarse por ello. No se oía ningún ruido, ni siquiera el de sus respiraciones.

Hester se permitió disfrutar durante unos minutos de aquella paz, antes de revelarle:

—Vow me puso un somnífero en un zumo de naranja. Planeaba castigarte con mi muerte.

El rostro de Brendan se ensombreció.

—Lo siento —murmuró—. Lo siento mucho. —Se inclinó hacia ella y le dio un beso en la frente.

Hester retiró la mano de las suyas y le sostuvo el rostro. Se sintió culpable al ver que los ojos del hombre se habían humedecido.

—Shhh, no pasa nada —le susurró—. Estoy bien. Los dos estamos a salvo ahora.

—Sí, pero lo que te ha pasado ha sido culpa mía. Si yo no estuviera enzarzado en esta lucha con Vow, nadie te habría encerrado ni habría estado a punto de...

—Brendan, deja de sentirte culpable. Tú no me has encerrado en un cuarto ni lo has prendido fuego. El único responsable es Graham Vow. El único.

—Pero...

—Brendan, repítelo: el único responsable es Graham Vow.

—El único responsable es Graham Vow.

—Eso es. —Hester le acarició las mejillas con los pulgares.

El gesto de Brendan contradecía sus palabras anteriores. Parecía tan devastado que ella sintió que se le encogía el corazón. Tragó saliva y le hizo una pregunta con tono vacilante:

—Brendan, ¿puedo besarte?

Él la miró sorprendido. Con tono incrédulo, inquirió:

—Tú... ¿tú quieres besarme?

—Solo si a ti no te molesta.

—¿Molestarme? —Brendan casi se echó a reír—. No, claro que no. Quiero decir, que no me molesta. Y sí, puedes besarme.

Hester le sonrió con ternura y se pegó más a él. Notó que el cuerpo de Brendan se ponía rígido.

—Relájate —le susurró.

Primero, posó los labios en su barbilla. Después, en el espacio entre esta y el labio inferior. Brendan estaba muy quieto y se notaba que trataba de respirar con normalidad. Hester se apartó un poco para sonreírle de nuevo y después le dio un beso rápido en los labios. Brendan soltó un respingo. Hester se rio y volvió a darle otro beso, esta vez más despacio. Le puso una mano en el pecho y se sorprendió al notar lo rápido que le latía el corazón. Iba a volver a pedirle que se relajara, pero entonces Brendan se inclinó hacia ella y la besó en el cuello. Ahora fue ella la que dio un respingo. Escuchó la risa de él, y su aliento le hizo cosquillas. Cuando Brendan se apartó, seguía teniendo una expresión culpable, pero su rostro se había iluminado un poco. Hester se sintió aliviada, pero entonces advirtió que él la estaba mirando como si no terminara de creerse lo que acababa de pasar. No debía de estar acostumbrado a que le ocurrieran cosas buenas. Hester abrió la boca con la intención de decirle que era un buen hombre y que se merecía ser feliz, pero él le puso el dedo índice en los labios y dijo con voz suave:

—Deberíamos dormir. Luego podemos seguir hablando.

—Pero...

—Hester, tienes que descansar. Tu cuerpo necesita recuperarse de los efectos de la droga.

—Está bien. Pero dentro de unas horas no podrás librarte de la conversación.

Brendan sonrió y le acarició la cabeza.

—Lo sé. Te prometo que cuando despiertes, responderé a todas tus preguntas.

Capítulo 58

Unas horas después, cuando llamaron a la puerta, Brendan estaba despierto. Apenas había conseguido dormir. Habían sido demasiadas emociones en muy poco tiempo. Además, se había esforzado por permanecer tumbado con la misma postura por miedo a despertar a Hester, y ahora le dolía la espalda. Salió de la cama procurando no hacer ruido y caminó hasta la puerta. Cuando la abrió, vio que se trataba de Gillian. La mujer llevaba una bandeja con comida.

—¿Qué tal está? —le preguntó con un susurro.

—Bien. Ahora duermo —contestó Brendan y agarró la bandeja—. Gracias, ya la llevo yo. Por favor, asegúrate de que nadie nos moleste. Si necesitamos algo, yo me encargaré de avisar.

Gillian asintió.

—De acuerdo.

El hombre cerró de nuevo la puerta y dejó la bandeja en la mesilla. El olor de la empanada le abrió el apetito, pero decidió esperar a que se despertara Hester. Volvió a meterse en la cama. Ella no se movió; su expresión era de paz. Brendan sonrió y resistió la tentación de acariciarle el pelo. Aún no podía creerse que ella lo hubiera besado. Tenía miedo de descubrir que lo había hecho porque se sentía vulnerable o, peor aún, porque él le daba lástima. Brendan no quería la compasión de nadie y mucho menos de ella.

Transcurrieron varias horas. Brendan siguió sin probar la comida y estuvo casi todo el tiempo tratando de adivinar qué era lo que Hester sentía por él, además de agradecimiento. Cuando ella abrió los ojos y le sonrió con calidez, Brendan notó un nudo en la garganta, pero se esforzó por devolverle el gesto.

—¿Qué tal has dormido? —le preguntó tratando de que su voz sonara tranquila.

Ella le puso una mano en el pecho.

—Muy bien. ¿Y tú?

—Bien —mintió al instante.

—¿Por qué será que no te creo?

—¿Por qué eres muy escéptica? – sugirió él con tono de broma.

Hester lanzó un suspiro. Brendan le acarició la mano y dijo:

—Deberíamos comer algo.

Hester se mostró de acuerdo, así que él la ayudó a incorporarse y de paso aprovechó para ahuecar las almohadas. Después, se levantó para coger la bandeja. Además de la empanada, había dos porciones de queso de cabra y un racimo grande de uvas negras. Dejó la bandeja sobre el colchón y se sentó. Empezaron a comer. Hester puso cara de felicidad cuando probó la empanada.

—Está riquísima. Tenemos que felicitar a Gillian.

Brendan le sonrió.

—Me alegro de que te guste. Necesitas reponer fuerzas.

—Tú también, así que hoy deberías intentar dormir muchas horas.

—Haré lo que pueda.

Hester cogió una miga de pan, hizo una bolita con ella y se la tiró. Le dio en la nariz.

—Lo que puedas no es suficiente —le dijo.

Brendan se echó a reír y agarró su trozo de pan, dispuesto a imitarla, pero antes de que pudiera hacerlo, ella se inclinó hacia delante, con cuidado para no golpear la bandeja, y le dio un pequeño beso en los labios. Después, volvió a apartarse.

Brendan se puso rígido y la miró como si no supiera qué hacer o decir. Hester se sintió incómoda de repente.

—Oh, lo... lo siento... —tartamudeó—. Pensé que el beso de antes te había gustado... Yo... Yo no lo volveré a hacer, por favor, perdóname.

Brendan sacudió la cabeza y apartó la bandeja para poder acercarse a ella. Cuando solo los separaban unos centímetros, la miró a los ojos y le acarició un mechón de cabello.

—Hester... —empezó e hizo una pausa para respirar hondo—. Me has interpretado mal. Yo... A mí me encantaron los besos de antes y este que me acabas de dar. Es solo que..., bueno, pensé que podrías estar arrepentida.

Hester lo miró desconcertadamente.

—¿Por qué?

—Porque no soy el tipo de hombre con el que se van las chicas como tú.

Hester suspiró y le puso una mano en cada hombro. Estaba atardeciendo, y la habitación había comenzado a llenarse de una luz rojiza. Brendan tenía la mandíbula apretada y parecía librar una lucha interna en su interior. Hester se aseguró de que la estuviera mirando antes de empezar a hablar. Lo hizo despacio, como si de esa forma, su mensaje pudiera calar más hondo en la mente del hombre:

—Brendan, tienes un concepto demasiado malo de ti mismo. Eres un hombre bueno que ha tenido que moverse en un ambiente difícil. Te mereces ser feliz, pero para eso, debes dejar de hacerte daño a ti mismo.

Él se rio con amargura. Hester sintió que se le partía el corazón y, siguiendo un impulso, lo abrazó. Brendan se puso tenso, pero ella no se apartó. Apoyó la cabeza en su pecho y esperó a que se relajara. Poco a poco, notó cómo el cuerpo del hombre iba perdiendo rigidez y, unos segundos después, él la rodeó con los brazos. Hester pensó que se quedarían así, en silencio, hasta que uno de los dos decidiera moverse, pero entonces Brendan acercó los labios a su oreja y murmuró:

—Cuando era pequeño, vivía con mi madre en una aldea del norte de Alea. Cuando quedó embarazada de mí, se marchó del castillo y se trasladó allí. Roderick no le entregó dinero ni le ofreció ningún tipo de ayuda. Tuvimos que apañárnoslas solos.

Hester levantó la cabeza para besarlo en el cuello y después susurró:

—Lo siento. Lo siento mucho.

Él prosiguió como si no la hubiera escuchado:

—En aquella aldea conseguimos ser felices durante varios años. Había un

bosque cerca, y mi madre me dejaba pasear por él, siempre que no me internara demasiado. Esa independencia me hacía sentir muy mayor y muy valiente. Cuando caminaba entre los árboles, me imaginaba que era un caballero en busca de aventuras, montado sobre un enorme corcel. Era demasiado ingenuo; pensaba que este mundo era amable con todas sus criaturas. —Hizo una pausa y su voz se tiñó de rabia—. Pero todo cambió cuando cumplí los nueve años.

Hester volvió a besarlo en el cuello y esperó a que continuara. Los últimos rayos de sol se ocultaron, y el cuarto se quedó a oscuras. Brendan cogió aire y reanudó su relato:

—Una tarde, cuando regresaba de uno de mis paseos, oí gritos y vi a varios vecinos alrededor de mi casa. —Su pecho tembló como si él estuviera intentando contener un sollozo—. Nunca se me olvidará esa imagen. Las llamas lo cubrían todo. El humo subía como si quisiera tocar el cielo. La gente no paraba de echar cubos de agua, pero era inútil.

Hester notó algo húmedo en su mejilla. Alzó el rostro y vio que Brendan estaba llorando de manera silenciosa. No sabía qué decir para consolarlo, así que se limitó a secarle las lágrimas con las manos. Brendan bajó un poco la cabeza y confesó en voz baja:

—Pero eso no es lo peor.

Hester tragó saliva y siguió acariciándole las mejillas. Se imaginaba lo que venía a continuación, pero aun así, le impresionó escucharlo.

—Hester..., cuando empezó el incendio, mi madre estaba dentro.

Ella sintió una opresión en su pecho y trató de borrar la imagen que acababa de aparecer en su mente. No quiso imaginarse cómo debía de haberse sentido Brendan al comprender que el ser que más quería estaba atrapado entre las llamas.

—Lo siento muchísimo —le dijo.

Él asintió, pero no dijo nada. Hester apartó las manos de su rostro y colocó una en su espalda y la otra en su nuca. Entonces, empezó a moverse hacia delante y hacia atrás. Brendan dejó que lo meciera. Aunque unos años antes

les había contado la misma historia a Gillian, a Leonard, a Erik y a Thomas, con ellos no se había derrumbado. Lo avergonzaba no haber podido mantener el control de sus emociones, pero tenía que reconocer que ahora se sentía un poco mejor.

Hester empezó a masajearle la nuca y le dijo:

—Ojalá pudiera cambiar el pasado. Seguro que no llego a imaginar lo duro que tuvo que ser para ti seguir adelante. Eras un niño, pero fuiste capaz de enfrentarte a todas las adversidades. Estoy muy orgullosa de ti.

Brendan se quedó sin respiración. Era la primera vez que alguien le decía que se sentía orgulloso de él. Notó un nudo en la garganta y luchó para contener las lágrimas. «Respira, respira, respira». Ya había llorado bastante. No podía permitirse seguir. Cogió aire por la nariz y lo soltó por la boca poco a poco. Después, esperó unos segundos. Cuando creyó que podría hablar sin que la voz le temblara demasiado, prosiguió con su historia:

—Estuve tres días mendigando por las calles. La primera noche, no conseguí pegar ojo, pero la segunda una banda me encontró dormido en un callejón y me dio una paliza por pedir limosna en su territorio. Cuando se marcharon, yo seguía consciente, pero era incapaz de moverme por el dolor. Recuerdo que pensé que me habían destrozado algún órgano. Permanecí despierto toda la noche, preguntándome cuándo se acabaría esa agonía. A la mañana siguiente, James me encontró. Fue a avisar a un médico y permaneció a mi lado mientras este me examinaba. En aquella ocasión, la suerte estuvo de mi lado: tenía el cuerpo lleno de moratones, y me habían roto varias costillas, pero no había ninguna otra lesión. Como no tenía adónde ir, James me trajo aquí y se encargó de que recibiera todos los cuidados que necesitaba. Cuando me recuperé, empecé a trabajar para él. Primero, me encargaba de los recados sin importancia, pero poco a poco me fui ganando su confianza. Él decía que yo era inteligente y responsable y que llegaría lejos. Unos años más tarde, había delegado la mayoría de sus funciones en mí. Aunque le pedía consejo antes de tomar las decisiones importantes, cada vez fue más evidente que era yo el que llevaba las riendas del negocio.

—Por eso te lo acabó dejando.

—Sí.

Hester cerró los ojos y siguió acariciándole la nuca. No sabía qué más decir para mitigar su dolor. No había palabras suficientes para expresar todo lo que quería transmitirle. De repente, se acordó de una melodía que había escuchado tararear en el castillo a otras criadas, mientras hacía algunas tareas. Aunque era un poco melancólica, a ella siempre le había hecho sentir bien, así que pensó que podría obrar el mismo efecto en Brendan. Empezó a entonarla . Su voz sonó algo temblorosa al principio, pero poco a poco, empezó a ganar seguridad. A los pocos compases, notó que Brendan lanzaba un pequeño suspiro y apoyaba la cabeza en su hombro izquierdo. La voz se le quebró , pero no se detuvo y, cuando llegó al final, volvió a empezar. Aquella segunda vez, llegó con más facilidad a cada tono y controló mejor su respiración. Cuando acabó, la habitación quedó en silencio.

A ninguno de los dos se le ocurrió encender una vela.

Capítulo 59

Solo se apartaron cuando empezaron a notar las piernas entumecidas. Brendan se levantó para encender el candelabro. Poco después, una luz tenue envolvió la habitación. Hester vio que él tenía los ojos hinchados y enrojecidos, pero se sintió aliviada al advertir que la tensión de su rostro había desaparecido. Brendan la obsequió con una sonrisa y le dijo:

—Gracias por ayudarme a desahogarme.

Ella estaba convencida que no había dejado salir todo lo que acumulaba en su interior, pero consideraba que aquel era un gran avance, teniendo en cuenta su forma de ser. Le devolvió la sonrisa.

—De nada. Todo lo que te he dicho es verdad, Brendan. Pienso que eres muy valiente y estoy segura de que, a partir de ahora, las cosas irán a mejor.

La mirada de él se ensombreció un poco. Con la voz ligeramente ronca, le preguntó:

—¿De verdad tienes fe en el futuro?

Hester se puso de pie y caminó hasta él. Entonces, lo agarró de las manos y contestó:

—Sí. Creo que tener fe en el futuro nos hace avanzar en la dirección correcta. Si pensásemos que nada merece la pena, no nos esforzaríamos por cambiar las cosas a mejor. —Se quedó callada y lo miró como si no se atreviera a decirle algo.

Brendan le acarició el dorso de las manos con los pulgares.

—¿Qué ocurre? Puedes decirme lo que sea, Hester.

Ella bajó un poco la cabeza y murmuró:

—Sé que puede sonar ridículo, pero me preguntaba si te gustaría que miráramos hacia el futuro juntos.

Brendan sintió que se le cortaba la respiración. Dejó de acariciarle las

manos, y todo su cuerpo pareció convertirse en piedra. Su mente se llenó de pensamientos confusos. ¿Le estaba proponiendo que unieran sus caminos? ¿De verdad lo consideraba un compañero digno? De repente, oyó que ella soltaba un suspiro y poco después la escuchó decir:

—Lo siento, sé que era una tontería. Por favor, olvídale.

Brendan sintió que algo se derretía en su interior. Fue incapaz de articular palabras, así que se inclinó hacia ella, cerró los ojos y la besó en la frente. Oyó que ella volvía a suspirar, pero esta vez le pareció que no era un sonido de resignación, sino de sorpresa y alegría. Sonrió y apartó los labios de su frente para posarlos en su nariz y después en sus mejillas: primero en la derecha y luego en la izquierda. Cuando bajó hasta su barbilla, la sintió temblar.

No tardó en escuchar su voz vacilante:

—¿Eso quiere decir que sí te gustaría?

Brendan lanzó una carcajada y la abrazó.

—No, quiere decir que me encantaría, que compartir el camino contigo sería lo que podría hacerme más feliz.

Hester lo empujó con suavidad para mirarlo a los ojos.

—Entonces, ¿estarías dispuesto a empezar de cero en otro lugar?

Brendan contestó al cabo de unos segundos.

—Creo que sí. Con el dinero que tengo ahorrado, podríamos vivir muy bien durante varios años. Podríamos montar nuestro propio negocio o buscar un empleo digno. Tendría que pensar a quién dejar al frente de El Búho de Piedra, pero eso no es un inconveniente.

Hester lo miró con ilusión.

—¿En serio?

—En serio. Pero antes, debemos cerrar el asunto con el rey Alan —le recordó y temió por su reacción.

Para su alivio, Hester no mudó de expresión y asintió con energía.

—Sí, lo sé. Iremos a Nimis con Muriel y con Percival para hablar con el

monarca. Alan no puede seguir gobernando después de todo lo que ha hecho.

—Entonces, esperaremos unos días a que te recuperes y después nos pondremos en marcha.

Capítulo 60

Brendan apenas se separó de ella durante los tres días siguientes. Hester le pidió que se quedara a dormir, y él no quiso negarse. Nadie entró en el dormitorio. Brendan era el que iba a la cocina a buscar la comida y así aprovechaba para tranquilizar a Gillian sobre el estado de salud de Hester.

El tercer día, Brendan escribió un mensaje para Percival y para Muriel. En él les preguntaba si les parecía bien emprender el viaje a Nimis a final de semana. La contestación le llegó unas horas después: los dos estaban de acuerdo, y Muriel iba a escribir a su tío para comunicárselo.

Esa noche, Brendan y Hester hablaron sobre el viaje. Los dos creían en lo que estaban haciendo y se sentían esperanzados. Las velas del candelabro estaban encendidas, y su luz se proyectaba con más intensidad en la mesilla y en el lado de la cama de Hester.

Brendan estaba boca arriba y miraba al techo, pero sus ojos se volvieron hacia Hester cuando ella le hubo acariciado el hombro izquierdo.

«El hombro donde tiene la cicatriz», recordó ella de pronto y dejó de mover la mano.

—Lo siento —le dijo.

Brendan respiró hondo y contestó:

—No pasa nada.

—No, no pasa nada —coincidió ella con voz suave—. Una cicatriz jamás debe ser motivo de vergüenza.

El hombre sonrió con tristeza.

—A veces se me olvida.

Hester no replicó. En lugar de eso, se incorporó y le dio un beso en la camisa, justo en la zona del hombro. Cuando se hubo apartado, vio que los ojos de Brendan volvían a mostrar una expresión acorralada. Hester le acarició la mejilla.

—Shhh... no pasa nada —repitió con un susurro y acercó sus labios a los de él. Apenas los rozó. Su intención era disipar los temores de Brendan, no aumentar su sensación de agobio. Nunca antes había tenido que reconfortar a una persona que sintiera desagrado por una parte de su cuerpo y no sabía si lo estaba haciendo bien. Se retiró unos centímetros para mirarlo a los ojos y respiró aliviada cuando, a los pocos segundos, vio que sonreía. Brendan le acarició el pelo y murmuró:

—Lo siento.

Hester volvió a besarlo en los labios, esta vez con más energía.

—Por favor, no te disculpes —le pidió—. Solo relájate. Me gustaría que te sintieras cómodo conmigo

—Me siento cómodo contigo, Hester. Jamás dudes de eso.

Ella recorrió con el dedo índice la fila de botones de su camisa. Con voz vacilante, le preguntó:

—Entonces... ¿me dejarías ver tu cicatriz?

Brendan volvió a ponerse tenso. Abrió y cerró la boca varias veces antes de decir:

—Hester, no creo que...

Ella le puso una mano en el pecho. Al instante, él se calló.

—Por favor —le pidió con voz suave—. Quiero besarla sin barreras.

Al escucharla, pareció que Brendan iba a echarse a llorar. Hester empezó a trazar pequeños círculos con la mano. La camisa estaba hecha de lino de buena calidad y era muy agradable al tacto. Aunque el corazón de Brendan se encontraba unos centímetros a la izquierda de donde ella le estaba dando el masaje, podía notar sus latidos.

—Relájate —le susurró.

Brendan respiró hondo y cerró los ojos. Poco a poco, fue soltando el aire. Cuando hubo terminado, se concentró en respirar de forma acompasada. Hester siguió todo el proceso sin perderse detalle. El silencio se prolongó durante varios minutos.

—Está bien —dijo el hombre en voz baja y abrió los ojos.

Hester tardó unos segundos en entender a qué se refería. Una mezcla de sorpresa y de alegría se apoderó de ella. Brendan le estaba dando permiso para ver su cicatriz.

—Gracias —le dijo.

Él asintió por toda respuesta.

Hester le dirigió una sonrisa de ánimo y empezó a desabrocharle los botones. La respiración del hombre se aceleró un poco. Ella intuyó que para él aquellos segundos de espera eran una tortura, así que empezó a entonar una canción que le había enseñado su madre de pequeña. Hablaba de prados, sembrados de flores, que se extendían más allá de donde alcanzaba la vista; de lagos profundos que parecían espejos, y de criaturas mitológicas que vivían en los troncos de los árboles. Con cada estrofa que pronunciaba, notaba que Brendan se relajaba más. Cuando hubo terminado de quitarle los botones, dejó de cantar y lo miró de nuevo, buscando su aprobación. El hombre tragó saliva y volvió a asentir. Después, cerró los ojos de nuevo y se quedó muy quieto. Hester sintió que se le encogía el corazón. «No quiere ver mi primera reacción. Piensa que voy a poner un gesto de desagrado». Muy despacio, levantó el cuello de la camisa.

La cicatriz era larga y de color blanco. Hester no veía nada desagradable en ella. Lo único que le hacía daño era pensar en el dolor que le había producido y que seguía produciéndole a Brendan. Se inclinó y la besó con delicadeza. El hombre tembló ante el contacto. Su respiración era agitada. Hester dejó sus labios sobre la cicatriz y contó hasta tres. Después, lo agarró de la mano y le pidió con voz suave:

—Abre los ojos, por favor.

Brendan lo hizo con un gesto de temor. Hester reprimió sus ganas de abrazarle. Quería dejarle clara una cosa:

—No hay nada de ti que me parezca desagradable. No lo hay ni lo habrá. Esta cicatriz no te hace más feo ni menos válido. Eres un hombre valiente, inteligente y bueno. No debes avergonzarte por tenerla.

Él no pareció muy convencido. Hester respiró hondo y añadió:

—Si fuera yo la que tuviera la cicatriz, ¿me mirarías con asco?

—¡Por supuesto que no!

—¿Me considerarías repulsiva?

—¡No! ¿Cómo se te ocurre...?

Ella sonrió.

—Entonces, pensamos igual.

Brendan se incorporó. En sus ojos había sorpresa, dolor y algo más que Hester no supo distinguir. La joven contuvo el aliento cuando lo vio moverse hacia ella, y se estremeció cuando lo escuchó susurrar:

—Eres increíble.

Hester no tuvo tiempo de decir nada. Brendan la besó como si pensara que no iba a verla nunca más. Hester estuvo a punto caerse hacia atrás, pero consiguió apoyar las manos en el colchón. Sabía que estaba respondiendo al beso de manera torpe, pero apenas tenía práctica. Como si le hubiera leído la mente, Brendan rebajó un poco la intensidad y el ritmo para ayudarla a acompañar sus movimientos con los de él. Hester se lo agradeció en silencio y se permitió disfrutar de las sensaciones que la embargaban. Notaba un cosquilleo en el estómago, como si la hubieran levantado varios metros del suelo, y su cabeza era caos de emociones. Con cautela, apartó las manos del colchón y las enterró en el pelo de Brendan, muy cerca de las sienes. Él se estremeció y la agarró por la cintura. Hester dio un respingo; la había pillado desprevenida. Brendan hizo un sonido que podía interpretarse como una risa y se pegó más a ella. Cuando sus rostros se separaron, unos segundos después, empezó a besarla por el cuello y por la clavícula. Hester echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Le resultaba imposible pensar con claridad. Cuando trabajaba en el castillo, había escuchado a otras criadas hablar de lo que se sentía al estar con un hombre, pero siempre había pensado que exageraban. Hasta ahora. También había escuchado cosas desagradables sobre las relaciones íntimas, pero prefería no pensar en ello en aquellos momentos. Brendan sólo la estaba haciendo sentir bien. Era increíble lo mucho que se

habían estrechado sus lazos en los últimos días.

No fue realmente consciente de que su cuerpo se había ido inclinando hasta que su cabeza tocó la almohada. De repente, se sintió nerviosa. Brendan debió de notarlo porque dejó de besarla y la miró a los ojos.

—¿Quieres que pare?

Hester le sostuvo la mirada y no vio nada en los ojos de Brendan que la perturbara. Se sintió más tranquila.

—No —le respondió—. Es solo que yo nunca... —Se sonrojó—. Esta es la primera vez que...

Él le acarició una mejilla y sonrió con ternura.

—Iremos poco a poco y nos detendremos cuando tú quieras. No hay ninguna prisa.

Hester asintió y le devolvió la sonrisa.

—Vale.

Brendan volvió a inclinarse y empezó a cubrirle el rostro de besos. Eran tan suaves que casi parecía que estuviera deslizando una pluma por su piel.

—Me haces cosquillas —le confesó Hester entre risas.

Brendan se apartó y volvió a sonreír.

—Me encanta ese sonido.

—¿Ah, sí? A mí también me encanta tu risa. Y creo que me apetece escucharla ahora.

—¿Ahora? No sé si...

Hester no lo dejó continuar. Se incorporó un poco y empezó a hacerle cosquillas.

—¡Ey, no, no, eso no vale! —exclamó Brendan y soltó una carcajada tan fuerte que Hester no tuvo ninguna duda de que Gillian y Thomas la habían escuchado.

Se sentía mucho más relajada ahora. Sabía que no tenía que hacer nada que no quisiera. La mano no le tembló cuando volvió a apartarle el cuello de la camisa. Besó su cicatriz de nuevo y después le preguntó mirándolo a los ojos:

—¿Me ayudas a quitarme el vestido?

Capítulo 61

Hester se despertó cuando los primeros rayos de sol se colaban por la ventana. Brendan seguía dormido. Ella sonrió y le acarició el pelo. Al final, la noche anterior no se habían detenido. Brendan había sido delicado y atento, y ella se había sentido cómoda y querida.

Hester lanzó una risita: Brendan tenía el pelo hecho un desastre. Empezó a peinárselo hacia atrás con los dedos para que se le quedara de punta. Se había fijado en que, cuando le daba la luz del sol, se le veían unos reflejos dorados, como si alguien hubiera echado por encima polvo de oro. Mientras se esforzaba por moldear un mechón especialmente rebelde, observó que las comisuras de los labios del hombre se curvaban ligeramente hacia arriba, pero él permaneció con los ojos cerrados hasta que la escuchó soltar una carcajada. Fingiendo un tono severo, le preguntó:

—¿Qué me estás haciendo en el pelo?

Sin dejar de reír, ella le contestó:

—Te lo estoy peinando hacia arriba, como si se te hubiera erizado solo.

Los labios de Brendan temblaron, y fue incapaz de seguir conteniendo la sonrisa.

—Perversa —le dijo antes de acercarse a ella y besarla.

Al instante, Hester se olvidó de su cabello.

Capítulo 62

El día de la partida, Brendan dejó a Leonard y a Gillian a cargo de El Búho de Piedra. «Avisadme si pasa algo importante», les dijo.

El viaje en barco duró trece días. Muriel se pasó casi todo el tiempo tratando de controlar sus nervios. No sabía cómo debía reaccionar cuando estuviera frente al rey. Aunque fuera su tío, nunca lo había visto en persona. Además, iban a su reino por asuntos de negocios. Percival intentó tranquilizarla; le dijo que Garrick Belle tenía fama de ser justo y bondadoso, y que lo más probable era que se sintiera igual de cómoda que con Colin. Brendan, que asistía a la conversación, observó que la mención de este último entristecía a Muriel. Eso lo llevó a preguntarse si el tiempo que ella había compartido con Colin había sido suficiente para que de verdad lo considerara su hermano. Brendan no creía en la sangre, solo en la calidad del tiempo compartido. Hester, que también se encontraba allí en ese momento, se imaginó los pensamientos que estaban cruzando por su mente y le dio un apretón en el hombro de forma cariñosa. Él sonrió, pero no dijo nada.

La capital del Reino de Nimis se llamaba Umbrifer. Allí era donde se encontraba la Corte. Cuando desembarcaron en el puerto, empezó a nevar, pero ellos ya iban preparados. Varios kilómetros antes, se habían puesto un abrigo y una capa.

Un grupo de soldados pertenecientes a la Guardia Real y dos emisarios los estaban esperando. Tras los saludos de rigor, estos los escoltaron hasta la Corte.

Había una comitiva en las puertas del castillo. Al frente se encontraba el rey. Garrick Belle era un hombre alto, con el pelo negro, como su sobrina Muriel. El rey les dio la mano y le dedicó unas palabras a cada uno. A Muriel le estrechó la mano un poco más fuerte y tardó unos segundos más en retirarla. Ambos se miraron como dándose fuerzas. Después, el monarca les presentó a

sus tres hijos: Dorian, Wyatt y Zach.

—Bienvenidos a mi reino —les dijo cuando terminó el intercambio de saludos—. Me imagino que el viaje ha sido largo y pesado. He mandado que os preparen unas habitaciones en la tercera planta. Mis criados os conducirán hasta ellas para que podáis descansar. Esta noche, habrá un banquete en vuestro honor y después podremos discutir el asunto que os ha traído hasta aquí.

—Os lo agradecemos, majestad —le dijo Percival—. Es para nosotros un honor estar en vuestro reino.

Sin más dilación, entraron en el castillo. Se bajaron las capuchas. Muriel, Hester, Percival y Brendan se despidieron del rey y siguieron a los criados. Estos habían dispuesto una habitación para Muriel y para Percival, y otra para Hester y para Brendan. Eran exactamente iguales. Las dos tenían las paredes de piedra, una cama de matrimonio con las cortinas de color granate, una alfombra marrón, dos mesillas y un armario. Los criados dejaron los equipajes dentro y les pidieron que les avisaran si necesitaban algo.

Cuando se quedaron a solas, Hester se sentó en la cama y dio un par de saltitos.

—Parece bastante cómoda. —Miró a Brendan, que seguía de pie cerca de la puerta—. ¿Qué te parece la habitación? ¿Te gusta?

El hombre le sonrió y se acercó despacio.

—Desde luego, es mucho mejor que el camarote del barco.

—Sí, eso seguro. Pero creía que habíamos dejado atrás las respuestas indirectas —le dijo medio en broma.

Brendan levantó las manos.

—Tienes razón, no volverá a pasar.

Hester se echó a reír.

—Ya, no te lo crees ni tú.

Brendan amplió su sonrisa y se sentó a su lado.

—Ya has oído al rey. Deberíamos dormir.

Hester hizo un mohín y le desabrochó el primer botón de la camisa.

—Oh, pero ya hemos dormido mucho en el camarote, ¿no crees? Y allí teníamos mucha menos intimidad que aquí.

Brendan le puso una mano en la cadera y le preguntó:

—¿Crees que aquí tenemos intimidad? Apuesto a que se oye lo que pasa en la habitación de al lado.

Hester acercó su rostro al de él. Antes de besarlo, le susurró:

—Entonces, tendremos que ser silenciosos.

Capítulo 63

—De modo que todas las Casas Nobles de Nitor han aceptado participar en la lucha —dijo Garrick Belle leyendo las declaraciones firmadas de todos los Señores.

—Así es, majestad —le contestó Brendan.

Estaban en la Sala del Consejo. El monarca se había reunido allí con Brendan, Hester, Percival y Muriel, además de con sus diez consejeros. Echó un último vistazo a los documentos y después se los entregó al consejero que tenía más cerca.

—Supongo que querrán algo a cambio —dijo y volvió a mirar a Brendan. Este sonrió.

—No han dicho nada específico, majestad, pero esperan parte de los beneficios que obtengáis cuando el rey Alan haya sido depuesto.

—Me lo imagino. —Garrick Belle se masajeó las sienes y lanzó un suspiro—. Ahora mi prioridad es acabar con este maldito conflicto de una vez por todas. Luego podré sentarme a negociar con todos ellos.

La sonrisa de Brendan se hizo más amplia.

—Si me lo permitís, majestad, creo que es una decisión muy sabia.

El rey hizo un gesto con la mano, dio por cerrado el tema, y miró a Muriel.

—Si tu visión es cierta, Alan merece ser condenado. ¿Has pensado en algún tipo de castigo?

Ella negó con la cabeza. Entonces, Percival intervino:

—Yo sí, majestad.

Muriel, Hester y Brendan pusieron un gesto de sorpresa. Él les dirigió una mirada de disculpa por no haberles hablado sobre ello.

—Adelante, Green. ¿Qué habéis pensado? —le preguntó el monarca.

—Como sabéis, majestad, vuestra hermana está encerrada en una torre en el

Reino de Alea, a unos días de la capital. Su esposo, el padre de Alan, la confinó allí cuando hubo pedido la anulación de su matrimonio.

Las facciones de Garrick Belle se endurecieron.

—Sí, lo sé muy bien. ¿A dónde queréis llegar?

—Majestad, creo que un castigo justo sería que Alan pasara el resto de su vida en esa torre, vigilado día y noche por un grupo de guardias. No podría salir solo a ninguna parte ni mantener correspondencia con nadie.

El rey lo consideró.

—Sí..., me parece una buena idea. El aislamiento y la falta de privacidad supondrán un duro golpe para su ego. Además, serviría para disuadir a los futuros reyes de imitar su comportamiento. —Hizo una pausa—. ¿Cuándo estarían listas las Casas Nobles para partir hacia Alea?

—Cuando vos digáis, majestad —contestó Brendan—. Ya están preparadas, y nuestro rey se encuentra listo para comandarlas. Solo esperan vuestra orden.

—Entonces, id a enviarles halcones ahora mismo. Que se pongan en marcha en cuanto reciban las cartas. Mi ejército saldrá mañana a primera hora; atacaremos primero. Vosotros debéis quedaros aquí. No es seguro que vayáis a Alea. Alguien podría capturaros y usaros para negociar un acuerdo. Puede que tuvierais la esperanza de ver cómo apresábamos a Alan y lo encerrábamos en la torre. Si es así, lo siento. —Miró a Muriel—. Si la victoria es nuestra, os prometo que iré yo mismo a liberar a vuestra madre y os la traeré aquí.

La joven parpadeó para contener las lágrimas. Durante aquellas semanas había tenido que esforzarse mucho para impedir que la desesperanza se hiciera del control de su mente. Algunos días habían sido especialmente duros; había estado a punto de creer que el reencuentro con su madre nunca se produciría. Pero parecía que ahora la fortuna estaba de su lado. Inclino la cabeza y, tratando de que la voz no le temblara, dijo:

—Gracias, majestad.

Capítulo 64

—Parece que la suerte te ha sonreído, pero yo que tú no volvería a tentarla —le dijo Hester a Brendan poco después, cuando regresaron a su dormitorio.

Estaban de pie, junto al ventanal. Este daba a un patio interior. Una hilera de pinos lo rodeaba y en el centro había un pozo. La nieve seguía cayendo y ya había cubierto los árboles, el brocal y el suelo.

Brendan tomó sus manos y, sin apartar los ojos de ella, fue besando sus nudillos muy despacio. Después, le dijo:

—Es cierto que he tenido suerte con el rey Garrick, pero he estado a punto de perderte. No podría soportar que por mi culpa volvieran a intentar algo contra ti.

—Brendan, ya hemos hablado de eso.

Él asintió.

—Lo sé. Pero quiero que sepas que a partir de ahora no voy a ser tan temerario.

Hester arqueó una ceja y trató de contener una sonrisa.

—¿De verdad? —le preguntó.

—De verdad. Cuando nos instalemos en nuestro nuevo hogar, renunciaré a las emociones fuertes.

Hester se echó a reír.

—Brindo por eso, pero hasta que no lo vea, no me lo creeré.

Brendan movió la cabeza y antes de besarla, murmuró:

—Mujer de poca fe.

Capítulo 65

Los soldados de Garrick Belle invadieron Alea por sorpresa. La lucha entre ambos ejércitos estuvo muy igualada, pero pasados unos días, divisaron en el horizonte una masa de hombres a caballo: el rey de Nitor y sus nobles habían cumplido su palabra.

Muriel, Percival, Hester y Brendan permanecieron en Nimis, aguardando a que les llegaran buenas noticias. Tenían el corazón en un puño, pero disimularon lo mejor que pudieron para no tensar más el ambiente.

Cuando un mensajero llegó hasta la puerta del castillo y les anunció que habían ganado la batalla y que el ejército de Nimis había hecho prisionero a Alan, los cuatro se miraron como si no pudieran creérselo.

—Podré ver a mi madre... —musitó Muriel y se tapó el rostro con las manos.

Brendan estrechó a Hester entre sus brazos y le susurró:

—Ahora ese indeseable podrá pagar por sus crímenes.

—Sí —susurró ella con el rostro enterrado en su cuello. Y añadió—. ¿Hora de empezar una nueva vida?

Epílogo

Garrick Belle propuso a su hijo mediano, Wyatt, como sucesor de Alan ante el Consejo de Alea. La mayoría de los consejeros consideró que no había una opción mejor, y establecieron un día para la coronación.

Unas semanas después, cuando el ejército de Garrick Belle hubo regresado a Nitor, se celebró una gran fiesta que duró tres días. Muriel por fin pudo reencontrarse con su madre. Las dos lloraron de emoción al verse por primera vez y fueron incapaces de mantener una conversación coherente hasta que no pasaron unas horas.

Cuando hubieron acabado las celebraciones, Hester y Brendan se despidieron de ellos y tomaron un barco de vuelta a Syrma. No pensaban quedarse mucho tiempo en aquella ciudad. En cuanto Brendan terminara de arreglar unos asuntos, dejaría a Leonard al frente de El Búho de Piedra, y ellos recogerían sus cosas y empezarían de cero en otro lugar. Habían pensado en probar suerte en Cara, una ciudad del oeste. Era grande, recibía muchas visitas de extranjeros y ofrecía buenas oportunidades de negocio.

—¿Nerviosa por empezar una nueva vida? —le preguntó Brendan mientras contemplaban el mar.

Hester sonrió.

—Un poco —reconoció—. Pero tengo muchas ganas de ver qué nos deparará el futuro. Lo único que lamento es que vamos a estar lejos de Gillian, Thomas, Leonard y Erik. Les he cogido mucho cariño.

Brendan le dio un beso en la frente.

—No te preocupes, los visitaremos a menudo, y ellos también podrán venir a vernos. Los considero parte de mi familia. No pienso cortar los lazos con ellos.

Al mencionar la palabra «familia», Hester pensó en Muriel.

—Tal vez, algún día volvamos a encontrarnos con Percival y con Muriel —

le comentó.

«Y tal vez entonces te animes a decirle a Muriel quién eres».

—Tal vez —contestó Brendan—. Lo cierto es que me importaría, son buenas personas.

Hester le sonrió y miró hacia el horizonte. Trató de imaginarse cómo sería su nueva vida. Habría momentos buenos y momentos malos, pero se sentía más fuerte que nunca y pensaba poner todo de su parte para que las cosas fueran lo mejor posible.

Brendan se apartó de la cubierta y la abrazó por detrás.

—¿En qué piensas? —le preguntó en voz baja y empezó a besarla en el cuello.

Hester cerró los ojos y contestó:

—En que tengo fe en el futuro.

Al segundo, la risa de Brendan se ahogó en su cuello y los hizo temblar a los dos.

Agradecimientos

Ahora que la biología está publicada, me gustaría dar las gracias a todas las personas que componen la Selección Bdb de Ediciones B por haberme dado la oportunidad de publicar, y especialmente a Lola, por su amabilidad y su profesionalidad. Es un placer formar parte de este sello editorial.

Si te ha gustado

La corona de invierno

te recomendamos comenzar a leer

Lágrimas en la nieve

de María C. García

Selección RNR

María C. García

Lágrimas
en la nieve



Romance Actual

Prólogo

Todo estaba borroso. El mundo entero había terminado para él, se había destruido sin remedio hacía una semana, cuando todo había dejado de tener sentido desde que ella ya no estaba a su lado. Cogió la botella de vodka y se esforzó por conseguir que volviera a tocar sus labios, y aunque tardó unos minutos en conseguirlo, al final fue capaz de dar un par de tragos más de aquel licor amargo que le quemaba la garganta. La idea de que todo había sido culpa suya volvió a su mente por un momento. Si él hubiera hecho bien su trabajo, ella aún estaría viva. Si ella nunca lo hubiera conocido, aún seguiría riendo como había hecho cada mañana cuando caminaba hacia el trabajo sumida en sus pensamientos mientras él la observaba desde lejos, suponiendo que jamás iba a conseguirla. Aún podía sentir el tacto de su piel cuando le apartaba un mechón de pelo de su precioso rostro cada tarde, el sabor de sus labios en la boca, y ese dulce recuerdo provocó que un sollozo ahogado surgiera a traición de su garganta. Nunca podría superarlo, estaba seguro. Era totalmente consciente de que deseaba la muerte... la buscaba... No podía evitar pensar que sería un tremendo alivio a su inacabable sufrimiento. Una nueva imagen de su perfecto rostro observándole alegre apareció en su mente justo antes de que cayera desfallecido. La botella se escurrió de sus manos y el resto del licor que aún quedaba en ella se derramó por el suelo. Aquello le molestó bastante, sobre todo porque tenía intención de seguir bebiendo mientras aún estuviera consciente, pero no era capaz de moverse, así que decidió resignarse a su destino. Empezó a cerrar los ojos y esperó a que llegara el momento. Seguramente solo serían unos minutos y todo su dolor se desvanecería al fin. Una pequeña sonrisa se formó en sus labios a causa de aquella idea. Solo faltaban unos minutos para que todo terminara... La oscuridad empezó a invadir su mente y la paz se apoderó de todo su cuerpo.

Un grito interrumpió de repente su plácido sueño. Intentó abrir los ojos para ver quién armaba aquel escándalo, pero su cuerpo no le obedecía. Tardó unos segundos más en darse cuenta de que había alguien más allí con él. Cuando notó cómo lo sacudían, por fin pareció recuperar la consciencia por completo, cosa que no le gustó demasiado.

—¡Raúl! ¡Raúl, joder, despierta! —gritó un hombre desesperado—. Maldita sea... ¿Qué coño has hecho...? ¿Te has tomado la caja de pastillas y luego te has bebido toda esa puta botella de alcohol? Joder, ¿te has vuelto loco? ¡Contéstame, maldita sea!

Aunque no podía verlo, pronto consiguió identificar aquella voz. Era Enrique, su mejor amigo. Raúl intentó contestar para tranquilizarlo, pero no fue capaz, así que trató de negar con la cabeza, aunque no creyó que lo hubiera conseguido. Lo único que deseaba era que Enrique se fuera, que lo dejara acabar con su vida en paz. No quería arriesgarse a que llamara a una ambulancia y que trataran de salvarlo, no merecía la pena intentar ayudarlo. Cada día que pasaba era más duro que el anterior y ya no podía soportarlo más. Quería morir. Simplemente, no aguantaba el dolor de su pérdida. Cuando sintió como su amigo se apartaba de él, se relajó, pensando que le había creído y que iba a marcharse para permitir que se cumpliera su destino, pero poco después lo escuchó murmurar y no tuvo que pensar demasiado para saber lo que estaba haciendo. No tardó más que unos minutos en volver a su lado y abrazarlo.

—No te preocupes, ya viene la ambulancia. Te vas a poner bien... Ya lo verás... —Su voz temblaba, pero por extraño que pudiera parecer le transmitía la misma tranquilidad de siempre. Por un momento, no pudo evitar pensar que iba a echar de menos a su amigo allá donde su alma fuera después de que la poca vida que le quedaba escapara de ella—. Estoy aquí, a tu lado, tranquilo. —Su voz sonaba en la lejanía, pues volvía a sumirse en la oscuridad. Era tan placentero dejar de sentir... Lo había deseado tanto durante aquellos días... Justo antes de que todo terminara, no pudo evitar pensar que iría de nuevo con ella y que pasarían juntos toda la eternidad, como debió de haber sido siempre si él no lo hubiera fastidiado todo. Pero así era él, así había sido siempre. Nunca hacía nada bien, excepto en aquella ocasión en la que había conseguido escapar de su propia existencia al fin haciendo frente a la muerte.

CAPÍTULO 1

Aquella mañana iba a ser una de las más difíciles de toda su carrera, estaba seguro. Ni siquiera le apetecía caminar hacia el trabajo como hacía cada día, pero sus pasos se sucedían de forma automática igualmente, como si no tuviera control alguno sobre su cuerpo. Ya ni siquiera le extrañaba sentirse así. En realidad, llevaba mucho tiempo sintiéndose vacío y desesperado, como si viviera por inercia, sin tener ganas de ello, y, aunque en un principio le había costado, cada vez le parecía más sencillo hacerlo, así que supuso que llegaría un día en que se acostumbraría a ello. Solo tenía que aguantar un poco más.

En realidad, hacía mucho tiempo que no le importaba nada. Le daba igual si vivía o moría, si trabajaba o no, si estaba despierto o dormido... Pero aquello sí que le importaba. Aquella mañana era consciente de que la misión que le habían asignado le había provocado sentimientos, y no demasiado positivos, lo que era extraño después de tanto tiempo sintiéndose ajeno a todo.

Cuando se encontró frente a la puerta de la comisaría al fin, se sorprendió a sí mismo al darse cuenta de que no era capaz de entrar. Nunca había estado allí sin su uniforme, y presentarse en vaqueros era de lo más extraño. Sin embargo, sabía que no tenía otro remedio. Debía cumplir con sus obligaciones, no podía hacer nada al respecto, así que decidió resignarse. Posó su mano sobre la puerta de entrada y apoyó su frente sobre esta un momento mientras cerraba los ojos, tratando de calmarse. Luego suspiró y decidió armarse de valor antes de abrir la puerta al fin y encontrarse con sus compañeros. Todos lo saludaron con alegría, como hacían habitualmente, mientras él se esforzaba por corresponderles con un leve movimiento de cabeza y una falsa sonrisa dirigiéndose con rapidez hacia la oficina del comisario, donde recibiría las últimas indicaciones antes de marcharse al lugar donde había sido destinado.

Al fin llegó al despacho, dio un par de golpes en la puerta y escuchó como su jefe gritaba «¡Adelante!» con la misma voz ronca y desganada de siempre.

Entró con seguridad y se sentó frente a su mesa antes de quedarse mirándolo en silencio.

—Buenos días, Raúl —lo saludó el comisario endulzando la voz.

Hacía unos meses que se había reincorporado al trabajo y aún no había conseguido acostumbrarse a esa forma condescendiente en que todo el mundo lo trataba. Cada vez que escuchaba aquel irritante tono de voz pensaba que no sería capaz de volver a soportarlo de nuevo, pero de algún modo al final lo conseguía, aunque no sin esfuerzo.

—Buenos días, Abelardo —dijo con toda la calma que fue capaz de reunir—. Como ves, he llegado a mi hora siguiendo tus órdenes, pero...

—Ya lo veo. Y me alegro de que hayas cambiado de opinión...

—No, eso es lo que quería decirte. Que no he cambiado de opinión... Sigo pensando que esta misión es una pérdida de tiempo, joder... Sabes igual que yo que no hay ninguna prueba de que el asesino viva en ese vecindario, ni siquiera de que los crímenes fueran cometidos en algún lugar cercano... No entiendo qué cojones voy a hacer allí...

—Cuida tu lenguaje, chico —le advirtió perdiendo por un momento su tono pausado mientras lo estudiaba con la mirada durante unos segundos—. Mira, entiendo que lo has pasado mal, Raúl. Sé que lo que ocurrió ha sido muy duro para ti...

—No estamos hablando de eso... —le recordó, cada vez más enfadado. No tenía ninguna intención de hablar de sus problemas personales. Ya tenía bastante con el psicólogo al que lo obligaban a visitar casi a diario, aunque no sirviera para nada, y, por supuesto, con sus compañeros de Alcohólicos Anónimos.

—Lo sé. Pero también sé que está relacionado. Desde lo que pasó has cambiado, no eres tú mismo, y lo sabes. No quiero presionarte, pero esto no es negociable. Necesitamos a alguien infiltrado allí, y ahora mismo tú eres nuestro mejor candidato. No te adaptas bien al trabajo y quizá te venga bien un cambio...

—No lo entiendo... —dijo acercándose hacia él ligeramente en su asiento

—. ¿Quieres decir que como te he fallado una vez me estás castigando? ¿Es eso?

—No, claro que no, joder... No lo tomes así... —No le pasó desapercibida la pequeña sonrisa que apareció en los labios de Abelardo mientras le respondía, lo que parecía contradecir las palabras que acababa de escuchar, aunque decidió no puntualizarlo—. Lo que quiero decir es que estamos preocupados por ti... Y creo que esta misión podría ayudarte a distraerte un poco, a pensar en otras cosas aparte de... en lo que ocurrió... Creo que podría ser algo positivo, y estás más que preparado para ello. Por eso te he elegido a ti.

—¿Y si me niego a hacerlo? —Lo retó Raúl con los ojos encendidos por la ira.

—Mira, no quiero ser duro contigo dadas las circunstancias, chaval... Pero si te empeñas... Tengo que decirte que esto no es negociable. Es una orden, y sabes cuáles son las consecuencias de desobedecer, no eres nuevo en esto...

Raúl apretó los puños sobre su regazo intentando reprimir su deseo de levantarse y golpearlo antes de dimitir y marcharse de allí. No podía hacerlo. Aquello lo apartaría de su cargo durante el resto de su vida, y siempre había deseado ser policía, no iba a renunciar a ello por nadie, ni siquiera por un comisario con aires de grandeza que parecía tenerla tomada con él. Desde que Abelardo había sido trasladado a la comisaría un par de años antes, no habían congeniado en absoluto, y por más que este intentase actuar como si se preocupara por él, Raúl sabía que lo único que deseaba al asignarle aquella misión era quitarlo de en medio. Sin embargo, no podía hacer nada salvo obedecer, así que asintió con la cabeza y se levantó para marcharse antes de que la furia que sentía en su interior ganara la partida y acabara estallando. No podía permitirse el lujo de agredirlo, sería un error demasiado grave, y él ya había cometido demasiados errores en su vida. Después de todo lo que había ocurrido debía tener cuidado o terminarían expulsándolo.

—Bien, de acuerdo —respondió resignado—. ¿Cuándo necesitas el primer informe?

—El viernes. Y ya sabes, lo quiero detallado.

—Sí, lo sé. Lo tendrás, no te preocupes —admitió antes de tomar el pomo de la puerta y marcharse sin molestarse en despedirse. En realidad, sabía que no iba a servir de nada, pero tenía que obedecer de todos modos. Nunca se había infiltrado antes, no tenía ningún sentido que el comisario estuviera tan interesado en que lo hiciera en aquella ocasión ni su insistencia en que fuera él quien debiera llevarlo a cabo. Sabía que no se llevaban demasiado bien, pero aquello no era justo. Él no quería hacerlo, no tenía ninguna experiencia en el caso, y había dos compañeros suyos, con mucha más experiencia en casos parecidos, que se habían presentado voluntarios para el puesto. Sin embargo, Abelardo había decidido que fuera él quien debía llevar a cabo la misión y no dio opción a ninguna queja. Mientras continuaba andando, se pasó los dedos por el pelo castaño para evitar que se le metiera en los ojos, se abrochó la cazadora de cuero negra y levantó el cuello para proteger su rostro del frío, metiendo las manos en los bolsillos. Aquel día el cielo había amanecido nublado, muy apropiado para su estado de ánimo, y el gélido viento que sentía contra su piel le estaba empezando a entumecer los músculos. Después de unos minutos caminando, divisó al fin, a lo lejos, la gasolinera a la que se dirigía, y sus pies se pararon de repente. Desde su posición, parecía un lugar triste, pero en realidad todos los lugares le resultaban lúgubres desde hacía tiempo. No podía creer que aquel fuera a ser su supuesto trabajo durante los meses siguientes. Cuando al fin consiguió que sus piernas lo obedecieran y comenzaran a andar de nuevo, no pudo evitar desear que aquella investigación se resolviera pronto para poder librarse de aquel suplicio cuanto antes. Iba a pasar frío, iba a encontrarse en un lugar nuevo, rodeado de gente a la que no conocía ni tampoco quería conocer, y, lo que era peor, no iba a averiguar nada sobre el asesinato que les ocupaba. Aquel barrio era humilde, eso era cierto, pero no comprendía en absoluto qué había hecho pensar a su jefe que el asesino de las cuatro mujeres que habían encontrado aquella última semana podía habitar en los alrededores. Era verdad que dos de ellas habían sido encontradas en una calle cercana a esa gasolinera, pero según las pruebas no

las habían matado allí, así que, a no ser que Abelardo tuviera alguna otra prueba y se la estuviera ocultando, no había ninguna lógica en la decisión que había tomado. Sin embargo, no tenía otro remedio más que acatar sus órdenes, así que se dirigió hacia su destino, suspiró y llamó a la puerta del que iba a ser su nuevo jefe durante las próximas semanas. Podía hacerlo. Podía fingir que trabajaba en una gasolinera mientras investigaba un crimen. Al fin y al cabo, era su trabajo... Solo esperaba que su esfuerzo sirviera de algo, aunque a cada segundo que pasaba tratando de convencerse estaba más seguro de que no iba a ser así.